

EN ESTE NUMERO DEL 9 DE JULIO DE 1936 EVOCAMOS LA FIGURA DEL GAUCHO ARGENTINO, EXPRESION DEL ESPIRITU CRIOLLO QUE NO HA LOGRADO OBSCURECER LA INFLUENCIA EXTRANJERA, PORQUE EL ESTA AUN LATENTE EN NUESTROS CAMPOS Y HA SIDO, ADEMAS, CANTADO Y ENALTECIDO POR POETAS Y ESCRITORES QUE SUPIERON AHONDAR HASTA LA ENTRAÑA DEL SUELO PATRIO.

AÑO XXXIX
NUM. 1971

11 DE JULIO
DE 1936

CANTARON TODA LA BE



José Hernández

El autor de "Martín Fierro" nació el 10 de noviembre de 1834 en la chacra de Pueyrredón, partido de San Martín. Su padre era ganadero del sur de la provincia y su madre estaba emparentada con la familia del patricio. Sin haber cursado estudios especiales, Hernández fué periodista, soldado, legislador, orador y hasta taquígrafo. Se hizo gaucho en el campo, donde vivió en su juventud para atemperar una enfermedad pulmonar. Combatió con la gauchada que tenía a sus órdenes Prudencio Rojas; estuvo en San Gregorio y en El Tala, y peleó contra los indios más de una vez. Fué federal de los que no se desdijeron; y, luego de largas andanzas políticas y revolucionarias, regresó a Buenos Aires en 1870. Entonces dió comienzo a su obra inmortal, la cual, en un principio, sus conciudadanos, tocados de falso culteranismo, neciamente desdeñaron. Para el 80 demostróse legislador progresista y con miras más elevadas que las del rasante horizonte de la época. Defendió la capitalización de Buenos Aires e intervino en la creación de trascendentales leyes agropecuarias. Sus últimos años los dedicó al campo, debiéndose recordar y recomendar su "Instrucción al estanciero" como singular y utilísimo trabajo en prosa suyo: "Era bello, dice Rojas, corpulento, vigoroso, atezado, de pelo lacio, de voz potente, probada en las faenas del campo y en las arengas de la ciudad".



Nació en 1835. Fué empleado de comercio. En 1852, cuando el general Lagos puso sitio a la ciudad, se incorporó al cantón "Patria o muerte". Terminado el sitio, se empleó en la Aduana y, más tarde, llegó a secretario de la Cámara de Diputados. Como capitán del batallón que comandaba Adolfo Alsina realizó las campañas de Cepeda y Pavón. Fué diputado y llegó a escribir un tomo de poesías serias que parece hoy olvidado. En cambio, cada vez su nombre se afirma más en la posteridad por sus cantares gauchescos de Anastasio el Pollo. "Así como Santos Vega representa al gaucho de la leyenda — dice Bunge, — y como Martín Fierro el de la historia, Anastasio el Pollo es el gaucho de la literatura, y de una literatura que, lejos de degenerar en exagraciones y bufonadas, en melodrama o en sainete, mantiénese honesta, sencilla, verdaderamente poética". El "Fausto" son las impresiones de Anastasio el Pollo recogidas en la ciudad donde ha llegado para cobrar unas lanas. Como sus deudores aplazan el pago de un día para otro, el gaucho vagabundea por la ciudad y una noche, atraído por la luz y el bullicio, entra en el viejo teatro Colón y asiste a la representación de la ópera "Fausto", de Gounod. Y de lo que ve, hace una relación a su compañero Laguna, interpretando a su modo la fábula de la ópera. Con gracia que desdice a los que han mentado alguna vez la tristeza criolla. Del Campo falleció en 1880.





Estanislao del Campo

LLEZA DEL ALMA GAUCHA



Hilario Ascasubi

NACIÓ en Fraile Muerto, *provincia* de Córdoba, el 14 de enero de 1807. Falleció en Buenos Aires el 17 de noviembre de 1875. Atravesó una juventud andariega y tormentosa. Luego de iniciar sus estudios en Buenos Aires, pasó a los Estados Unidos de Norte América y, algo más tarde, a la Guayana Francesa. Durante la guerra con el Imperio del Brasil, en 1827, tomó parte, como oficial, en varios combates. En la época de la tiranía de Rosas sufrió larga prisión en un pontón por haber exteriorizado con vehemencia sus convicciones de unitario. Al cabo de veintitrés meses de privación de la libertad consiguió embarcarse para Montevideo. Allí comenzó a escribir en periódicos y panfletos, satirizando a Rosas, a Oribe y a Urquiza, que entonces hacía causa común con el tirano. Tomó parte en el sitio grande de Montevideo y, para 1851, estuvo al lado del general entrerriano, en calidad de ayudante de campo. En 1872, en París, editó sus obras en tres tomos, titulados: "Santos Vega", "Aniceto el Gallo" y "Paulino Lucero". Falleció en Buenos Aires, muy poco después de su regreso del Viejo Mundo. De sus obras, la más popular y, sobre todo, la que resulta un verdadero documento sobre la existencia gauchesca en el período de 1778 a 1808, es "Santos Vega, o los mellizos de la flor". Es, en realidad, una biblia gaucha, en la cual nada está ausente: leyendas, costumbres, toponimia.

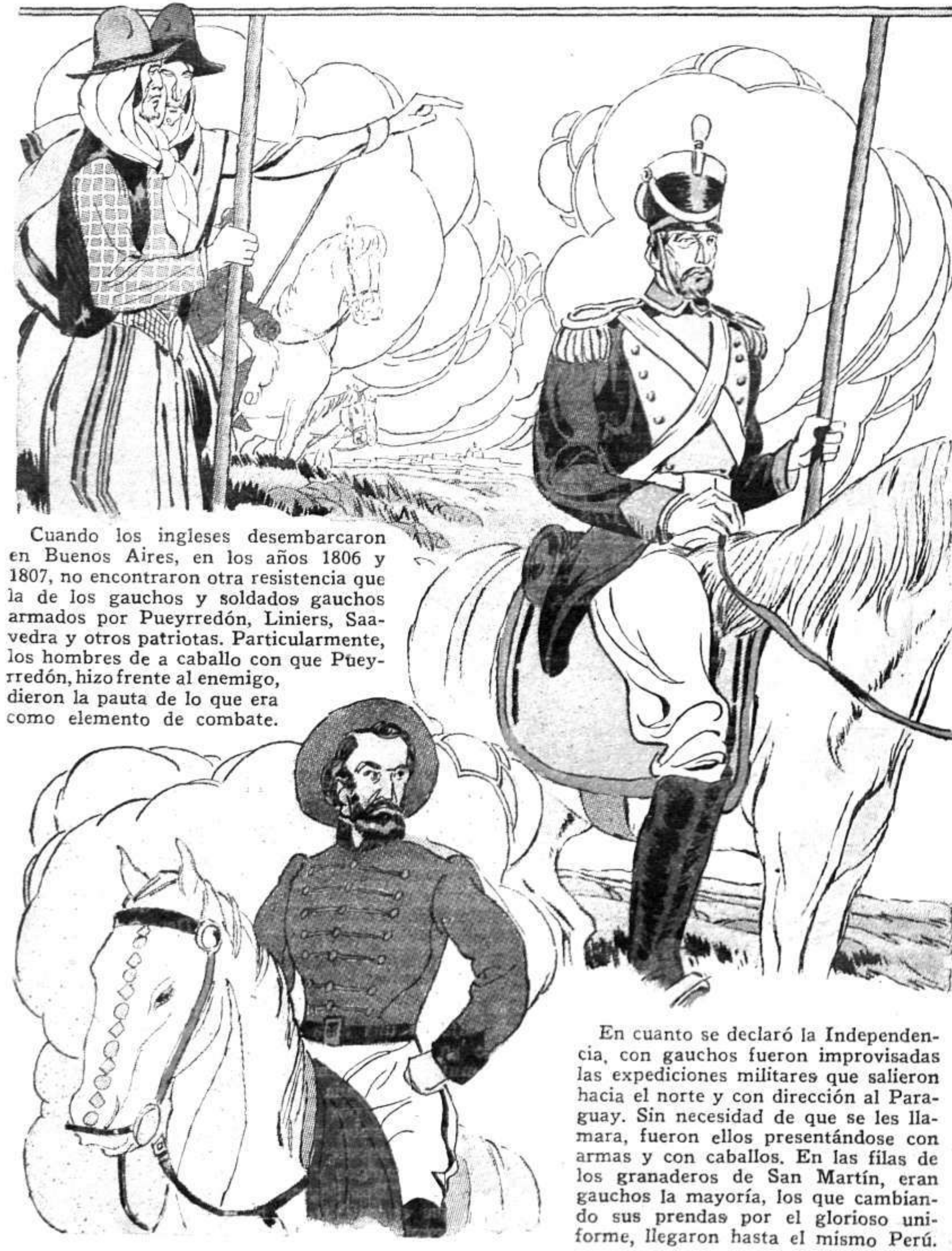


Ricardo Güiraldes

FUÉ el último de los escritores argentinos que *pudieron escribir sobre el gaucho con sinceridad* y dilección. Había nacido en Buenos Aires el 13 de febrero de 1886 y se crió en un ambiente donde la cultura europea adunábase con el puro culto patricio. A muy temprana edad fué conducido a Europa, educándose en París y poniéndose en contacto con artistas y escritores. A los diecisiete años concluyó el bachillerato. Ingresó en la Facultad de Arquitectura y al año siguiente pasó a la de Derecho. "Estaba al *mismo tiempo empleado de escribiente* en una secretaría de juzgado — escribió más tarde. — Fuí sucesivamente ayudante pagador de un banco, corrector de avisos notables en una casa de remates, empleado de caja en una casa de consignaciones. No pensaba sino en escribir, leer, irme a Europa y correr tras las mujeres. Los cambios de empleo se debían en gran parte a que, llegada la primavera, me entraba una especie de furor por salir al campo"... En el campo vivía, se saturaba de criollismo, daba libertad a su espíritu reciamente varonil. Los hombres del campo fueron sus amigos y a todos ellos los llevó a las páginas de su "Don Segundo Sombra", que es un hito en las letras argentinas. "Don Segundo Sombra" será la única novela gaucha que perdurará a través del tiempo: tiene la sencillez y la belleza de las obras que sólo produce el artista de verdad.



DE OTROS TIEMPOS
PARA LOS NIÑOS



Cuando los ingleses desembarcaron en Buenos Aires, en los años 1806 y 1807, no encontraron otra resistencia que la de los gauchos y soldados gauchos armados por Pueyrredón, Liniers, Saavedra y otros patriotas. Particularmente, los hombres de a caballo con que Pueyrredón, hizo frente al enemigo, dieron la pauta de lo que era como elemento de combate.

En cuanto se declaró la Independencia, con gauchos fueron improvisadas las expediciones militares que salieron hacia el norte y con dirección al Paraguay. Sin necesidad de que se les llamara, fueron ellos presentándose con armas y con caballos. En las filas de los granaderos de San Martín, eran gauchos la mayoría, los que cambiando sus prendas por el glorioso uniforme, llegaron hasta el mismo Perú.

En el norte del que fuera virreinato del Río de la Plata había una puerta abierta por la que podían penetrar los ejércitos realistas. Fué el más grande de los peligros militares que amenazó a la causa republicana. Un gaucho, un patriota con fama de enérgico y bravo, organizó a los gauchos norteños. Con ellos rechazó al enemigo; con ellos demostró las virtudes del gaucho. Fué Güemes...

El gaucho también hizo patria

Dibujos de Batlle



La época del caudillismo, si bien caótica y sangrienta, fué la decisiva para que nuestro país se perfilara en su forma federalista. Gauchos fueron los que lucharon en uno y otro bando; gauchos, al final de cuentas, los que consolidaron la autonomía de las provincias. Gauchos de Santa Fe, de Corrientes, de Entre Ríos, de Córdoba, de La Rioja, de Santiago...

Primero con Rosas y mucho después con Roca, los gauchos contribuyeron eficazmente en las campañas contra los indios. Todo el sur de la provincia de Buenos Aires recuerda las hazañas de estos gauchos. Un poco rebeldes e indisciplinados, peleando a su manera, atajaron los malones y si hay una verdad es que fueron ellos también los que más sufrieron la acometida y la crueldad del indígena.

Pacificado el país, tendidos los primeros alambrados, tajeado con el acero de los rieles el suelo pampeano, *fueron gauchos y son gauchos los hombres que en los campos trabajan silenciosos y,* si se quiere, un tanto desinteresadamente. **Nuestra** ganadería no existiría sin el gaucho y sólo viéndolos entregados a su cuidado se comprende cuánta fuerza y hombría son necesarias para ser eso: un gaucho de verdad.

Así se hacen las boleadoras

De *El cuarto de las sogas,* singularísima obra de Mario A. López Osornio, quien también es autor de *Trenzas gauchas,* entresacamos esta descripción del trabajo que indios y gauchos realizaban para proveerse de las boleadoras, consideradas como la más terrible de las armas manejadas por sus brazos fuertes y certeros.

BOLEADORAS PAMPAS

Seca la piel del garrón, se sumerge en agua y mantiene en ella hasta que adquiera flexibilidad (Fig. 1).

Se introduce una piedra dura, canto rodado, perdernal, etc.,

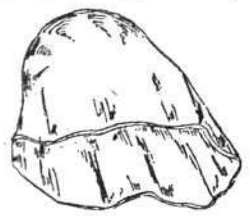


Fig. 1

lo más redondeada posible y por pequeñas incisiones efectuadas, como se ve en la fig. 2 en (M), se pasa un tiento for-

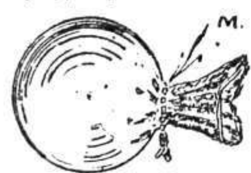


Fig. 2

mando una ajustada jareta. Los dos extremos del tiento los unían con una trenza "de dos de tiento hendido".

Cortado el excedente del forro y por debajo de la jare-

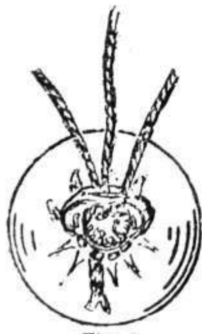


Fig. 3

ta pasaban un tiento ancho, de afuera hacia adentro y en el medio de éste, un ojal daba pasada a los dos cabos que se retorcían. Un tercer tiento anudado en el extremo como retén, completaba los elementos que, retorcidos y en una sola pieza, formaban un ramal de los tres que constituían las boleadoras, la más temible de las armas indias.



BOLEADORAS DE LUJO

Cuando el gaucho encontró piedras "lindas", es decir, que reunieran las condiciones de du-

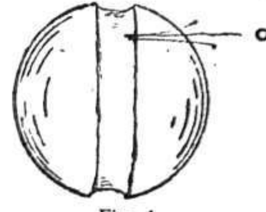


Fig. 4

reza y belleza natural, ya sea por el color y delicado pulimento, deseó dejarlas a la vista para lucirse con ellas. Entonces las preparó de diferente manera. Hízoles una especie de garganta, (o) de la figura 4, que llamó *cintura,* pasó un fuerte tiento por ella (faja), dejando una *oreja* (N) de la figura 5, para que luego arrancara de allí uno de los ramales.

Y, por último, le hizo un forro de igual manera que figuras 1 y 2, de "boleadoras pampas", aunque en éstas, buscó un cuero más delicado puesto que no desempeñaría más que el



Fig. 5

papel de cubrir el retén o faja. Empleó de preferencia el cuero de potrillo "yagüané", barriga de peludo o víbora. Cortando el excedente una vez secado perfectamente, por las lí-

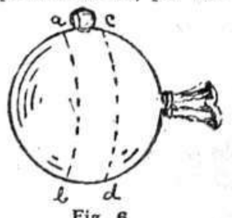


Fig. 6

neas punteadas de la figura 6 (a, b, c, y d), descubriendo con tal operación, dos segmentos de esfera que era el fin perseguido.

NACIMIENTO GLORIOSO DE HILARIO ASCASUBI



Una carreta en medio
de los campos anclada.
Y tras el horizonte
esa posta que llaman
"Posta del Fraile Muerto".
Ya es de noche. Una brava
noche tempestuosa
que alumbran con sus dagas
desnudas los relámpagos.
¡No ha de tardar el agua!

Al pie de la carreta,
entre sus ruedas altas,
la revuelta yacija
de ponchos y de matras
donde el bárbaro trance
una puérpera pasa.

Los delicados dedos
fuertes yuyos arrancan
mientras la tierra bebe
con delicia esas lágrimas
que son el zumo amargo
de la materna entrana,
y al clamor de la carne
responde la tronada.

Sombras entre las sombras,
los hombres, mudos, vagan,
y dan los animales
a la tormenta el anca.

De pronto, caudalosa,
la lluvia se desata.

¡Alívianse los cielos,
consuélase la pampa!

Un grito de agonía
que la carne acobarda,
y un vagido, el primero,
que entre besos se acalla.

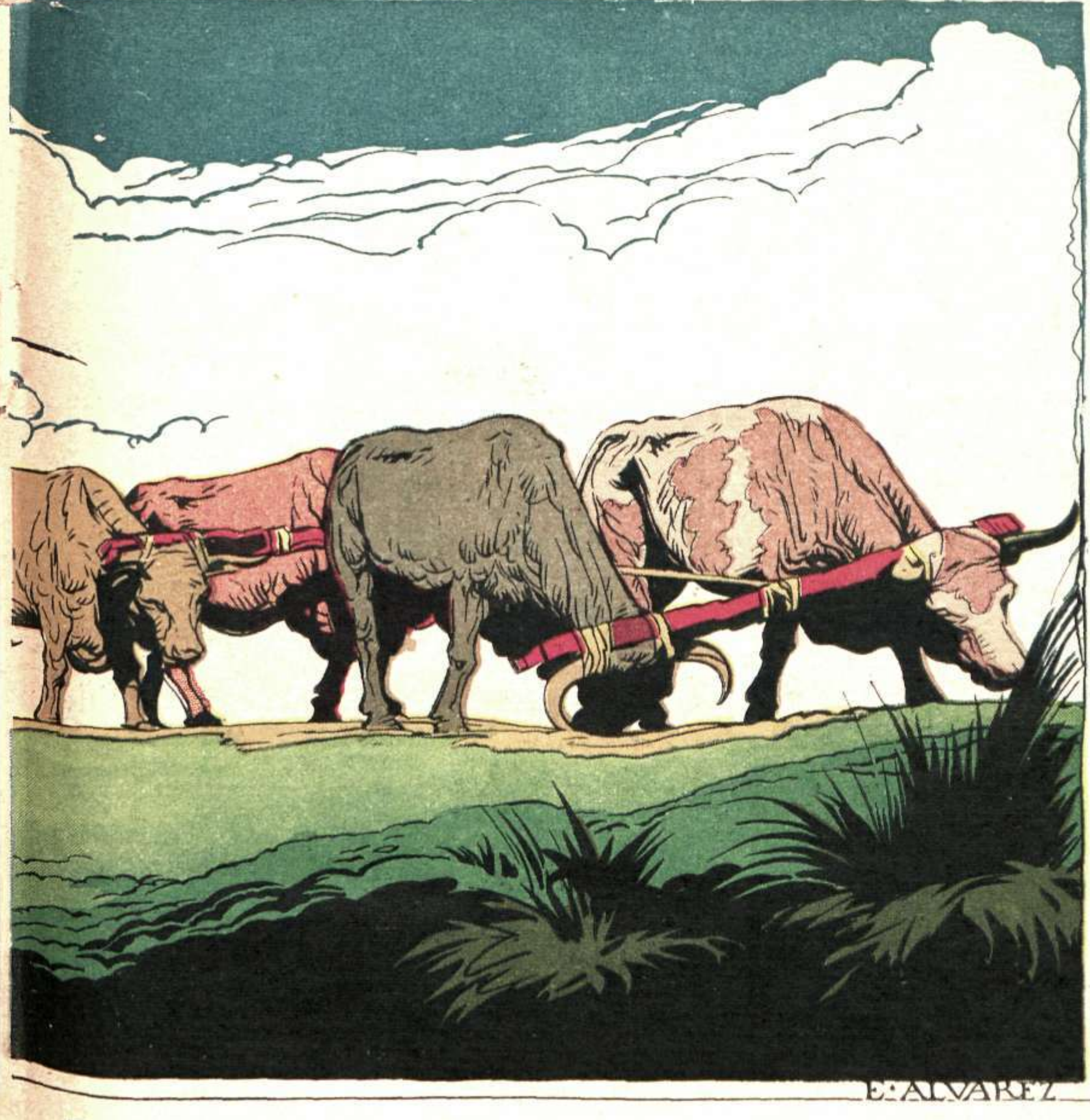
La lluvia se apacigua
cayendo acompasada
y el rumor de las gotas
es un son de guitarras.

El eco de esa lluvia,
como un son de guitarras,
estará para siempre
resonando en el alma
de ese auténtico hijo
de la auténtica pampa
que ha tenido la gloria
— que otra gloria presagia,
pues Hilario Ascasubi
el infante se llama, —
de nacer esta noche
entre las ruedas altas
de una carreta, en medio
de los campos anclada.

GERMAN BERDIALES

Dibujo de Valdivia





LA CARRETA: NAVIO DE LAS PAMPAS

Es el navío que debe atravesar el desierto, acarrear desde las orillas del Paraná hasta el pie de los Andes o hasta el trópico, las mercaderías de ultramar, y traer de las provincias del interior los productos que sirven para el intercambio — decía Martín de Moussy, en 1860, en su descripción de la Confederación Argentina. — Su estructura es curiosa: un enorme timón, haciendo cuerpo con el marco, sirve de base a este edificio ambulante, de altas ruedas de dos metros, por lo menos, montadas sobre un eje de madera, una jaula de cañas o de varillas delgadas en la que se teje paja, y una techumbre redonda, también de paja, recubierta de una tela encerada o con cueros, formando todo una especie de choza de dos metros y medio de altura. Tales son los elementos que constituyen la carreta argentina del interior, a los que se agrega, para concluir de infundirle un aspecto extraño, la enorme picana, de cinco o seis metros de largo, frecuentemente adornada con plumas de avestruz, que se encuentra sostenida en una manija de hierro o de madera, suspendida de una cuerda que cae de la cimbra de la carreta, de manera que permite al conductor su fácil manejo y pueda sin esfuerzo picar a la vez a los bueyes de adelante con la extremidad de la picana, los del medio con un hierro puntiagudo, colocado perpendicularmente en el tercio anterior de la caña. Los bueyes más próximos son dirigidos con ayuda de la picanilla: corta lanza de un metro y medio, que el carretero lleva en la otra mano".

Tres yuntas de bueyes arrastraban la carreta. Los primeros iban uncidos junto al pértigo, por lo que eran denominados "pertigueros". Seguían los "cuarteros del medio" y luego los "delanteros".

Cada carreta, particularmente las de la provincia de Buenos Aires, cargaba unas trescientas arrobas. Su recorrido, según el estado de los caminos, variaba entre las tres y cuatro leguas diarias.

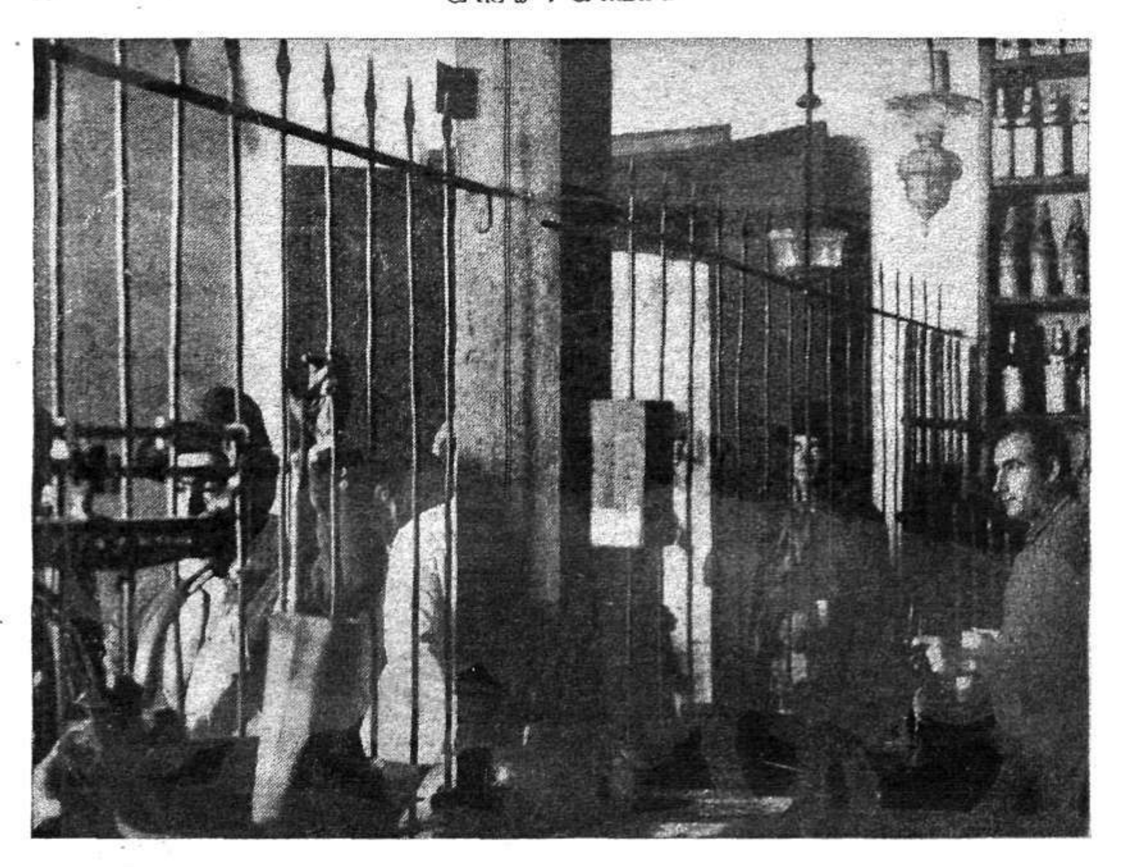
Las primeras carretas del suelo argentino procedieron del norte, de Tucumán. Por eso eran totalmente de madera, sin hierro alguno. Las de la provincia, en cambio, tuvieron ejes, argollas y cabezales de dicho metal.

Las carretas llevaban el "buche", que era un espacio cerrado que se agregaba a la caja en la parte anterior y en la "culata". Se formaba con tres cueros de vacuno, unidos entre sí a los "varales" y apoyados por su extremo inferior sobre el pértigo, de manera que los cueros de un lado quedaran sobre los del otro. En este espacio, así cerrado, se cargaba lana, cuyo peso impedía que los cueros se separaran del pértigo. Por delante se ponían, colgados de un palo sujeto a las puntas salientes de los varales, otros cueros unidos entre sí, de manera que el buche tomaba la forma de una especie de caja triangular con su vértice hacia abajo.

El "noque" era un saco de cuero, colgante debajo de la carreta, en el cual el carretero guardaba sus ropas. El "muchacho" sostenía a la carreta cuando no marchaba y aliviaba de su peso a los bueyes pertigueros. "Buey corneta" era aquel al cual le faltaba un cuerno.

Y, para cerrar la página, estas palabras de Sarmiento: "Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idioma y vestido peculiares que la distingue de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra".

Dibujo de Alvarez



ESCENA en la PULPERIA

Por ROBERTO B. CUNNINGHAME GRAHAM

UNA pulpería blanqueada con el nombre de "El Veinticinco de Mayo".

Delante de la puerta había una fila de palenques enclavados en el suelo para atar los caballos; allí se veían a todas horas del día, caballos atados que pestañeaban al sol. Los cojinillos estaban doblados hacia adelante sobre las cabezas de las sillas, para mantenerlas frescas cuando hacía calor y secas si llovía; las riendas estaban agarradas por un tiento, para que no cayeran a tierra y fueran pisoteadas. Algunas veces salía un hombre de la pulpería con una botella de ginebra en la mano, o con algún saco de yerba que colocaba en su maleta, y luego, soltando cuidadosamente el cabestro, ensillaba su caballo, apoyaba el pie contra el costado y se encaramaba, arreglándose las bombachas o el chiripá, y emprendía camino hacia el campo al trotecito corto.

Una recia empalizada de postes de ñandubay, clavados "palo a pique", rodeaba la casa, dejando sólo una angosta entrada que podía cerrarse fácilmente con una tranquera larga, lo que era una precaución a veces necesaria cuando algún gaucho pretendía entrarse a caballo al patio de la casa.

La puerta daba a un cuarto de techo bajo, con un mostrador en medio corriendo de muro a muro, sobre el cual se alzaba una reja de madera, con una portezuela o abertura, a través de la cual el patrón pasaba las bebidas, las cajas de sardinas, y las libras de pasas o de higos, que constituían los principales artículos del comercio.

Por el lado de afuera del mostrador haraganeaban los parroquianos. En aquellos días la pulpería era una especie de club, al cual acudían todos los vagos de las cercanías a pasar el rato. El rastrilleo de espuelas sonaba como chasquido de grillos en el suelo, y de día y de noche, gangueaba una guitarra desvencijada, que a veces tenía todas las cuerdas de alambre, o de tripa de gato, remendadas con tiras de cuero. Si algún payador se hallaba presente, tomaba la guitarra de derecho, y luego de templarla, lo que siempre requería algún tiempo, tocaba callado algunos compases, generalmente acordes muy sencillos, y prorrumpía en un canto bravío, entonado en alto falsete, prolongando las vocales finales en la nota más alta que le era posible dar.

Solía suceder que algún hombre se levantara, llegara a la ventanilla de la reja y dijera: "carlón". Recibía un jarro de lata, lleno de ese vino catalán, capitoso, de color rojo obscuro, como de medio litro; y lo pasaba alrededor a todos los presentes, comenzando por el payador...



EL VIEJO VIZCACHA

Un fragmento del poema
MARTIN FIERRO
de José Hernández

Con ilustraciones de A. BELLOCQ

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha.
Dejaba ver por la facha
Que era medio cimarrón,
Muy renegao, muy ladrón,
Y le llamaban Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando
Sospecho y no me equivoco,
Pero este punto no toco
Ni su secreto averiguo.
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas,
Con un empaque a lo toro;
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos,
Con las patas como loro,
De estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros
Que eran todo su placer;
Jamás dejó de tener
Menos de media docena:
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
Alguna res en el pago;
Y dejando allí el resago
Alzaba en ancas el cuero,
Que se lo vendía a un pulpero
Por yerba, tabaco y trago.

¡Ah!, viejo más comerciante
En mi vida lo he encontrao:
Con ese cuero robao
El arreglaba el pastel,
Y allí entre el pulpero y él
Se extendía el certificao.

La echaba de comedido:
En las tasquilas, lo viera,
Se ponía como una fiera
Si cortaban una oveja;
Pero de alzarse no deja
Un vellón o unas tijeras.

Una vez me dió una soba
Que me hizo pedir socorro,
Porque lastimé un cachorro
En el rancho de unas vascas,
Y al irse se alzó unas guascas.
Para eso era como zorro.

¡Ahijuna!, dije entre mí,
Me has dao esta pesadumbre;
Ya verás cuando vislumbre
Una ocasión medio güena,
Te he de quitar la costumbre
De cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una vizcacha
Otra vez me reprendió.
Se lo vine a contar yo,
Y no bien se lo hube dicho,
"Ni me nuembres ese bicho",
Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar.
Este me va a castigar,
Dije entre mí, si se agravia.
Ya vi que les tenía rabia
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio bichocas.
Después que voltió unas pocas
Las cerdiaba con empeño.
Yo vide venir al dueño
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
Y nos cayó como un rayo,
Se descolgó del caballo
Revoliando el arriador,
Y lo cruzó de un lazazo
Ahi no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar
Y de miedo del chicote,
Se lo apretó hasta el cogote
Sin pararse a contestar.

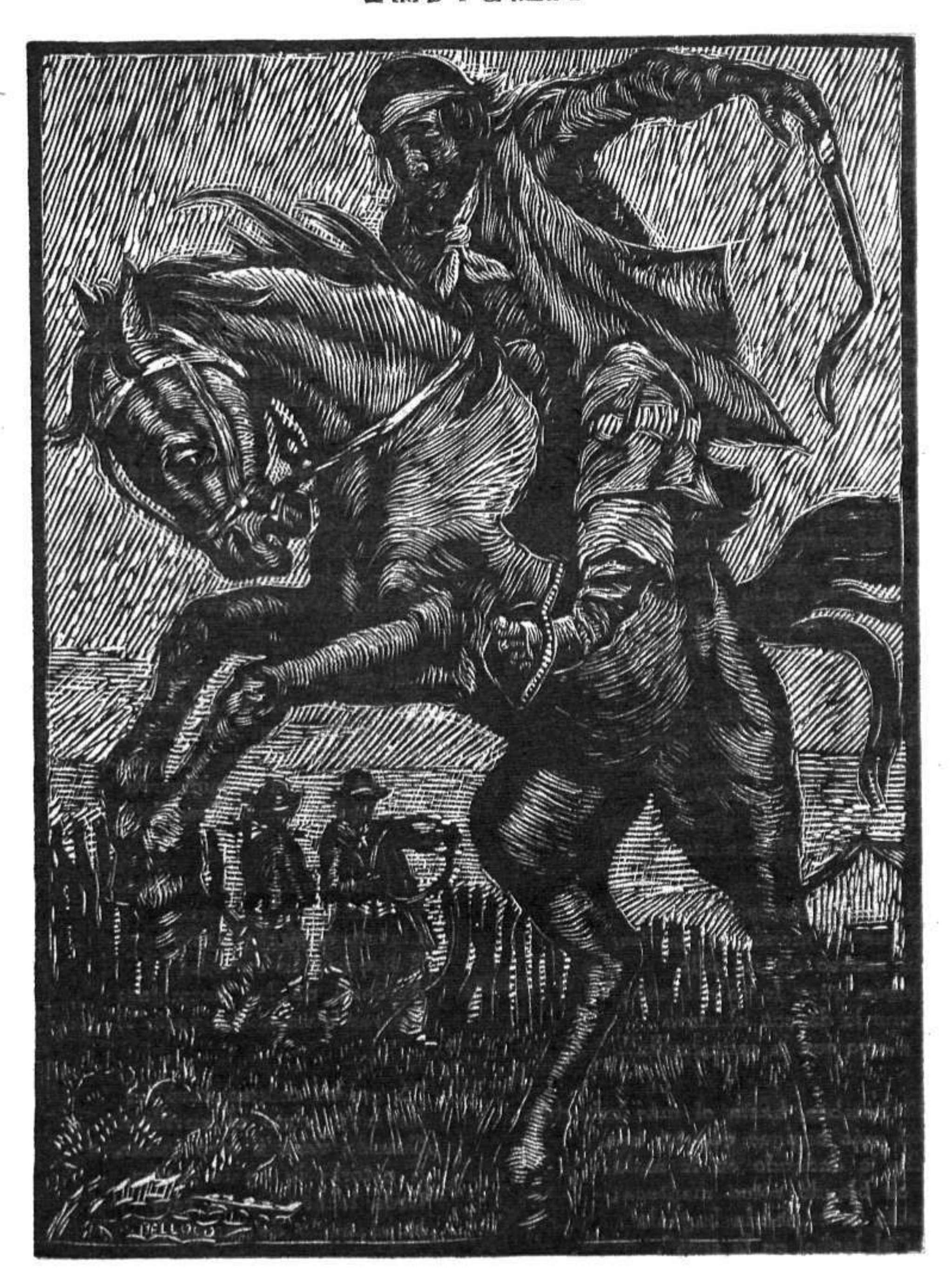
Ustedes creerán tal vez
Que el viejo se curaría;
No señores, lo que hacía,
Con más cuidao dende entonces,
Era maniarlas de día
Para cerdiar a la noche.

Ese fué el hombre que estuvo
Encargao de mi destino.
Siempre anduvo en mal camino
Y todo aquel vecindario
Decía que era un perdulario,
Insufrible de dañino.

Cuando el Juez me lo nombró
Al dármelo de tutor,
Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar,
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

Pero ¡qué había de aprender
Al lao de ese viejo paco
Que vivía como el chuncaco
En los bañaos, como el tero;
Un haragán, un ratero,
Y más chillón que un barraco!

Tampoco tenía más bienes
Ni propiedá conocida,
Que una carreta podrida,
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho
Que le servía de guarida.



Después de las trasnochadas
Allí venía a descansar.
Yo desiaba averiguar
Lo que tuviera escondido,
Pero nunca había podido,
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas
Que habían sido más peludas,
Y con mis carnes desnudas,
El viejo, que era una fiera,
Me echaba a dormir ajuera,
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao,
Aunque yo lo desconfío,
Y decía un amigo mío
Que de arrebatao y malo,
Mató a su mujer de un palo
Porque le dió un mate frío.

Y viudo por tal motivo
Nunca se volvió a casar;
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera;
Todas temerían llevar
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella
Sin duda por su delito,
Y decía el viejo maldito
El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella dende el mesmo infierno
Lo estaba llamando a gritos.

*

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco;
Después de echar un buen taco
Ansí principiaba a hablar:
"Jamás llegués a parar
A donde veas perros flacos".

"El primer cuidao del hombre
Es defender el pellejo.
Llevate de mi consejo,
Fijate bien en lo que hablo:
El diablo sabe por diablo,
Pero más sabe por viejo".

"Hacete amigo del Juez;
No le des de que quejarse;
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger.
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse".

"Nunca le llevés la contra
Porque él manda la gavilla.
Allí sentao en su silla
Ningún güey le sale bravo;
A uno le da con el clavo
Y a otro con la cantramilla".

"El hombre, hasta el más soberbio,
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca;
Hasta la hacienda baguala
Cai al jagüel en la seca".

"No andés cambiando de cueva;
Hacé lo que hace el ratón;
Conservate en el rincón
En que empezó tu existencia:
Vaca que cambia querencia,
Se atrasa en la parición".

Y menudiando los tragos,
Aquel viejo, como cerro,
"No olvides, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe crer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro".

"No te debés afligir
Aunque el mundo se desplome.
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro
Que nunca olvida ande come".

"Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo.
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo.
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos".

"El zorro que ya es corrido
Desde lejos la olfatea.
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche.
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche".

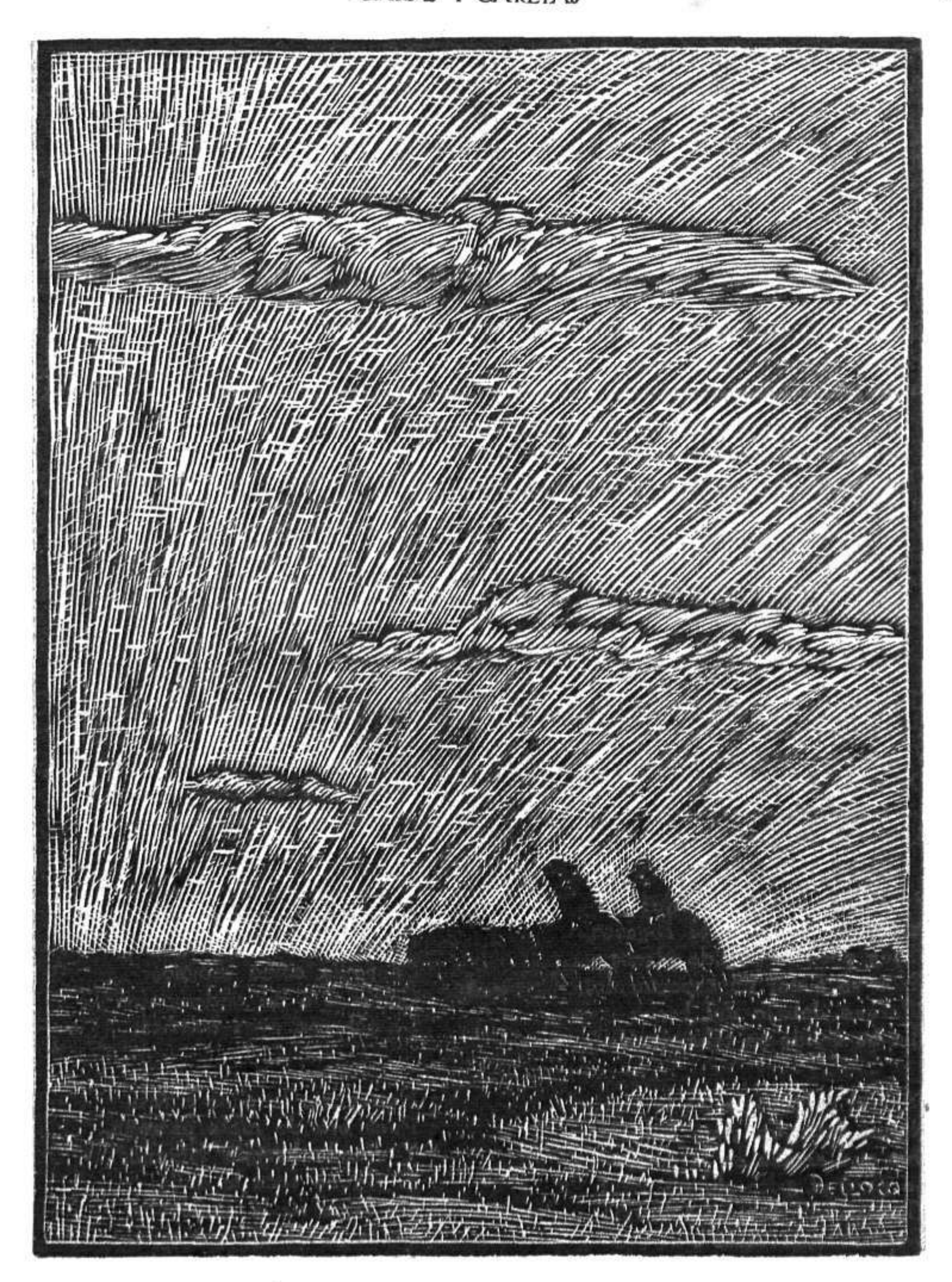
"El que gana su comida
Bueno es que en silencio coma.
Ansina, vos, ni por broma,
Querrás llamar la atención.
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma".

"Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrío.
Llevate el ejemplo mío
Y llenarás la barriga;
Aprendé de las hormigas:
No van a un noque vacío".

"A naides tengas envidia;
Es muy triste el envidiar.
Cuando veas a otro ganar,
A estorbarlo no te metas.
Cada lechón en su teta
es el modo de mamar".

"Ansí se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan.
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita, no niego;
Pero otros, como el borrego,
Toda entera se la tragan".

"Si buscás vivir tranquilo,
Dedicate a solteriar,
Mas si te querés casar,
Con esta advertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean".



"Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo.
Siempre quiere al hombre guapo,
Mas fijate en la elección;
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo".

Y gangoso con la tranca,
Me solía decir: "Potrillo:
Recién te apunta el cormillo,
Mas te lo dice un toruno,
No dejés que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo".

"Las armas son necesarias,
Pero naides sabe cuándo;
Ansina, si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir, salga cortando".

"Los que no saben guardar
Son pobres aunque trabajen;
Nunca por más que se atajen
Se librarán del cimbrón.
Al que nace barrigón
Es al ñudo que lo fajen".

"Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro:
Cuando una tristeza encuentro
Tomo un trago pa alegrarme;
A mí me gusta mojarme
Por afuera y por adentro".

" Vos sos pollo, y te convienen
Toditas estas razones.
Mis consejos y lecciones
No echés nunca en el olvido.
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones".

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,
Y que aquí yo desentierro,
Educándome seguía,
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

*

Cuando el viejo cayó enfermo,
Viendo yo que se empioraba
Y que esperanza no daba
De mejorarse siquiera,
Le truje una culandrera
A ver si lo mejoraba.

En cuanto lo vió me dijo:
"Este no aguanta el sogazo;
"Muy poco le doy de plazo;
"Nos va a dar un espectáculo,
"Porque debajo del brazo
"Le ha salido un tabernáculo".

Dice el refrán que en la tropa
Nunca falta un güey corneta.
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito ahi no más:
"Tabernáculo... ¡qué bruto!
Un tubérculo dirás".

Al verse ansí interrumpido,
Al punto dijo el cantor:
"No me parece ocasión
"De meterse los de ajuera.
"Tabernáculo, señor,
"Le decía la culandrera".

El de ajuera repitió
Dándole otro charaguazo:
"Allá va un nuevo bolazo.
"Copo y se la gano en puerta:
"A las mujeres que curan
"Se les llama curanderas".

No es bueno, dijo el cantor,
Muchas manos en un plato,
Y diré al que ese barato
Ha tomao de entremetido
Que no creía haber venido
A hablar entre liberatos.

Y para seguir contando
La historia de mi tutor,
Le pediré a ese dotor
Que en mi inorancia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
Cada vez más emperrao.
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba dende lejos:
Era la boca del viejo,
La boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno.
El maldecía al Padre Eterno
Como a los santos benditos,
Pidiéndole al diablo a gritos
que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica.
Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogao,
Como si a un endemoniao
Le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
Pues era de mala entraña,
Y viendo herejía tamaña,
Si alguna cosa le daba,
De lejos se la alcanzaba
En la punta de una caña.

Será mejor, decía yo,
Que abandonado lo deje
Que blafeme y que se queje,
Y que siga de esta suerte,
Hasta que venga la muerte
Y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
Le até en la mano un cencerro,
Y al ver cercano su entierro,
Arañando las paredes
Espiró allí entre los perros
Y este servidor de ustedes.

Le cobré un miedo terrible
Después que lo vi dijunto,
Llamé al Alcalde, y al punto,
Acompañado se vino
De tres o cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

"Anima bendita", dijo
Un viejo medio ladiao.
"Que Dios lo haiga perdonao,
"Es todo cuanto deseo;
"Le conocí un pastoreo
"De terneritos robaos".

"Ansina es, dijo el Alcalde;
Con eso empezó a poblar.
Yo nunca podré olvidar
Las travesuras que hizo;
Hasta que al fin fué preciso
Que le privasen carniar".

"De mozo fué muy jinete;
No lo bajaba un bagüal.
Pa ensillar un animal
Sin necesitar de otro,
Se encerraba en el corral
Y allí galopiaba el potro".

"Se llevaba mal con todos.
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas,
Pues al hacer el aparte
Sacaba la mejor parte
Y después venía con quejas".

"Dios lo ampare al pobrecito,
Dijo en seguida un tercero.
Siempre robaba carneros.
En eso tenía destreza.
Enterraba las cabezas,
Y después vendía los cueros".

"Y ¡qué costumbre tenía
Cuando en el jogón estaba!
Con el mate se agarraba
Estando los piones juntos,
Yo tayo, decía, y apunto,
Y a ninguno convidaba".

"Si ensartaba algún asao,
¡Pobre, como si lo viese!
Poco antes de que estuviese,
Primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naides comiese".

"Quien le quitó esa costumbre
De escupir el asador
Fué un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo,
Un diablo, muy peliador,
Que le llamaban Barullo.

"Una noche que les hizo
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao,
Y le gritó: "Viejo indino,
"Yo te he de enseñar, cochino,
"A echar saliva al asao".

"Lo saltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano.
¡La pucha, el pardo liviano!
En la mesma atropellada
Le largó una puñalada
Que la quitó otro paisano".

Y ya caliente, Barullo
Quiso seguir la chacota.
Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta;
El viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota".

"De esa costumbre maldita
Dende entonces se curó.
A las casas no volvió,
Se metió en un cicutal,
Y allí escondido pasó
Esa noche sin cenar".

Esto hablaban los presentes,
Y yo, que estaba a su lao,
Al oir lo que he relatao,
Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí: "Qué rosario
Le están rezando al finao!"

Luego comenzó el alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil chucherías
Y guascas y trapos viejos,
Temeridá de trebejos
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
Coyundas y maniadores,
Una punta de arriadores,
Cinchones, maneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.

JOSE HERNANDEZ



Contrastes

Por **BENITO LYNCH**

LLUEVE con viento, con un viento arrachado del N. E. que corre por los campos ateridos de frío y negros de noche, atropellando locamente las isletas de duraznillos y desgarrando a zarpazos las densas cortinas de agua que a porfía le va oponiendo la lluvia.

La población está "ahi no más", casi a la vera de los caminos que conducen a un gran balneario pero, en realidad, tan aislada de ellos y de todo recurso, por el temporal y los pantanos inmensos que la rodean, como pudo estarlo hace un siglo.

Es la hora de los teatros, de los "cines", de los cafés y de "la radio", para la gente de los pueblos y de las ciudades, pero parece ser la del desamparo y de la tragedia para los habitantes de este pobre "puesto de estancia", cuyos tres ranchos obscuros y semi-hundidos en la ciénaga milenaria, parecen otros tantos cerdos negros echados en el lodo de su chiquero: La esposa del dueño de casa (de parto difícil desde hace muchas horas) se ha agravado peligrosamente y, ante los ojos afligidos o estupefactos de las mujeres que la asisten o acompañan, está allí — joven y hermosa mulata de ondulada melena — casi azul de pálida y retorciéndose gimiente sobre el cuero de capón de consumo que vuelto del revés han tendido sobre la cama.

LA ENFERMA. — ¡Ay, mamita, ay!...

Y el cansado lamento de la moza que a veces recuerda el plañir de un gatito y que pone expresiones de extravío en los ojos de la madre, doña

Gregoria — ejemplar típico de la vieja gaucha porteña — se mete en la cocina contigua y circula entre los hombres que cubiertos con sus mojados ponchos, se restriegan ante un fuego de duraznillos, las toscas manos entumecidas por el frío.

Un muchacho (*en voz muy baja a otro que se limpia las uñas con un palito*). — Yo digo la que ganó la quinta...

El otro. — No sé...

Un vecino (*que acobardado por el tiempo buscó refugio en el puesto, al dueño de casa, paisano corpulento de barba entrecana*). — Si no fuera por este tiempo imposible hasta quizá se podría haber ido al pueblo a buscarlo al dotorcito... ¿No?...

El marido. — ¡Ah, ah!... ¿Y sabrá más que la médica que la señora aquí?...

El vecino. — No sé... Es joven pero baquianísimo.

El marido (*restregándose un carrillo*). — ¡Ah, ah!... ¡A deshoras y con este tiempo!... Como cinco leguas son y además... ¿Ande hallarlo al médico?...

Un paisanito joven. — El sabe estar siempre en "El Clu"... Sabe estarse hasta pasada la medianoche...

El padre del muchacho. — ¿Y qué sabés vos?

El muchacho. — Lo tengo oído decir una punta e veces en el comité.

El marido (*tornando a restregarse el carrillo*). — ¡Ay, ah!... Pero...

La voz de la enferma. — ¡Ay, ay!... ¡Mamita!... ¡No puedo más!...

La madre de la enferma (*presentándose bruscamente en la cocina y dirigiéndose a su yerno con ademán alocado y los ojos enrojecidos*). — ¿Y?... ¿qué piensa hacer usté?... Vea que esto va de mal en pior, como quien dice y usté...

Un pobre muchacho (*alzándose del banco que ocupaba ante el fogón*). — ¿Si gusta sentarse señora?...

El marido (*mientras todos los hombres alargan el cuello y tienden el oído*). — ¡Ah, ah!... ¡Y qué quiere que yo le haga, señora!... ¿Qué opina ahora la médica?...

La suegra. — ¡Y!... Lo que ya impinó esta tarde: Que hay que dir a trair un médico.

El marido. — ¡Un médico, un médico!... Usté señora todo lo facilita... ¿De ande quiere que vaya a sacar un médico con esta noche?...

La suegra. — ¡A eso lo sabrá usté que es hombre y es el marido de mi hija!...

El marido (*con tanta sorna como enojo*). — ¿Ah, ah?...

La suegra. — ¡Claro!...

El marido. — Vea señora, atiéndame y no se me ponga nervosa...

La suegra (*conteniendo su cólera*). — ¡Ah, ah!...

El marido (*señalando con un pulgar hacia la puerta cerrada que el viento sacude y castiga el aguacero*). — Sigue lloviendo como usté ve, cada vez más juerte; el paso el bañao que ayer por la tarde estaba ya a nado, imagínese cómo estará ahura... Si uno le llega a errar en lo escuro se ahuga como un...

La suegra. — ¡Bah!... Vea Cipriano; Yo...

El marido (*levantando una mano*). — ¡Paresé y oigame, tenga paciencia!... Tres leguas de agua y barro hay dende acá hasta el camino que pasa pal balniario...

La suegra (*impaciente*). — ¡Siga!... Ya sé... ¡No viá saber!... Van pa cincuenta años que vivo entre estos barros... ¡Siga!...

El marido. — Nada se pierde esperando a que amanezca y pa...

La suegra (*interrumpiéndole con viveza*). — ¡Ah, no, Cipriano!... ¡Qué esperar ni qué esperar!... ¡Ahura mesmo tiene que ser!... (*dirigiéndose al muchacho que antes le ofreció el asiento y con una sonrisa que más bien parece una mueca*). — Vos Pablo, que conocés bien el campo, vas a salir en seguidita... ¿Verdá?... Ahí tenés el zaino mula y el coloradito... ¿Verdá?...

Pablo (*después de alzarse de hombros y de desviar sus ojos vacilantes de aquellos de doña Gregoria, interrogadores y firmes*). — Vea señora: Yo lo haría con gusto pero me parece inútil... Como ha dicho aquí, don Cipriano, con esta obscuridad y esta agua, es salir a perderse a la fija... Esperemos mejor a que medio quiera amanecer...

Doña Gregoria. — ¡Oh!... ¡Calláte y andá a la... vos también!... (*a los hombres en general y entre los que está además del vecino un viajero desconocido*). — ¡A ver hombres!... ¿Hay alguno que quiera hacerle esa caridá a una madre?

El yerno. — Pero... ¡Por favor, señora!...

Doña Gregoria (*tras un gran gesto despectivo*). — ¡Callesé!... ¿Alguno de ustedes pasajeros?... Quizá tenga más suerte con un extraño que con los de la familia... ¿No?...

El forastero (*hombre de aspecto aguerrido y cuyo poncho de paño gris empapado por la lluvia vuelca como una panza de vaca recién extraída*). — Pa mi gusto que estos hombres tienen razón, señora. Por algo yo que soy medio baquiano de estos campos, me vine a guarecer aquí pa pasar la noche... Vea:

(*La voz de la enferma que llega una vez más desde la pieza contigua*:) — ¡Maama!...

Doña Gregoria. — ¡Voy m'hija, voy!... (*al tiempo en que se marcha y mirando a los hombres con expresión de indignado desprecio*). — ¡Estos son los hombres de ahura!... ¡Maricas!... ¡Pollerudos!...

El yerno (*observando la expresión ofendida de algunos de los hombres*). — Dispenselá a la pobre: está media loca e la cabeza...

Un hombre. — ¡Claro!...

Otro. — Ella no se da cuenta en su aflicción de madre de lo que se le quiere explicar...

Otro. — Claro...

El yerno. — Las señoras todito lo facilitan dende la cocina. Ustedes saben cómo está el campo...

Varios. — ¡Claro!...

El dueño de casa. — Todas las güeyas desaparecidas debajo el agua y... ¡cada pantano y barros blancos!

El forastero. — ¿Y el dotor ese es de a caballo?

El dueño de casa. — No sé... Debe de ser... ¿Por qué?

El forastero. — ¡Nada!... Decía no más como hoy hay tantísimo mozo de la ciudá que confiesan sin vergüenza que no saben, quizá este...

El muchacho. — El tiene el auto...

El forastero.—Con el agua no va a llegar hasta acá, amigo. Hay tres leguas largas de barro y agua.

El muchacho. — Pero él puede venirse con el auto, por el camino, un suponer hasta ande está el boliche con el surtidor de la nafta y ahí lo espera el caballo ensillao que le dejará el que vaya a buscarlo al pueblo...

El forastero. — ¡Ah, ah!...

El muchacho (*satisfecho, tocando con un codo a cierto linyera refugiado en el puesto desde que comenzó el temporal y con el que quiere hacerse*



amigo). — ¿Sintió? ¡A mí me van a decir!... ¡Ah, ah!...

EL LINYERA. — Mi no comprenda, siñor...

EL DUEÑO DE CASA. — Sí, pero la cuestión está en dir hasta el camino. Por eso es que le decía aquí, a mi suegra, aunque ella no quiera comprenderlo, que quizá se trairá más pronto el médico, saliendo ya amanecido y no ahura, expuesto a perderse y andar dando gueltas al ñudo toda la noche...

VARIOS HOMBRES. — ¡Claro!...

EL FORASTERO. — A mí, en estos pagos a lo menos, los autos y los caminos me hacen acordar a "no sirve"... Los caminos por retirados y los autos porque no saben andar en el barro... ¡Ah, ah!... Vez pasada tuvimos que sacar a un ricacho enfermo, un tal don Pedro, de ahí de "La Isleta" que le dicen... ¡Ah, ah!... Agatitas cinco leguas del camino y echamos como cinco horas cuartiando el automóvil pa poder agarrarlo... ¡Unos pantanos hasta la cincha y una noche de invierno de negra, que ni las manos se vían!...

OTRO HOMBRE. — Yo tengo oído decir por la radio, que p'al año que viene los caminos van estar muy lindos.

EL FORASTERO. — ¿Pa los balnearios?...

EL HOMBRE. — ¡Ah, ah!...

EL FORASTERO. — ¿Y pa nosotros, ¿qué ventaja represientan esos caminos?...

EL HOMBRE. — ¡Caray, amigo!...

EL FORASTERO. — ¿Están malos ahura?

EL HOMBRE. — Tanto como mal no, rigulares...

EL FORASTERO. — ¿Pero sirven pa dir al pueblo?...

EL HOMBRE. — ¡Claro!...

EL FORASTERO. — ¿Ve como tengo razón?... Sirven pa los que ya están en ellos, pero pa nosotros los destos pagos siempre vendrá a ser lo mesmo: Rigulares como hoy o lisitos como la palma en la mano asigún lo anuncea la radio, siempre hemos de quedar a las mesmas tres o más legüitas de barro y agua... ¡Ah, ah!...

LA VOZ DE LA ENFERMA. — ¡Ay mama!... ¡Ay mamita!...

DOÑA GREGORIA (*presentándose de nuevo en la cocina con el rostro crispado y amplios ademanes*). — ¡Vean!... ¡Le pago diez pesos, al que vaya a buscarme al médico ahurita mesmo!...

EL MARIDO. — ¡Oh, bah!...

DOÑA GREGORIA. — ¡Diez pesos!... ¡A ver un hombre, Virgen santa!...

EL FORASTERO (*tras un silencio general que a la pobre madre le parece interminable*). — ¡Kum, kum!... Vea señora, no es por interés, pero ya que es una madre la que lo pide...

LA MADRE (*con inmenso alivio*). — ¡Ah!... ¡Gracias a Dios!... ¡Gracias, hijo!... Un forastero tenía que ser...

EL FORASTERO. — Al fin y al cabo aquí no hay ni ande dormir y ya estoy bien mojao...

DOÑA GREGORIA (*medio aturdida*). — ¡Claro!...

EL FORASTERO (*alzándose pesadamente*). — ¡Güeno!... Vaya diciéndose qué es lo que tengo que hacer...

EL MUCHACHO. — Va a tener que ensillar el...

DOÑA GREGORIA. — ¡Calláte!... Vea: Usté se va pal pueblo con caballo de tiro... ¿no?...

EL FORASTERO. — ¡Ah, ah!...

DOÑA GREGORIA. — Y una vez llegao allí, pregunta en cualquier parte por la casa el dotor Chulengo...

EL YERNO. — Chuslenki... el médico nuevo, ese que hizo nombrar El Patrón el año pasao, cuando lo echaron al gringo viejo...

EL FORASTERO. — ¡Ah, ah!...

LA SUEGRA. — Pregunta por él, y cuando lo ha...

VARIOS. — En el clú... Lo va hallar en el clú.

LA SUEGRA. — Eso es, en el clú y me le dice que va de parte de Cipriano López, puestero e la estancia "La Agraciada" del Dotor, pa que venga en seguida a atender a la esposa que está medio mal de parto y que...

EL YERNO. — ¡Paresé, señora...!

LA SUEGRA. — ¡Ah, ah!...

EL YERNO. — Hay que mandarle un papel, una carta...

Cuando el patrón me lo habló vez pasada quedamos arreglaos que en caso e necesidá yo lo mandaría a buscar al dotorcito con uno que le llevaría una carta...

La suegra (*impaciente*). — ¡Ah, ah!... ¿Y pa qué la carta?...

El yerno. — Pa seguridá de que era yo el que lo mandaba, porque parece que en una ocasión los Miquelena lo habían hecho costiar pa embromarlo hasta un puesto el campo e Cassone ande no había naides enfermo...

Varios. — ¡Ah, ah!... ¡Claro!...

La suegra. — ¡Güeno!... ¡Haga la carta pues!...

El yerno. — Ya sabe que perdí los antiojos hace una punta e tiempo y que entoavía no he podido dir a comprarme otros...

La suegra (*al muchacho*). — ¡Güeno!... ¡A ver, vos!... ¡Buscá pluma y papel y vas a escribir la carta!...

El muchacho (*que se ha puesto muy colorado*). — ¿Ande?

El dueño de casa (*a su suegra*). — Vea: Creo que debe de estar en esa caja ande guardan los discos de la vitrola...

La suegra (*desaparecciendo en la habitación de la enferma*). — ¡Inservibles, inútiles!...

El muchacho (*muy inclinado sobre el fogón y como quien habla consigo mismo*). — ¡Yo no escribo nada!...

El dueño de casa. — ¿Y por qué no has de escribir si sabés?...

El muchacho. — Sabía pero me se ha olvidao y además que con este frío se me engarrotan los dedos...

El dueño de casa (*con gravedad*). — Y, caliénteselos en el juego, pues...

El muchacho. — No me sé cal...

Doña Gregoria (*siempre ejecutiva y reapareciendo con unos plieguecillos de papel de carta color de rosa en sus obscuras manos, al muchacho*). — ¡Aquí hay papel de carta pero tendrás que escrebir con el lápiz porque no hay tinta, el tintero está seco!...

El muchacho. — No se enoje, pero yo no viá escribir...

Doña Gregoria. — ¿Cómo que no vas a escrebir, cachafaz?...

El muchacho. — Yo no sé escribir y meno delante e la gente...

Doña Gregoria. — ¡Vas a escribir trompeta!...

El muchacho (*retobado, las manos en los carrillos y los ojos en la lumbre*). — ¡No viá escrebir, yo soy libre!...

Doña Gregoria (*fuera de sí*). — ¡Lo que vos sos es un desagradecido mal mandao!... ¡O escrebis inmediatamente ese papel, o mañana mesmo te mandás mudar de estas casas!...

El muchacho. — ¡Me iré!...

Doña Gregoria. — ¡Trompeta!... ¡Así pagás los sacrificios que hemos hecho!...

La voz de la enferma. — ¡Ay, ay!...

Doña Gregoria (*al muchacho*). — ¡Vago!...

El muchacho (*con firmeza*). — ¡No sé escrebir!... ¡Me se olvidó!...

Doña Gregoria (*en tono de amenaza*). — ¡Vas a ver!...

El dueño de casa (*fastidiado*). — Haga el favor, señora... (*dirigiéndose a todos los hombres que están en la cocina*). — ¡Caballeros!... ¿No hay alguno que se comida pa escrebir una carta, si sabe?...

Uno de los hombres (*tras algunos segundos de general silencio*). — Yo no me comido, señor, por-



que ya ni me acuerdo e lo poco que me enseñaron en la concrición, clase el noventa y tres...

El dueño de casa. — ¡Ah, ah!... (*al forastero*). — ¿Y usted?... Yo le pondría la firma...

El forastero. — ¡Que viá a escrebir, señor!... Voy pa los cuarenta, tengo corridos mis mundos, pero no sé escrebir... Sea por A o por B, la cuistión es que nunca juí a la escuela...

El dueño de casa. — ¡Raro!... ¿No?...

El forastero (*con viveza*). — ¡No señor, raro no es! ¡Viera la cantidá de hombres — hechos como yo — que no tienen ninguna letra... ¡Ah,

ah!... Vea, vez pasada sin dir más lejos, cuando nos riunieron en el comité, créame que juimos varios los que tuvimos que pasar bochorno...

El dueño de casa. — ¡Ah, ah!... ¿No diga?...

El forastero. — Fíjesé que éramos como sais hombres grandes todos y estábamos amontonaos en el zaguán del comité, cuando cai un mocito — el mocito rubio ese, que viene a ser como especie de orejero del Dotor — y nos dice que él tenía que dirse pa una deligencia y de que mientras tanto y pa ganar tiempo, nos juésemos buscando nosotros mesmos en el padrón que estaba pegao en la paré... ¡Ah, ah!... ¿Y sabe señor, lo que aconteció, cuando volvió el mocito, allá a las cansadas?...

El dueño de casa. — Si usté no lo dice...

El forastero. — Aconteció que ahí estábamos todos paraditos como animal quebrao, por que ninguno e los sais sabía leer... ¿Qué me dice señor?...

El dueño de casa. — ¡Y qué quiere que le diga amigo!...

Doña Gregoria. — ¡Güeno!... ¡A ver!..

El dueño de casa. — ¡Espere!... ¡Tenga paciencia, pues!

Doña Gregoria. — ¡Ah, ah!...

El dueño de casa (*a un tapecito con aspecto hosco*). — ¿Vos Celedonio?... Tengo sentido decir...

Celedonio. — Sé poco...

Doña Gregoria (*con alivio*). — ¡Ah, es verdá, Celedonio!

El dueño de casa. — No importa... ¡Muy bien, che!... Yo te digo la carta cortita y vos la escrebís en un Jesús...

Celedonio. — Yo no sé escribir carta, yo sé escribir mi firma...

El dueño de casa. — ¡Hágame el favor!... ¡Y pa eso hay tanta escuela!...

El forastero. — ¡Y que le hace que hayga, si no vamo!...

El dueño de casa. — También tiene razón amigo... (*Dirigiéndose al linyera "agregado" el que en silencio, lo observa todo con sus ojos curiosos*). — ¿Y usted, amigo?...

El linyera. — ¡Mi no comprenda, siñor!...

El dueño de casa (*con amplia mímica*). — ¿Si no sabe... ¡Vea!... Así... ¿Si no sabe escribir?

El linyera. — ¡Ah, no!... Mi no sabo siñor, mi busca trabaco...

Doña Gregoria (*fuera de sí*). — ¡No sabo!... ¡Baguales!... ¡Animales!... ¡Y éstos son los que vienen a cevilizarnos!...

El dueño de casa (*escandalizado*). — ¡Chist!.., ¡Por favor, señora!...

Doña Gregoria. — ¡Y claro!...

Una joven mujer con grandes ojos negros (*asomando de pronto por la puerta que comunica con la alcoba de la enferma*). — ¡Buenas noches!... ¡Con permiso!...

Doña Gregoria (*sorprendida y a tiempo en que se vuelve con violencia*). — ¿Qué?... ¿Que hay, Candelaria?...

La joven mujer de los ojos negros. — Si quieren, ahí está mi chico... Está durmiendo, pero se lo puedo despertar...

Doña Gregoria (*ofuscada*). — ¡Ah, ah!... ¿Y pa qué?...

Un hombre (*a su vecino de asiento*). — ¿Quién es?...

La joven de los ojos negros. — Y, para que escriba la carta; ¿no dicen que no hay quién la haga?...

Doña Gregoria (*dándose un gran palmada en la frente*). — ¡Pero es verdá!... "El Baby", ¡angelito e Dios! ¡Como se me olvidó, caray!...

El otro hombre de junto al fogón (*al que le hizo la pregunta sobre la moza de los ojos negros*). — ¡No sé!...

El hombre. — ¡Ta linda!...

El otro. — ¡Ah, ah!...

Ha transcurrido más de un cuarto de hora y mientras el viento y la lluvia continúan estremeciendo el rancho y cubriendo con sus ruidos el cansado e isócrono lamentar de la enferma, un niño, de nueve años apenas, mal envuelto en un poncho y tiritando de frío, escribe al dictado sobre sus rodillas y a la luz de una lámpara de querosén, que sostiene en alto la madre. Todos los hombres emponchados que le rodean alargan curiosamente el pescuezo y el niño, pálido y serio, parece un pequeño sacerdote, en el oficio de un rito extraño y solemne...

El dueño de casa. — ¿Pusiste ya: "y dispense"?...

El niño. — Sí, señor...

El dueño de casa. — ¡Güeno! (*dictando*)... "que lo hayga incomodao"...

El niño (*levantando la carita con expresión severa*). — No se dice "hayga"...

El dueño de casa. — ¿Ah, ah?...

El niño (*tornando a inclinarse sobre el papel*). — Se dice "haya".

El dueño de casa. — Güeno, poné como sea..

Un hombre (*dando a otro con un codo*). — ¡Qué me cuenta!... ¡El pergenio!...

El otro. — ¿Sintió?...

El forastero (*que vuelve de ensillar y que perseguido por el viento y la lluvia cierra la puerta con violencia*). — ¡A la miel... le han puesto arrope!... ¿Y de ahí?...

Varios (*que han vuelto la cara con expresión severa*). — ¡Ya va a estar, ya va a estar!...

El dueño de casa (*repitiendo con voz grave y monótona*). — ... que lo hayga, que lo hayga incomodao...

El niño. — Ya está: Que lo haya incomodado...

Benito Lynch

En nuestro número próximo publicaremos una amplia nota gráfica de los festejos del 9 de julio.

Los gauchos del NORTE

Por *CESAR CARRIZO*



I

Poco a poco las nuevas generaciones han ido revisando la vieja imagen: "el gaucho, la pampa y el ombú", imagen que ejercía no sé qué privilegio, no sé qué dictadura ideológica en el campo de la conciencia histórica. Hasta hace poco tiempo no se concebía otro centauro, otro escenario ni otro árbol tutelar. Y esta imagen nos llevaba — sin saber por qué — a la Arabia con su jinete oriundo, que después de mucho correr por el desierto viene a descabalgar a la sombra verde de las palmeras.

¿Cuál fué el origen de un lugar común tan difundido? Nos viene acaso desde la colonia. Largo sería enumerar pormenores y trazar el cuadro de las costumbres, hasta ahondar en la génesis del gaucho pampeano. Estas líneas no tienen la pretensión de una monografía, ni aspiran a la densidad y a la gravidez del ensayo.

Ahora bien, si en alguna parte hemos de encontrar el origen de la tiranía que ha ejercido la frase "el gaucho, la pampa y el ombú", es en la poesía popular de los juglares del Plata. Y bien se sabe que cuando el arte crea fórmulas y símbolos, es difícil revisarlos. Sobre todo el arte del pueblo que bebe y se nutre de emoción territorial y de las grandes cosas de la raza.

Estos juglares creadores, estos juglares de péñola y no de repetición, fueron sin duda alguna Bartolomé Hidalgo, cuando iban a empezar las guerras de la Independencia; le sigue Hilario Ascasubi con su "Santos Vega" y sus "Diálogos" y "Cielitos" insuperables; después Estanislao del Campo, con el "Fausto"; José Hernández, con el "Martín Fierro"; Ricardo Gutiérrez, con su "Lázaro, y Rafael Obligado, con sus poemas. ¡Y qué poetámbulos para cantar y fijar en el oro y en el bronce del verso al caballero de las llanuras! Basta con los nombres consignados para que la nómina no se extienda. Pero hay que situar en Hilario Ascasubi — nacido en Córdoba — la fuente de honda y caudalosa fluencia, de donde mana la poesía gauchesca. Acerca de este poeta ha escrito el doctor Martiniano Leguizamón: "Rosas lo encarceló, y el infortunio del destierro le hizo poeta. Su cancionero cívico en

que palpita el sufrimiento de los proscriptos, de los soldados que encanecían en los ejércitos, suspirando por el hogar abandonado y de los huérfanos errantes, aunque parezca trivial a primera vista, fué ariete y látigo más eficaz que los artículos de la prensa, porque hería directamente el sentimiento de las masas populares, exacerbando sus anhelos de libertad".

Y agrega: "Los "compuestos" del payador gauchesco durante la campaña contra Rosas, eran más populares que los boletines de Sarmiento en el ejército de Urquiza. He oído recitar muchos años después trozos enteros a heroicos veteranos, como aquella sabrosa relación del "barco tamañaso" — "que tenía de largor como dos tiros de lazo", y reír a sus anchas con las ocurrencias felices del picaresco trovero".

¿Y cómo no había de ser Rosas quien encarcelara al poeta? Se ha dado en llamarle "el gaucho de Los Cerrillos", cuando su gauchismo no fué en él sino una adherencia teatral, bien que el tirano, espiritualmente ni fué gaucho, ni federal, ni caudillo, ni paladín, ni estadista, sino la más acabada esfinge, por no decir el más afortunado de nuestros estancieros, que se apeó en el Fuerte de Buenos Aires, y ahí se quedó por más de veinte años hasta su fuga en Caseros...

Pero dejemos a don Juan Manuel. En lo que respecta a la fórmula del "gaucho, la pampa y el ombú", no pretendemos revisarla ni contradecirla. Apenas si aspiramos a proyectar la imagen hacia el escenario histórico de tierra adentro. También allá y sobremanera, se escuchó el tropel de su caballo, la dulcedumbre de sus tonadas y el ¡ay juna! de sus desafíos. Con este agregado que allá lo vemos con la lanza en ristre, la tercerola a la espalda; sin la "china" en la grupa, pero con la guitarra atada a los tientos, como atributo lírico; y así anima, a ruido de guardamontes y a "grito pelao" el ímpetu de la caballería lanzada a la carga. Hubo, pues, un gaucho del noroeste y del norte argentinos que desde el amanecer de la Independencia dió su metal humano para forjar la nacionalidad en el yunque y en la fragua de las batallas. Los estadistas, los generales, los didactas y escritores le pusieron después ritmo y número. Bruñeron las armaduras. Cincelaron la estatua.

Quizá por razones geográficas, de costumbres y de raza se diferenció del jinete de las pampas y del litoral. Pero en su esencia gentilicia, en su jerarquía de valiente y en su hombría de bien, fué uno solo e indivisible. Ahora bien, a nosotros, hombres de la montaña, se nos ocurre formular esta interrogación: ¿no es verdad que todo lo que tiene de mítico, de fabuloso, el centauro de la pampa, con Santos Vega y Martín Fierro a la cabeza, tiene de humano, de tangible y romancesco, el gaucho de los valles y de las selvas del interior?

Desde que Ortiz de Ocampo, Castelli, Balcarce y Belgrano, destacados por Buenos Aires avanzan hacia el norte como mensajeros de la Revolución, se advierte a lo largo de los caminos que unos hombres a caballo, enjaezados rústicamente con sus arreos y paramentos típicos, se incorporan a las huestes. Y he aquí un rasgo inconfundible: al acercarse a los generales, al estar en presencia de los símbolos de la patria estos hombres se apean de su malacara o de su cuadralbo, y sombrero en mano ofrecen el tributo de su vida. Hay que leer nuestras viejas escrituras, y sobre todo escuchar nuestro romancero para sorprender a Belgrano en su emoción ante escenas tan conmovedoras. Porque es sabido que el gaucho sólo descabalgaba y se descubría ante Dios y los númenes sagrados. ¿Es que la gente agreste, por intuición se daba cuenta de que la gesta de Mayo, la asamblea de Tucumán, la libertad y la Independencia eran signos y presencias divinas? Es posible, dada la fe y la abnegación con que se entregó a la epopeya, mientras los señores de hacienda y solar blasonado, cómodos en sus villas, no hicieron sino emularlo.

Los jinetes que abandonan la querencia y la familia para incorporarse a los milicianos en marcha, fueron sin duda el plantel de nuestras caballerías; caballerías sin academia, sin técnica militar, hasta sin ritmo ni disciplina en el ataque, pero de una valentía y de un coraje sublimes. Llámeseles fuerzas pastoras, montoneras o republiquetas, en más de una ocasión decidieron con una carga la suerte del entrevero y del combate. Bien merece que las nombremos nuestras caballerías andantes, y de juro más dignas del juicio histórico y del canto que aquellas otras, cabalgatas inverosímiles que aparecen en las sergas de Amadices y Palmerines.

II

El mito del centauro — mitad hombre, mitad caballo — aplicado al gaucho argentino, no puede ser cabal. La poesía, la historia y la sociología lo han consagrado. No se concibe, pues, al gaucho sino caballero andante. Cuanto más si se trata del jinete del noroeste y del norte, donde los caminos por donde transitó la historia y galopó la epopeya fueron largos, quebrados y fragosos. Al médano blando, movedizo, que ondula al impulso del viento, y así va formando dunas, seguía el barrial empedernido, ancho campo de greda, y proseguía la salina blanca, sediento campo de sal. Después la breña intrincada y punzante, y las cuestas de piedra.

En este escenario el gaucho tuvo, como es lógico, su caballo de serranía, diferente por cierto del parejero de llanura. De aguante y tiro largo, de acentuada rusticidad, más bien de pequeña alzada que opulento de líneas, hubo los remos y los vasos de acero. Y así, a rienda corta, se bebió las distancias; y a ímpetu fiero se jugó en el entrevero y en la carga.

Precisamente hace pocos días, al recorrer Salta y Jujuy; al ir y volver por los caminos que transitaron las huestes de la guerra gaucha, vimos en el recuerdo la figura ecuestre

de Güemes al frente de su montonera. Era la tropa innumerable de coraje. Eran los gauchos intrépidos y a la vez huidizos, invisibles e intangibles: pues que el invasor sólo hacía blanco en el polvo que levantaba la caballería...

Y al adentrarnos por la quebrada de Humahuaca, de nuevo la visión alucinante: por las rampas y senderos iba al galope la gente del caudillo, espantando enemigos al grito de ¡ay juna! y a ruido de guardamontes; o bien en acecho — pequeño el escorzo pero tamaño el coraje — estaba ahí, resuelta a enlazar generales, centinelas y cañones para traerlos atados a la cincha. Bien dice el doctor Joaquín Castellanos: "Desde la quebrada de Humahuaca hacia el sur, los ejércitos realistas sólo avanzaban peleando, y no pasaron de nuestro valle de Lerma. Aquí se anticipó en muchos años la jornada de Ayacucho".

Hasta la naturaleza parece cobrar la actitud de los gauchos, y así agrega el bardo: "La tierra esgrimía contra el invasor las cuchillas de sus montañas, las boleadoras de sus tormentas, el pial de sus enmarañadas selvas, conjuntamente con el criollaje bravío, agitado por el patriotismo, hasta convertirse en movible cordillera humana".

Y en escenario tan grandioso y formidable, veamos cómo se entamaña el caballo serrano. Cuenta Leopoldo Lugones en "La guerra gaucha": "La cabalgaduras vaheaban en la nitidez glacial el calor de sus bofes. Asombraba que bestias tan ruines sufrieran semejantes cargas de miembros; pero lo podían, y aun dormitaban algunas encogiendo un jarrete. Hombre y bestia amalgamábanse en la mutua afición sin el estorbo de una idea. Nada más que una cosa quería el jinete: correr. Nada más que una cosa sabía el caballo: correr. Y de este modo el caballo constituía el pensamiento de su jinete".

El poeta, refiriéndose siempre a la montonera de Güemes, nos dice: "Recordaban las hierras con sus calenturas de combate, las domas con sus lujos de vigor y sus corcovos cortando el aliento como zampaduras en agua fría. Y en la pelea — los buenos animales — cómo les placía la pólvora y qué lindo se armaban: el ojo de avizora furia, de azogada vivacidad la oreja; como tronera de hornaza las narices, el freno nadando en espuma; tremulantes los encuentros, la enjuta canilla imanada de brío, y todo su ser en potencia de expansión entre las espuelas. Acobardaba verlos cuando caían heridos y los despenaban, degollándolos, por economía de pólvora. Contaban de una yegua a la cual se le cayeron las lágrimas, claritas como de niño"...

Todo esto en el norte, en las selvas de Salta y en ese profundo y largo tajo de más de 180 kilómetros que se llama la quebrada de Humahuaca. A su vez San Martín, que ha plantado su campo en Mendoza, reclama a los pueblos su tributo de hombres, de avío, de armas y aparejos, para tramontar la Cordillera. Y las provincias del noroeste y del norte acuden solícitas. Bien lo dice el poeta Adán Quiroga en su "Canto al Ejército de los Andes":

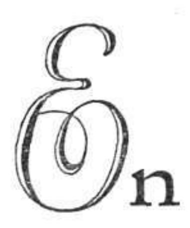
Los de Salta y Jujuy bajan del norte
montados en briosos redomones
del gaucho Güemes, con airoso porte,
a un quejumbroso yaraví arreglando
el metro de las bélicas canciones.
A la mitad de su camino alcanzan
al tucumano, que con firme empeño
abandona su obraje en los laureles
y en los surcos de caña; al santiagueño,
que no lleva otro avío que sus ojos,
atisbadores de la huyente abeja,
que labra en troncos de símbol sus mieles;
tras ellos van los criollos del Ambato,
gastando el lujo de sus ponchos rojos,
y encomendando, al clarear el día,
el multíplico semestral del hato,
la suerte de sus hijos a María;
y luego sigue el perspicaz riojano,
que al tranco salva las llanuras secas,
al desamparo de su cielo glauco,
silbando gatos, tararcando cuecas
de las vendimias de su dulce Arauco;
y el cordobés audaz, que en su tonada,
alardeadora de sus doctas luces,
se pinta con sus mañas de paisano
viaja a la par del corredor puntano,
insigne en las batidas de avestruces.

Y toda esa romería de jinetes — gauchos de pies a cabeza, gauchos desde el caballo que montaban hasta el poncho que vestían como sagrada clámide — se fueron con San Martín a jugarse en la iliada y en la odisea del Pacífico. ¿Volvieron, no volvieron? Casi todos quedaron en el surco de las batallas como simiente de libertad. Y el puñado de sobrevivientes que regresaron a sus pagos no se apearon de sus caballerías ni largaron las riendas sino cuando la República iba definitivamente a plantar sus instituciones. Era tiempo: y he ahí, sobre el plinto forjado en carne de cañón, sobre el pedestal de la democracia, el mármol pentélico de la patria.

¿Y cuál fué la soldada y el galardón que los gauchos recibieron de inmediato? Es triste decirlo: la injusticia de las villas solariegas y el olvido de las grandes urbes. Hasta que las nuevas generaciones han empezado la revisión de valores y han reanimado la vieja llama en los altares olvidados. ¿Y cómo no había de ser así, si somos un pueblo joven, sin sombra ni escoria de castas; un pueblo en gracia de optimismo y de fuerza? Y sólo los núcleos humanos con esta filatura moral se rectifican, para encontrarse, al fin, en lo hondo de su personalidad, en las raíces del propio linaje. Después, con más aplomado paso, prosiguen su ascenso por la cuesta de la historia.

César Carrizo

Dibujo de Valdivia



En Southampton

Por Roberto L. Biasotti

Don Juan Manuel miraba caer sobre el palenque
una lluvia brumosa del cielo de Inglaterra:
divaga el pensamiento tras la quebrada frente
y en sus giros lo lleva a la nativa tierra.

Es la mañana clara de un día de septiembre;
un vigoroso potro entre sus piernas guía;
llena su pecho el aura que del desierto viene
y su mirada brilla tan clara como el día.

Bulle la vida cósmica entre los pastos verdes
do despliega flameando sus puntas la gramilla,
y los tréboles anchos bajo la vista crecen
y muestran su alcachofa los cardos de Castilla.

Relincho de repunte de la cañada asciende;
el encelado toro a sus rivales brama,
y también se percibe muy lejana y muy tenue
la torcaz amorosa que a su amigo reclama.

Divisa unos ñanduces. En un repiqueteo
de cascos sobre el campo, se acerca a la bandada;
zumban las "tres marías" en círculos violentos;
se cortan los ñanduces en rauda disparada.

Sobre su crin el potro se vuelca sobre el suelo,
en tremenda rodada con supremo quejido;
don Juan Manuel corriendo, en la mano el cabestro,
parado como siempre esta vez ha salido.

Tiembla el potro azorado, mientras el amo arregla
el torcido recado y le ajusta la cincha.
Se ríe a carcajadas. El percance lo alegra;
es feliz y su pecho con más bríos se hincha.

Don Juan Manuel soñaba bajo la triste lluvia
monótona y brumosa del cielo de Inglaterra;
tras los mares quedaban: su juventud, su vida
y el perdido paisaje de la nativa tierra.

Roberto L. Biasotti

Dibujo de Valdivia



El dolor de los riñones es prueba de artritismo

Los enfermos deben prestar atención a sus dolores de espalda, pues ellos pueden traer complicaciones graves para sus riñones.

En la mujer, los males del riñón, originan a menudo, por acción refleja, una *metritis y todas las mujeres saben que los períodos difíciles vienen* acompañados de dolores intensos en la región lumbar.

Estas dolencias provienen de una causa única: el artritismo, vicio de la sangre sobrecargada de toxinas e impurezas capaces de alterar todos los órganos.

Está demostrado que el Depurativo Richelet constituye su tratamiento específico, porque en lugar de adormecer temporariamente el dolor, lo hace desaparecer, suprimiendo la causa, es decir el vicio sanguíneo, base de las manifestaciones artríticas.

La eficacia del Depurativo Richelet no es una afirmación teórica, pues la practica demuestra que es el verdadero depurativo de la sangre.



DEPURATIVO RICHELET

Venta en todas las farmacias del mundo.

LA DESPEDIDA

Por FRAY MOCHO



ña Simona Peraira, como ella solía decirlo, la agarraban sin perro ni los más madrugadores, y en cuanto a su Carmencita, tal vez cayese en las uñas de algún gavilán artero, pues no hay muchacha en el mundo de quien se pueda decir que sabe seguir consejos, pero, antes que desgraciada, habían de verla sus ojos en el mismo cementerio. Y al mirarme ña Simona, por entre un monte de cejas, juntadas sobre sus ojos para darle a sus palabras un tinte de más firmeza, halló que me estaba riendo, al verlos cerca del pozo al aparcero Francisco y a la linda Carmencita, diciéndose sus ternezas como si nadie los viese en esa hora postrera, pues él dejaba sus pagos para irse de pialador a trabajar en las yerras. . .

—No crea que me la gana y que yo me mamo el dedo. . .

—¡Qué ocurrencia, ña Simona!

—Dejesé de cumplimientos y de hacerse el socarrón, que usté no nació par'eso, como no nació Francisco, a quien si yo le doy lao pa que hable con Carmencita y le diga lo que quiera, es porqu'el mozo me gusta y no porque m'echen tierra, como ustedes se lo piensan.

—¡Pero, mire!. . . Atiéndame con paciencia y verá. . .

(Continúa en la página 71)

La quena

CUÁNTAS y cuántas ideas, cuántos arrebatadores pensamientos bullen en la mente de un joven de viva imaginación y temperamento fogoso! ¡Cómo se combinan, cómo se apiñan, cómo se hermanan con las emociones del corazón, a esa edad más predispuesto que nunca a la divagación y al ensueño! Para mí no era nuevo entregar mi vida al azar de un viaje por el Océano. Siete veces había cruzado el Pacífico en diversas direcciones, pero fué aquella la vez que conservo más hondos rastros en mi memoria... ¡Ya se ve! Regresábamos a la patria en buen estado de salud, con un rico caudal de aventuras, con algunas lecciones de mundo y con el alma a tiempo mismo ansiosa y satisfecha ante la perspectiva de ver nuevamente los lugares y seres que nos rodearon en la infancia. La noche del día posterior al de nuestra salida de Tacna, era una noche de plena luna; el viento había declinado convirtiéndose en fresca brisa. Era la época del *veranito de San Juan*. Trescientas personas, incluída la tripulación, ocupaban el famoso vapor en que viajábamos. A proa sonaban los acordes de una orquesta improvisada por los mismos pasajeros. A popa, un solo instrumento, la quena, se hacía sentir cada vez que la música de vanguardia suspendía sus tocatas. En un viaje que había hecho en años anteriores por uno de los países que ahora dejaba a mi espalda, tuve la ocasión de admirar la dulzura de aquel instrumento. Entonces lo canté. En mi accidentada vida, siempre me cupo la fatalidad de adquirir y de trabajar para perder. De aquella composición nada conservo.

Ahora, en medio del mar me parecían los acentos de la quena tan graves, tan solemnes, tan místicos, tan patéticos, como otrora me parecieron en medio de los desiertos arenales.

PEDRO ECHAGÜE

El gaucho de JUJUY



Allá, en el extremo norteño del país, ese pacífico proletario de la campaña, cuyos ascendientes constituían una clase dispersa, indómita, realiza su misión de modo ordenado y útil. Jinetea airosamente, demostrando el perfecto dominio sobre su cabalgadura fortachona. Sabe de cantos y de guitarras; en su camino hay montes y arenales, que él vence. Nada de teatral ni aparatoso; sencillo. bueno, pobre, trabaja por la grandeza de su patria, en la medida de sus fuerzas.


TODO un EXITO
han resultado los Chocolatines
GODET
con CALCOMANIAS en COLORES
Tanto los grandes como los chicos están encantados con la calidad de este insuperable Chocolatín y admirados de la sencillez con que se reproduce en un pañuelo, vestido, o cualquier género, la calcomanía en colores que todas las tabletas contienen.
Pruebe usted también un chocolatín GODET, y reproduzca en nítidos colores el jugador de foot-ball, artista, distintivo del Club, etc., favoritos, en la prenda que desee, con solo aplicar una plancha caliente sobre la calcomanía.
IMPORTANTE:
No tire los originales de las calcomanías. Después de imprimirlas, péguelas por orden numérico al dorso de las etiquetas del
Chocolate GODET
a razón de 30 calcomanías por etiqueta de Chocolate, hasta formar la colección de 150 figuritas y obtendrá, a su elección, cualquiera de los siguientes premios:
Un reloj pulsera para varón.
Un reloj pulsera para mujer.
Un rifle aire comprimido con 100 balas.
Una muñeca.
Una máquina fotográfica.
Un juego de ping-pong.
Un monopatín.
Un ferrocarril con vías.
Una pelota de foot - ball Nº 5.
Un par de botines de foot-ball.
RECUERDE que los chocolatines GODET sólo valen 0.05 ctvs. y son incomparables por su pureza y su exquisitez.
CHOCOLATIN CON LECHE
GODET
INDUSTRIA ARGENTINA
DANIEL BASSI Y Cía S.A.
Carlos Gardel
CABJ
DANIEL BASSI Y Cía S.A.
Bme MITRE 2538 BUENOS AIRES

Dos gauchos ingleses

Don Guillermo *y* *don* Roberto



Don Guillermo Hudson.

DON Guillermo Hudson, cabalmente llamado, el más inglés de los argentinos y el más argentino de los ingleses. Don Roberto Cunninghame Graham, hidalgo escocés con otro tanto de español y pampeano. Ambos, figuras de primera magnitud en las letras de Inglaterra. Los dos, autores de libros sobre nuestra tierra y sobre el gaucho que ya quisiéramos haber escrito los argentinos. De don Guillermo: "El ombú", "Tierra purpúrea", "Marta Riquelme" y tantos más; de don Roberto, ese "Río de la Plata", biblia gauchesca por excelencia y crónica vivida de la conquista de los desiertos pampeanos. Dos grandes amigos que ha tenido el gaucho y dos grandes escritores a los cuales mañana habrá que recurrir para obtener de los caballeros de las pampas una imagen fiel, dilecta y humana. Dos gauchos en tierras de Inglaterra; y uno, don Roberto, que hasta quiso morir en la ciudad que tanto amó y tan admirablemente describió.

Don Roberto Cunninghame Graham.

El gaucho *de* Buenos Aires



Parece indudable que la Pampa fué cuna primitiva de los gauchos. Ningún sitio del virreinato resultaba más propicio; primero porque en torno a la ciudad aclimatábase la caballada inmigrante y crecía rápidamente. El tipo legendario, acerca del cual tanto se discutió y discute, inició sus aventuras aquí, en su deseo de recorrer el desierto, impulsado por un instinto de vagabundo, unas veces huído, otras con ansias de libertad. Esa alma aventurera y corajuda es el fundamento de nuestra emancipación.





El Gaucho de Santa Fé

Hombre corajudo, bien plantado sobre su flete, domador donde los haya. Es un gaucho sin doblez, bueno y rendidor. En los pagos natales realiza sus labores, incapaz de mezquinarle el cuerpo a las más grandes tareas. Entre los buenos es bueno, aunque no sea sufrido para la injuria y el desafío. Pocos pueden apreciar la absorción para el trabajo que él posee. Representa, noblemente, con decidido empeño, un matiz del gauchaje criollo, ofreciendo modalidades dignas de estudio y de alabanza.

En honor de Urquiza

Cuando un pueblo, señores, toma el más vivo interés en las discusiones parlamentarias; cuando se conmueve, se agita y parece que quiere dominar a los mismos poderes públicos, entonces ese pueblo es un pueblo libre; pero cuando él ve en silencio disponer de sus más grandes intereses; cuando no le importan las resoluciones del Cuerpo Legislativo que van a variar su actual existencia y constituirle un nuevo orden social, puede asegurarse que se ve oprimido por algún poder superior. El que no vea en el interés que el pueblo ha tomado sobre la decisión de la Sala respecto a San Nicolás otra cosa que anarquía y desorden, vuelva seis meses atrás y preséntenos por modelo la época de Rosas, cuando una señal dada por el cañón de Palermo imponía un silencio de muerte al pueblo de Buenos Aires, y sus hombres quedaban mudos y parados, de estéril peso a la tierra. Si el general Urquiza quiere probar al mundo que ha libertado a Buenos Aires, que no le mande el parte de la batalla de Caseros. Eso fué sólo la derrota de Rosas. Que le muestre la vida que dado a este pueblo, y el interés que manifestaba en estos solemnes días por las resoluciones legislativas que van a fijar su destinos futuros. Si estos días, al parecer tumultuosos, en que cada hombre discute los más altos intereses sociales; estos días de vida pública que Buenos Aires goza después de haber permanecido 20 años con su voz ahogada por la más espantosa tiranía, estos días en que cada hombre se siente libre para expresar sus pensamientos, serán los mejores títulos del general Urquiza. El puede ser lo que fué Wáshington en los Estados Unidos. Colgó su espada después que libertó a su patria, y veía tranquilo agitaciones populares, mil veces más alarmantes, cuando llegó el tiempo de aceptarse la Constitución, sin poner en ellas ni su nombre ni su espada. Estas son las consecuencias necesarias de la vida que los pueblos tienen en los gobiernos populares, lo que sucede todos los días en los países democráticos, sin resultados funestos; lo que Buenos Aires tantas veces presenció en los pocos años que pudo llamarse pueblo libre; lo que veremos repetirse en toda ocasión que libremente se discutan los primeros intereses de la República. El que no acepten los hechos que pasan, el que condene el origen y el motivo de que proceden, que condene el sistema y abjure de los principios todos de nuestras instituciones populares. Dando, pues, a todos por mi parte la más absoluta libertad para discutir el trabajo, yo también voy a tomarla, y a decir algo sobre dos o tres de sus artículos.

Dalmacio Vélez Sársfield

Cumplió ochenta

"Símbolo pampeano"

Por Federico

Tanto conocemos al personaje que vamos a entrevistar, que en el breve trecho de cuadras, que hacemos caminando para llegar a su casa, no intentamos narrar antojadizas suposiciones; reservándonos unos minutos para llamar a los hechos por su verdadero nombre.

Nos recibe una hija mayor, y al término del zaguán espacioso de una casa pueblera de San Antonio de Areco, nos estrechamos las manos con don Segundo Sombra; símbolo pampeano y hombre verdadero" — al decir de Ricardo.

Sentado, descansa sus manos huesudas y grandotas sobre la empuñadura de un bastón, sostén postizo que substituye en parte el mal estado de sus piernas reumáticas, casi siempre doloridas y mortificantes.

Acorralado, embretado, como objeto inútil, entre esas cuatro paredes desde hace más de dos años; fecha en que muriera en "La Lechuza" su querida y amante compañera; sus ojos pequeñitos y redondos, hechos a la visión de los vastos horizontes, vanse obscureciendo en una cerrazón lenta y segura.

Una humana pobreza de gloria lo cobija en sus sueños; en reconcentrado y doloroso silencio transcurren sus dias, "como quien se desangra".

El antaño robledal de su cuerpo de "coyunturas huesudas como las de un potro", se siente carcomido por los años y la imposibilidad de beber optimismo, galopando pampa, gritando sobre el lomo de las haciendas ariscas, domando un potro, ablandándose en la rueda parlanchina del cordial fogón o "resoyando juerte" en un puesto acariciado de verde gramilla.

El transplante resultó fatal, la adaptación fué tardía e imposible, el árbol dejó sus raíces en los campos del pago; en "su tierra de siempre".

Como el negro Taboada, don Segundo "no se haya" en el pueblo, él, como "símbolo pampeano y hombre verdadero", tiene desde hace tiempo el problema de los alquileres; mortificante situación que no logra solucionar con una escasa subvención municipal y el socorro silencioso y efectivo que le prestan algunos amigos.

Si pudiese valerse de las piernas, volvería al campo, para vivir en cualquier puesto, sirviendo a otros, trabajando sogas, ganando para los vicios.

No puede hacerlo; entre el lecho, la silla y unos cortos paseos hasta la puerta de calle, don Segundo pasa sus días en su injusto y olvidado retiro de gloria.

El, que adivina que vamos a referirnos a su indigencia, cuando entreabrimos los labios nos detiene, diciéndonos: "No, amigo, no me haga promesas, ya estoy empachado"...

La verdadera y socorrida anécdota nos habla de promesas que jamás llegaron a cristalizarse. La mayoría de los visitantes, a falta de numerario, le dejan promesas, como a los santos.

Como si adivinara que hablamos de humanas miserias, un perro, renegrido y feo, juega su cabeza por entre las piernas del viejo, cuyas manos se confunden con la pelambre del can que no cesa de hacerle fiestas.

— Es bien feo — le decimos.

— ¡Ah, pero es muy inteligente!

— Si es como usted dice, ¿por qué no habla?

Haciendo un gesto, que es toda una muda sentencia, el viejo agrega:

— No habla porque escucha.

Según don Segundo, el perro también tiene el privilegio de saber escuchar con provecho, como su amo.

En sus ochenta y cinco años

El dia 1º de julio, don Segundo Sombra cumplió ochenta y cinco años, dueño de la mayor parte de sus facultades físicas y con una memoria tan prodigiosa que ya querrían para sí muchos hombres de gobierno.

Un periodista que lo visitara recientemente insinuó como cierto, el deseo de don Segundo de ver llegar muy pronto sus últimos días. Nada más incierto que tal agorera apreciación.

Ahora más que nunca, cuando entiende que se ha cimentado su gloria, cuando ha llegado a comprender toda la curiosidad que irradia;



Ultima foto de don Segundo Sombra, en la que aparece con el autor de esta nota en un rincón del patio gaucho de su casa pueblera de San Antonio de Areco.

y cinco años don Segundo Sombra

y hombre verdadero"

OBERTI

es la época que más anhelos siente por vivir muchos años de halago y holgura.

Ha poco tiempo, cierto comisario de policía, un tanto afeminado en sus modales, hízole esta pregunta al inmortal viejo:

—¿Le gustaría divertirse y pasear por la Capital?

—Sí, señor — responde con socarrona intención. — Siempre me ha gustado divertirme, jugar, chupar, alternar con gente de copete y, al terminar el día, pelear con la policía.

El buen humor de sus años no logra advertirse desde la primera visita, y el curioso visitante suele salir desconcertado por las originales contestaciones.

Un mate cordial nos acerca, nos abraza con la fuerza de la primera cebadura, nos coloca frente a frente, como si fuésemos a dar los naipes de una última jugada.

—Preferiría estar tomando una ginebra en "el tioco".

Como no adivinamos el sentido de su insinuación, aclara, diciéndonos con mayor propiedad:

—En el Tokio, amigo.

De tarde en tarde solía ir a este café del pueblo, que él llama "el tioco", porque dice ser un poco torcido su propietario.

Allí entre otras, le ocurrió esta anécdota.

Por hacerle un cumplido, algunos conocidos pregúntanle por su salud.

—¡Cállense, amigos, ando más enojao!...

—¿Y qué le pasa, don Segundo?

—Cómo no voy a renegar, siendo tan duro para morir.

Su agudeza irónica es un sentido vastamente refinado en nuestro hombre, sus salidas son personales, sin calcos, surgen espontáneas, casi siempre en el minuto del imprevisto diálogo.

W. Frank, Keyserling y don Segundo

Cuando hace algunos años lo visitaron en "La Porteña" los escritores más arriba mencionados, no sintió por igual la afectiva simpatía hacia ambos.

El primero, lo consideró como a una pieza antropológica, lo examinó en sus detalles, faltándole la observación de la dentadura, como lo hacían los negreros en la adquisición de sus esclavos.

Como insistimos en saber su opinión con respecto al primero, don Segundo nos contesta con sequedad despreciativa:

—Era un inglés pavote.

Keyserling mereció mejor acogida, su figura fuéle familiar, simpática, tal vez hubo entre ambos la afinidad de los años; y para quien poco más tarde escribiera tan mal de nuestras mujeres y costumbres, don Segundo tuvo una frase feliz:

—Me gustó el señor, era un viejo lindo.

Tres consejos en verso

Como hurgamos en sus recuerdos ignorados, para solaz del lector de CARAS Y CARETAS, su imaginación fecunda brota en versos.

—Me gusta esa revista, cuando tenía más chirolas la compraba todas las semanas, sus páginas tienen de todo, como pulpería de gringo.

Aquí se concentra, y como en sus mejores tiempos, cuando decía algún "caminado" en rueda de amigos; con precisa soltura y claridad, sentencia para la vida, el amor y el juego:

Yo tengo mucha experencia
y le vi a dar un consejo.
Mucho ha galopao ¡canejo!
en los campos mi existencia.

He soportao con paciencia
lo que el destino ha querido;
también la dicha he sentido
de la desgracia y la suerte;
y así como el ombú juerte,
a la vida me he prendido.

Todo el que haiga conquistao
con su verso un corazón,
debe cuidar que el jogón
nunca lo encuentre apagao.
Si la mujer a su lao
se hace a veces la enojada,
acaríciela, que nada
va a perder usted con eso;
más se gana con un beso
que con una cachetada.

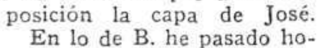
Si usted va a alguna jugada,
ha'e tener mucho cuidao,
porque a vece algún pelao
se arma de plata con nada.
Le va a copar la parada
sin tener ni un patacón,
y si pega un tropezón
Y usted le llega a ganar,
la deuda le va a pagar...
con pura conversación.

Cuando al despedirnos apretamos entre la nuestra, su mano, antes gruesa y cueruda "como cascarón de peludo", la sentimos blanda y suave por el obligado ocio, dulcificada en la caricia a sus nietas, que resucitan sus octogenarias ilusiones, hoy ensombrecidas por el problema de los alquileres y la humana subsistencia.

Hctimio Obert [signature]

Recuerdos de Avellaneda

HE comido en casa de N. N., tendero aristocrático, respetado por su probidad y sólida fortuna. En el modo de desplegar la servilleta, de abrir los brazos, en sus gestos habituales, en todo revela la larga práctica del mostrador. Su mesa, su salón, parecen la prolongación de la tienda, y hasta cuando conversa, no puede desprenderse de las expresiones más usuales del regateo. N. N. respira salud, contento de vivir, y su bonhomía sanchesca hace singular contraste con la nerviosidad y romanticismo de su mujer, que llora al no sentirse comprendida, y se queja de no haber podido hacer su vida igual a su sueño. ¡Pobre señora! Al mismo tiempo que suspira por el alma gemela destinada a comprenderla, tiene que defenderse de la más prosaica obesidad, que la acecha, que la invade... Martín Gómez me ha puesto en guardia, advirtiéndome el peligro de sus confidencias. Verdadero peligro para quien no tiene siempre a su disposición la capa de José.



En lo de B. he pasado horas muy gratas. Es un centro de cultura exquisita, en el que se suman todos los prestigios sociales. A la luz de los lindos ojos, llenos de malicia, de la encantadora J... he escrito una página, que ha quedado en su álbum.

He sido también presentado al joven Llavallol, que pertenece a una familia antigua, de arraigo colonial. Vive rodeado de todas las comodidades del lujo, y hace los honores de su casa con distinción y sencillez. Sus viajes por Europa le han dado gran desenvoltura y mucha amenidad a su conversación.

He conocido en X el tipo opuesto, el del estanciero porteño, tipo difundido y de rasgos característicos: confiado y generoso, impresionista y efusivo, disimulando mal su engreimiento localista, del que no puede defenderse...

En uno de esos salones mundanos encontré a Sarmiento. Me habló de usted con franca estimación, y se manifestó muy complacido cuando le aseguré que usted no le guardaba rencor por sus travesuras de "gaucho malo".

He asistido al entierro de una niña de Carranza. El acompañamiento fué hasta el cementerio, y con este motivo lo he visitado. Hay hermosos monumentos y artísticos mausoleos, dominando generalmente el gusto francés, lo que se hace más visible al notar las flores y plantas que lo circundan. Pero creo que estas flores se avienen muy mal con nuestro carácter grave, que sólo busca en las tumbas lo que éstas inspiran por sí mismas: veneración, ideas elevadas y melancólicas.

Nicolás AVELLANEDA

Los gauchos malos

Los gauchos se mantuvieron respetuosos a la autoridad, morales en sus costumbres, y honrados en sus negocios. La influencia de las bebidas alcohólicas, desarrrollaba cierto espíritu pendenciero y sanguinario, que les fué siempre fatal, porque arrastrados al crimen, perdían después el pago, y si no se apoderaba de ellos la justicia, tenían que vivir alzados, ocultos en los montes o en los bosques, o asilándose entre los indios enemigos. Estos individuos, divorciados por el crimen, de la sociedad de que antes hacían parte, se tornaban muchas veces en bandidos y vivían del pillaje de caballos y haciendas y eran los llamados cuatreros, y gauchos malos. Los alcaldes de hermandad únicas autoridades establecidas en la campaña para el mantenimiento del orden, administración de la justicia de menor cuantía y captura de los criminales, eran impotentes contra estos malhechores, que bien montados y armados cruzaban merodeando por donde les placía. En esta vida vagabunda y recelosa adquirían gran pericia en el conocimiento de los caminos y de las sendas más cortas para llegar en más breve tiempo a puntos determinados; y cuando algún viajero quería fiarse de su palabra, el gaucho malo se volvía el mejor peón o guía para las marchas rápidas y seguras por el desierto o por los bosques. Siempre disponía de caballos excelentes y de paraderos donde estaba seguro de ofrecer a su huésped un buen asado o un buen jarro de chicha, de aloja o de aguardiente. Estos gauchos alzados eran los únicos habitantes que salvaban, por su situación, las fronteras de su provincia para recorrer gran parte de la gobernación o internarse en el territorio de otro gobierno haciendo el comercio de caballos robados, o sirviendo de baqueanos a los viajeros.

Hemos expuesto en este examen cuanto de interesante y digno de trasmitirse encontramos en los dos primeros siglos de la colonia argentina, en todo aquello que se relaciona con su población, industria y costumbres; reparto de la tierra, comercio, reducción de indios e instrucción pública; como asimismo varios caracteres que en el orden administrativo merecen destacarse del cuadro monótono de aquellos días, por la influencia y modificaciones trascendentales de que fueron causa.

Mariano A. PELLIZA

Sintonice todos los lunes, a las 13.45, la audición "Caras y Caretas", que se transmite por L R 3, Radio Belgrano.

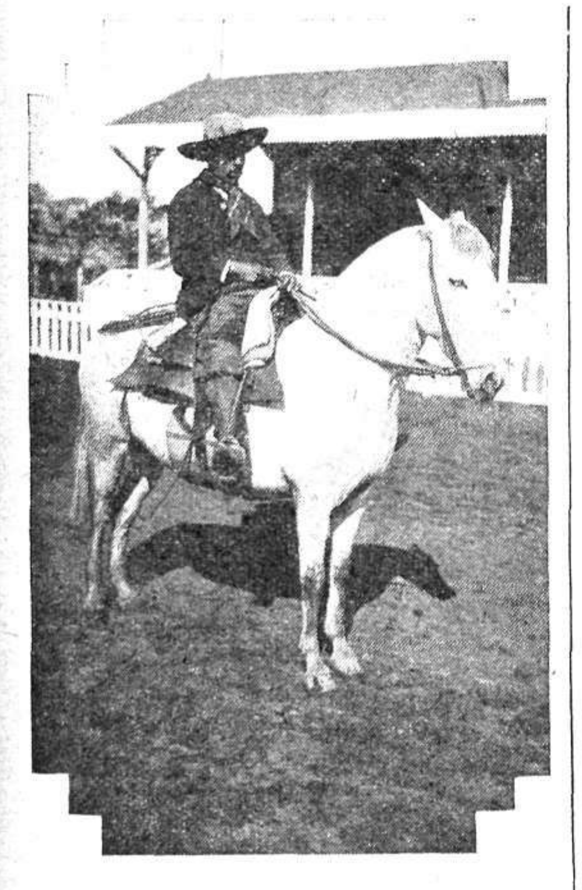
Repudio *del* gaucho

EL ataque al pasado argentino se ha cristalizado en el repudio del gaucho, al que sus detractores están incapacitados para sentir. Venidos al mundo y criados en nuestras grandes urbes, que es lo menos argentino que hay en nuestra tierra, sin contacto alguno con el medio en que naciera aquel hermoso tipo humano, no pueden sentir amor ni reconocimiento por un ser que les resulta extraño. Es como si se pretendiera que nosotros cultiváramos y amáramos la tradición del "mujik", que tendrá para el ruso todos los encantos que se quiera, pero que a los argentinos de cepa nos deja fríos.

Por otra parte, suponer que en nuestro pasado no está sino la figura recia del gaucho, es negar la existencia de la clase directiva en la hora inicial de la patria. Esto mismo, dada la obra realizada por aquella generación, no haría sino engrandecer el recuerdo legendario del hijo de nuestros campos. El fué "el barro primordial de nuestra nacionalidad"; sobre sus hombros gravitó el peso de las guerras de la Independencia; con él se amasó luego la organización política del país; él arrebató al salvaje, para incorporarla a las actividades del trabajo, la enorme extensión territorial de lo que hoy se llaman gobernaciones nacionales; y él sigue actuando hasta ahora, evolucionado conforme a las nuevas exigencias del ambiente, en la elaboración de nuestra riqueza agropecuaria, basamento de la potencialidad económica del país, e interviene asimismo en la formación del tipo argentino del futuro, que fatalmente trasuntará su singularísima y varonil figura.

El patriciado nativo, en contacto con la cultura universal, encauzó al país hacia la corriente de la civilización europea; pero no pudo destruir lo indestructible: el alma de la raza. Poseído por el rencor que la dominación tiránica española dejó en sus corazones y por el encono que despertara en él la larga y sangrienta lucha por la emancipación, lo intentó alguna vez, en su afán de arrancar de cuajo todo lo español, con más pasión que cordura. El gran Sarmiento encarnó esa tendencia que hoy el genio nacional corrige serena y firmemente. No otra cosa supone el afloramiento de rasgos y costumbres olvidadas de la ética nativa por sobre el manto amorfo del cosmopolitismo sedimentado en nuestras urbes, aparición que es acogida con amorosa simpatía por la masa popular de las mismas. Y ello es sintomático. Vuelven a la superficie los caracteres recónditos de la raza que se mantuvieron latentes no obstante la poderosa acción en contrario de influencias que actuaron por casi medio siglo. Anotamos el fenómeno con inmensa satisfacción.

Félix SAN MARTIN



El gaucho de MENDOZA

A cada región sus modalidades; pero este jinetazo de buena planta no cede su lugar a ninguno. Va y viene por la recia serranía, allí donde otros hombres de a caballo veríanse al borde del fracaso. El gaucho mendocino sabe su oficio, con tanta técnica instintiva como los mejores de la profesión. Ha nacido en un medio que le impone hábitos particulares. Jinetea admirablemente y trabaja con ese ardor, demostrado en todos los órdenes de la vida, de que el mendocino es capaz, como lo demuestra el adelanto de aquella provincia.





El gaucho

Por *EDUARDO R. ROSSI*

Altivo y recio varón,
señor de la inmensa pampa,
donde bien firme se estampa
el casco de su bridón.

A la luz crepuscular
del vespertino lucero,
la calandria y el boyero
le enseñaron a cantar.

Cuarteado por el dolor
va rimando sus querellas,
y le sirven las estrellas
para alumbrarle un amor...

No le acobarda la muerte;
es, como el puma, bravío;
como el boscaje, sombrío,
y como el quebracho, fuerte.

Todo en el peligro olvida,
y en el peligro se halaga,
sabiendo que está en su daga
la defensa de su vida...

Cuando resonó el clarín
y el pueblo se hizo guerrero,
se vistió de granadero
y se fué con San Martín...

Eduardo R. Rossi



Dibujo de Valdivia

Un combate con la indiada

La primera operación fué confiada a! teniente coronel Peiteado, jefe accidental del Regimiento 2 de Caballería, con una columna a sus órdenes de 140 individuos de tropa. Fué desprendido con anticipación de la brigada, el día 26 de noviembre, mientras ésta hacía una marcha ordinaria.

Su objetivo era: sorprender al cacique Ñancucheo en sus propias tolderías; pero, habiendo sido sentido con anterioridad por los indios, fracasó en parte el resultado que se esperaba, y sólo una partida compuesta de 25 hombres del regimiento de su mando, a las órdenes del capitán del mismo cuerpo, D. Vicente Bustos, dió de improviso con la tribu, que prevenida de antemano estaba reunida, y libró un brillante combate a arma blanca y cuerpo a cuerpo, contra 150 salvajes que le atacaron; 100 de ellos pie a tierra y los restantes montados.

La lucha fué cruda y encarnizada por ambas partes; los salvajes, alentados por la superioridad en el número y la seguridad de la victoria y nuestros valientes, por su propio coraje y la disciplina.

El intrépido capitán Bustos, que sereno y enérgico en el peligro dirigía el combate dando ejemplo de valor, rompió su espada en la lucha y descargó eficazmente su revólver, quedando, por tanto, desarmado en lo más crítico de la pelea; los bárbaros dirigían sus golpes a este valiente oficial, a quien reconocieron por jefe, y a no ser la intrepidez y destreza del cabo Ignacio Taboada, que apercibido del peligro que corría su oficial, se colocó a su costado e hizo prodigios con su sable, quitando las lanzadas que a uno y a otro les dirigían e hiriendo a cada golpe que descargaba sobre los más atrevidos, hubiera sido víctima tal vez.

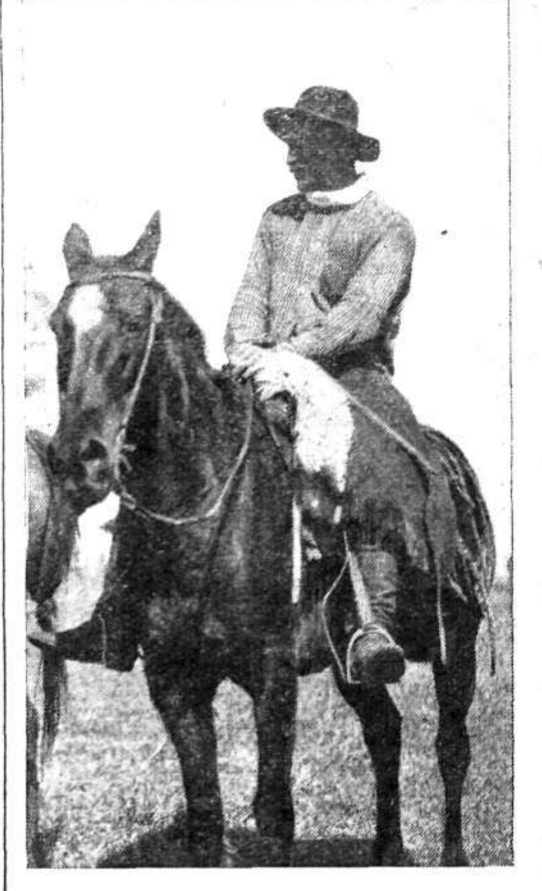
El teniente 2º D. Vicente Grimau, también del mismo regimiento, secundaba dignamente en esta acción al capitán Bustos.

Media hora duró la lucha, cediendo por fin los salvajes en completa dispersión, dejando a los pies de nuestros bravos, 13 cadáveres; mientras que otros aterrorizados se lanzaban al río Chimehuin, a cuya margen tuvo lugar el suceso, juntamente con 13 personas de familia que momentos antes se habían tomado prisioneros, pero, perecieron todos por el fuego de nuestros soldados o devorados por las torrentosas aguas del Chimehuin.

De nuestra parte lamentamos un cabo y y cuatro soldados muertos; 4 heridos inclusive el capitán Bustos y la mayor parte contusos por golpes de bola.

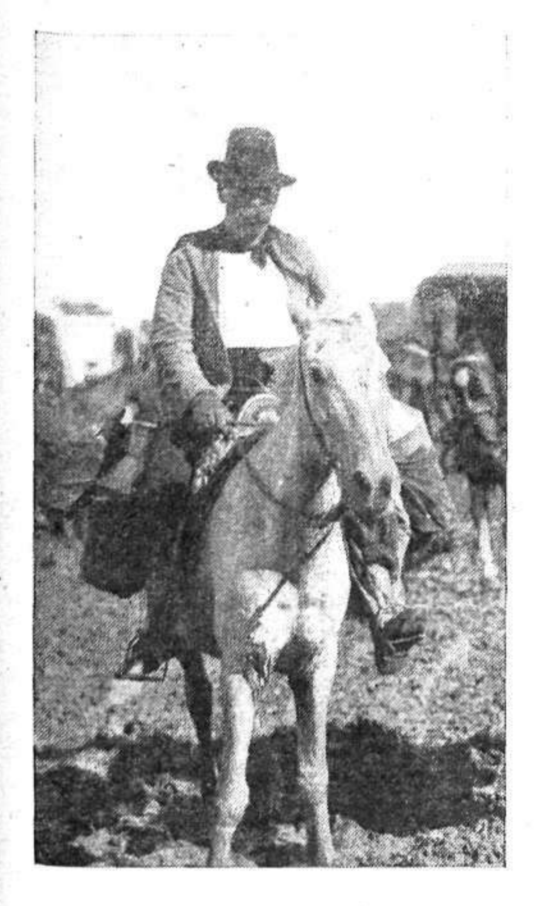
Tan distinguida acción, fué la que inauguró la serie de combates no menos honrosos, que se han sucedido en el curso de la expedición. — *E. Godoy.*





El gaucho de TUCUMAN

Sólo por algunos detalles, que los peritos en estas cuestiones del folklore advierten en seguida, el jinete tucumano se distingue fundamentalmente de los de otras provincias. La calma de su carácter, la eufónica tonada regional y la sencillez de su apostura dicen más sobre esas diferencias. Es también laborioso y digno, cantor de vidalas y también hombre bravo. No desmerece de su estirpe criolla.

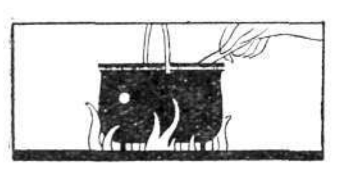


El gaucho de CORRIENTES

Corto y suave en las palabras, decisivo en la acción, tenaz en sus propósitos. Valiente, tal como lo registran las tremendas y sangrientas luchas fratricidas intestinas, insigne nadador, generoso con amigos y desconocidos, amoroso con su criolla preferida, fornido y terrible en el lomo del redomón, manso y tierno en familia, el gaucho correntino es, en la hora presente, el paisano laborioso, adicto al patrón, que cuida del ganado y ejecuta apaciblemente las labores campesinas. Conserva religiosamente la tradición de un hermoso idioma, preciso y musical: el guaraní, resto idiomático de una raza que nunca morirá.

COCINA GAUCHA

Por **M. F. V.**



Carbonada

Así como los españoles tienen su paella, nosotros tenemos a su hermana menor, que es la carbonada, guisado clásico de nuestra tierra. Su preparación es facilísima: En una regular cantidad de buena grasa se fríen dos cebollas picadas. Cuando empiezan a dorarse, incorpórese un tomate despellejado; frito éste añádase un kilo de carne tierna cortada en trozos no muy pequeños. Se deja freír un poco y se le pone sal y pimienta. En seguida un cucharón de caldo y unas rodajas de choclo tierno. Tápese la cacerola, dejándola a fuego lento unos 40 minutos. Échense pedacitos de zapallo, batata, papa y mandioca; más caldo; un cuarto kilo de arroz; cuatro o cinco pequeños duraznos no muy maduros, virutas de queso, cebollita de verdeo y orégano. Se dejará todo que cueza a fuego suave, revolviendo de vez en cuando. Destapar la cacerola para evitar que la carbonada resulte muy caldosa.



Puchero

El plato argentino por antonomasia. Por más que los bares automáticos expendan buseca a diez centavos y se extienda la popularidad del sándwiche con jamón—creación de Lord Sándwich, insigne jugador que no dejaba las orejas de Jorge ni para ir a comer, — nada le matará el punto a nuestro puchero, cuya acepción en el Diccionario de la Academia Española—lo mismo la del bife—falta aún registrarse. En realidad el puchero no es un solo plato; son tres: caldo, verdura y carne; condición magnífica que las dueñas de casa saben aprovechar. No se nos ocurrirá, por supuesto recetar un puchero costoso, con innumerables ingredientes, pues caeríamos en la olla podrida — sea dicho sin silepsis. Nuestro puchero será sencillo, de pobre: Para cuatro litros de agua con sal, dos kilos de carne. Échese ésta y unos choclos al hervir el agua. Espúmese. Luego se agregarán: dos cebollas enteras, puerros, nabos, zanahorias, un repollito, papas y zapallo. Que hierva una hora a fuego lento. Póngase una taza de arroz y, a la media hora, se sirve. Unas hojitas de orégano fresco bien picadas no quedan mal.



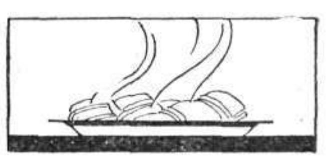
Empanadas

Así como hay graciosas que llaman a la mujer bonita, bombón, budín, o "bocato di cardinale", falta, sin duda, el que la llame empanada; porque la empanada merece el honor del símil. Su misma curvatura lo está diciendo, el azúcar que la espolvorea ligeramente, la hojaldrosa pasta y la magnificencia de su contenido. Resultaría inopinada su presentación. Apenas salida del horno, no hay que dejarla enfriar ni un punto. Y comerla con la mano, y cuidar que el jugo — porque es la jugosa la más criolla — no pinte bocera roja, pues no faltarán ojos perspicaces que la confundan con "rouge". He aquí la receta: Tomemos 750 gramos de harina, 100 gramos de buena grasa de vaca, salmuera tibia y dos huevos. Amasar hasta que quede bien lisa la masa. Dejarla descansar mientras se hace el relleno. Poner en la sartén 200 gramos de grasa, donde se freirán dos cebollas finamente cortadas. Dejar cocinar un momento y añadir media tacita de agua caliente, media cucharada de pimentón dulce molido, media cucharadita de ají picante también molido, una pizca de comino, sal, y 50 gramos de pasa de uva. Una vez todo cocido, dejar enfriar. Se corta muy menudo medio kilo de carne tierna y se pone en un tazón con agua hirviendo, escurriendo el agua en seguida para que no cueza mucho la carne (éste es el secreto para que salga jugosa la empanada). Se toman bollitos de masa y se amasa de a uno por vez, estirándolo luego con el palote. En el centro de cada uno se coloca una cucharada de carne; encima, una cucharada de la salsa ya preparada; tres aceitunas, media cucharadita de cebolla de verdeo microscópicamente picada y huevo duro cortado. Se humedecen las orillas y se dan forma a las empanadas doblando y repulgando los bordes. Se pintan con huevo batido y se ponen al horno bien caliente. Antes de servirlas pueden espolvorearse con un poco de azúcar. Hay algunas paisanitas vivarachas que suelen colocar en el relleno un papelito escrito que hábilmente llegará al candidato elegido, y éste al comerse la empanada se encontrará con un "No te vayas sin decirme nada", o, a lo mejor, con un: "Dejate'e cantar chicharra", ¶ "Que la lengua no te ayuda", ¶ "Cara de matambre seco". ¶ "Revolcado en la basura".



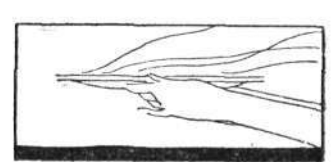
Asado

No obstante la inmensa popularidad del asado, el verdadero asado al asador no tiene receta notoria y corriente. Es un secreto profesional, diremos, pero un secreto distinto en cada criollo. Si incurriéramos en la ingenuidad de escribir una receta mereceríamos la más sobradora de las sonrisas de cualquier viejo criollo de tierra adentro. Sólo podemos decir una cosa: habiendo carne y fuego habrá asado, ni más ni menos que, como decía el vate, habiendo mujer habrá poesía.

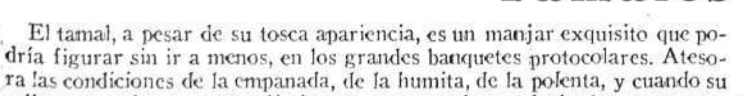


Humita

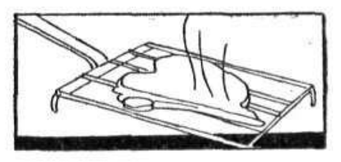
La modesta humita no tendrá quizás la fogosidad y suculencia del tamal, pues ha nacido — como muchos niños — bautizada con diminutivo familiar, lo que hasta eso mismo parece que hubiese contribuído a hacerla accesible a las familias campesinas que vigilan sus maizales. De su escaso costo y de su calidad nutritiva da cuenta su preparación: Se rallan choclos ya duritos pero jugosos, cuya pasta se mezcla a un guisado de ajíes, cebollas y tomates fritos en grasa. Se agrega un poquito de azúcar, pedacitos de zapallo dulce, una pizca de ají picante y queso rallado. Cuézase todo por diez minutos a fuego moderado. Retírese. Enfríese. Se forman pequeñas porciones y se envuelven en chalas preparadas convenientemente y se atan. Luego se hierven las humitas en abundante agua salada para que se complete la cocción. Téngase tapada la olla.



Tamales



El tamal, a pesar de su tosca apariencia, es un manjar exquisito que podría figurar sin ir a menos, en los grandes banquetes protocolares. Atesora las condiciones de la empanada, de la humita, de la polenta, y cuando su relleno se embravese con ají picante, cuyo nombre en latín desconocemos, es capaz de hacer enrojecer al catamarqueño más falaz y descreído. Como un homenaje a la habilidosa mujer argentina, vamos a reproducir la receta de Carmen Soria: Se pela el maíz en el mortero, humedeciéndolo con agua y golpeándolo con el mazo del mortero; una vez pelado se pone a remojar en agua tibia, dejándolo dos días, cambiando el agua tibia cada noche; después, se muele de a poco en el mortero hasta reducirlo a polvo; se pasa esta harina por el cernidor, y con un kilo se preparan tamales de esta manera: Póngase la harina en una cacerola mezclada con dos kilos de anco, cocido y deshecho. En otra cacerola, se pone medio kilo de grasa de vaca, media cucharada de pimentón, dos cucharadas plenas de sal, media cucharadita de cominos molidos; se agregan cuatro cucharadas de caldo; cuando hierve se moja con esto la harina de maíz, mezclándola bien; se deja al fuego durante diez minutos, sin dejar de mezclarla. El recado se hace con charque o carne asada a la parrilla, que se muele bien en el mortero. En medio kilo de grasa caliente se fríen tres plantas de cebolla verde, picada; se agrega media cucharada de pimentón y la carne molida; se mezcla durante cinco minutos y se agrega una cucharadita de comino, sal y ají picante. Se arman los tamales poniendo para cada uno dos chalas de maíz seco; se colocan dos cucharadas de maíz; luego un poco de recado, alternando con pasas y rebanadas de huevo duro; se tapa con otra parte de maíz, y se envuelve la chala, atándolos bien con hilo grueso. Por último, se largan en una olla con agua hirviendo, a la que se habrá agregado un poco de sal; se dejan hervir veinte minutos y se sirven en la misma chala.



Asado con cuero

¿Hay por ahí arrumbada alguna antigua reja de ventana? ¿Hay? Lavarla perfectamente, sobre todo si estaba cerca de un palomar, y colocarla a una altura de medio metro, calzada con pilas de piedras en sus cuatro extremos, sobre abundante brasa de leña dura. Chamuscar y raspar el cuero del soberbio costillar de vaquillona y colocarlo en la reja con el cuero para abajo. Remover las brasas convenientemente a fin de repartir el calor más fuerte donde la carne sea más gruesa. Tiene que asarse despacio, rociándole salmuera de vez en cuando. A mitad de la cocción, se da vuelta para que cueza la parte sin cuero. Cuando este lado aparezca bien cocido y dorado, se da vuelta nuevamente del lado del cuero. Otro poco de salmuera, que podrá ser preparada a gusto, y, por último, se espera con paciencia el momento de desenvainar los filosos cuchillos. Decir a esta altura de la receta que debe haber cerca una gorda damajuana de vino retinto, lo consideramos conpletamente de más.

El cóctel gaucho

¡Qué ridículo le resultaría a un gaucho verdadero llevarlo a un bar moderno y ofrecerle un *captain marroquin-coctail* o un *morning glory fizz!*

—¡Sáquemen este ojo de gallo de aquí! — exclamaría. — ¡No me dean esta mistura de pueblero!

Y el hombre tendría razón. Su mirada, hecha a escudriñar distancias, tropezaría con botellas de curvas femeninas, panzudos botellones con líquidos de diferentes colores y copitas que dicen ¡ay! cuando se las toca.

Pero esa misma mirada no tardará en descubrir un porrón conocido que las viejas suelen usarlo para calentar los pies y los criollos para vaciarlo de un saque. Ese porrón es el porrón de ginebra, y, *el cóctel gaucho*, no es otro que el siguiente:

En vaso grueso de mucho "fondo"
Llenarlo hasta rebosar de ginebra.
Otro vaso de agua al lado, para despistar.

Se ordenará al mozo que sirva dos ginebrones y se brindará con el criollo:

—¡Por el alma del gaucho y por la patria argentina!

—¡Salúd!



El gaucho *de* Entre Ríos

Poéticamente, lamentábase "El Viejo Pancho" de las costumbres que el progreso ha introducido en las faenas camperas. "Patrones que en auto van a los rodeos", decía junto a otras observaciones tristes y ciertas. Sin embargo, allá en la Mesopotamia argentina, donde el motor no halla dificultades insuperables, el jinete continúa la tradición nativa, erguido sobre su caballo, cumpliendo sus menesteres de pastor. Unas leves diferencias en la indumentaria: eso es todo cuanto le distingue de los camaradas de otras provincias.

UNA IMPORTANTE MULTITUD
DE MAS DE 25.000 PERSONAS PRESENCIO
EL GRAN SORTEO
DE LOS CIGARRILLOS
C O N D A L
Y PALMA DE ORO
REALIZADO EL SABADO 4 DEL CORRIENTE MES EN EL
LUNA PARK



Parte de la concurrencia que asistió a los actos del sorteo.

1er. Gran Premio:	CORNICHON ó	$ 10.000	m/n. al N	1.412.073
2º „ „	HERMOSILLA „	„ 5.000	„ „ „	152.196
3er. Premio	. . . .	„ 2.000	„ „ „	644.616
4º „	. . . .	„ 1.000	„ „ „	491.390
5º „	. . . .	„ 500	„ „ „	1.353.781
6º „	. . . .	„ 400	„ „ „	106.761
7º „	. . . .	„ 300	„ „ „	179.739
8º „	. . . .	„ 200	„ „ „	1.667.975

Con CIEN PESOS m/n. cada uno: 881.292 - 124.282 - 873.859 1.143.435 - 1.559.179 - 1.476.186 - 666.834 - 859.277 - 1.808.915 1.263.830.

Con CINCUENTA PESOS m/n. cada uno: 1.027.946 - 1.684.471 1.149.035 - 1.042.301 - 900.785 - 791.085 - 1.778.234 - 588.050 854.989 - 1.484.784.

Con $ 5.— cada cupón, cuyas tres últimas cifras iguales a las del Premio Mayor, o sea, los que terminan en 073.

Los 99 relojes "CONDAL" para los cupones comprendidos entre el Nº 1.412.000 y el Nº 1.412.099.

Estos premios se pagan íntegramente sin serie, ni combinaciones, ni bonos de participación en:

MANUFACTURA "CONDAL"
FERNANDO SANJURJO
USPALLATA 2182.

NEMESIO TREJO,

el payador periodista

Por EDUARDO DEL SAZ


Nemesio Trejo.

La payada de contrapunto es un debate poético. Para lucirse en ella se necesitan condiciones de ingeniosidad aguda, repentina, y un entrenamiento severo. Porque la payada es un "match" lírico, en el que triunfa "el mejor hombre", el más preparado.

Deporte de la musa popular argentina, la payada exige condiciones intelectuales innatas; no es, como la bota de potro, para todos. Víctor Hugo, el poeta abundante, por ejemplo, hubiese fracasado frente a un verseador perito.

Los que se inician en juegos de cálculo: ajedrez, damas, truco, póker y otras payadas, saben que, luego de las partidas, cuando la cabeza debe descansar, consolada por el sueño, sigue el espíritu cansándose en supuestas alternativas. Pesadillas, donde abundan los saltos de caballo, las fulminantes heroicidades de la reina, los envidos de treinta y tres, las escaleras servidas hacen del sueño un martirio, angustioso y grato.

Igual debe pasarles a los payadores noveles. Los consonantes decisivos, las ideas sorprendentes y graciosas, todo el ritmo de la payada, acudirán a la mente semidormida.

Así han de prepararse los payadores para los próximos entreveros. La subconciencia, siempre laboriosa, actúa a manera de "manager" exigente, de entrenador duro y sabio. Y luego, el "yo" se luce. Se luce en la victoria o en la derrota.

Don Nemesio Trejo fué un campeón de la payada de contrapunto. Su modo cultísimo de improvisar, de "absorber el castigo", de ir al contragolpe inesperado, de recurrir a todas las artes de la lucha eran portentosas. El gracejo de su inspiración, las reacciones de su verba poética le valieron triunfos memorables, que la historia no ha consignado. Quienes le conocieron profundamente debieron escribir acerca del periodista payador. Hasta ahora, ni las pródigas enciclopedias mencionaron su nombre.

No es frecuente la reunión de las vocaciones periodística y "payadoresca". Algunos camaradas nos sorprenden, en días de regocijo campero, mediante sus aptitudes para jinetear, o lucir el cuchillo limpiamente a la hora del asado con cuero. Sin embargo, permanecen mudos si se les desafía a una justa poética.

Don Nemesio Trejo no se achicaba ante el peligro. Porque tenía alma de gaucho, de gaucho lindo. Su afición a las costumbres nativas no se basaba en una "pose"; veníale de lo recóndito del ser. Otros son gauchos de carnaval durante todo el año; él sentíase gaucho en el serio carnaval de la vida.

En su triple personalidad de periodista, comediógrafo y payador, supo distinguirse triunfalmente.

Por eso ha de tener sitio de preeminencia en el número dedicado al gaucho, a las gauchas costumbres, a la idiosincrasia gauchesca.

En el haber anecdótico de don Nemesio figura una de sus "agachadas": Cierto periodista joven entró en "La Razón". Trejo, a cuyas órdenes debía trabajar el novato, dióle las advertencias necesarias. "Y ya sabe, muchacho: cuando necesite cinco pesos, no moleste a nadie", le dijo. A los pocos días el redactor le pidió, tímidamente, los cinco consabidos mangrullos. "¿No le dije que no molestara a nadie?", exclamó el bromista.

Y, después de gozar un rato con la batata del pibe, le prestó los cinco.

Eduardo del Saz

El gaucho *de* Córdoba



El más joven, el menos aparatoso. Bien plantado sobre el lindo caballejo vigoroso, demuestra su pericia ecuestre. Es un muchacho de mi flor, que hace gala modesta de su dominio. El pingo sabe que una mano fuerte lleva las riendas, para marcarle el paso y tiene que obedecer. En la serranía cordobesa hay llanuras y empinados senderos. Por ellos correrá, seguro y rápido, el caballito. Su jinete no ha vestido pilchas aparatosas; va a la buena de Dios: es un buen gaucho de la montaña de Córdoba.



Ofrenda gaucha

Relato histórico

Por ALBERTO RAUCH

¿Qué humana planta orgullosa
se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?
("La Cautiva", E. Echeverría).

Tiempos de la dramática conquista del desierto! Epoca de la silenciosa heroicidad gaucha, de estupendas gestas, que hallara fácil e inmerecido olvido al diluirse en la inmensidad de su escenario sin fondo: las hórridas soledades de la pampa dilatada.

¡Días de pesadilla en que allá, en los umbrales del desierto hostil — donde el indio indomable iba "seguro puerto en sus yermos a buscar", — cada hora podía ser la señalada para la tragedia espantosa de un malón!

En la noche de sombría calma, inesperadamente, llega desde los fondos de la inexplorada llanura, como un huracán rugiente, como una tempestad pavorosa, la terrible horda del bárbaro indómito; y después de arrasar y de incendiar las nacientes poblaciones cristianas, vuelve a esfumarse en las tinieblas con su botín y sus presas, rumbo a su remota e inalcanzable toldería.

En esa época de arrojos y de intrépidas audacias, fué cuando cobró la plenitud de su legendaria grandeza el más glorioso engendro de esa misma pampa hostil y taciturna: el gaucho. Hay algo de inconfundible, de incomparable, en la majestuosidad sencilla de su personalidad; hay mucho de la grandiosidad inmutable, de la serenidad profunda de la llanura, en la magna-

nimidad amplia de su carácter. Impúsole su sello inconfundible el influjo de la mística infinitud de la llanura que le vió nacer, de esa llanura donde todo es de una imponente grandiosidad: el día y la noche, la soledad y la distancia, la calma y el huracán... Y conteste con esta fabulosa topografía, fué también grandiosa la entereza moral del gaucho. Ella le impulsará a ofrecer incansablemente, con espontánea y silenciosa abnegación, su noble pecho a la lanza del bárbaro, para contenerlo y hacerlo volver a los misterios del desierto del que surgía y que amparaba sus indómitas rebeldías.

Mientras tanto, allá atrás, avanzaría la civilización con sus rieles y sus sembrados y hallaría propicio ambiente, al amparo del orden y de la seguridad, la germinación feliz del patriótico ideal de la Independencia, la democracia republicana de "una *nueva y gloriosa Nación*".

¡Gaucho! Ahora sombra augusta de argentinidad tradicional. Fueras humilde jinete nómada de las tristes soledades o fundador audaz de "estancias" de futuro florecer; llevarás la vida azarosa del lancero del desierto o la tristísima del pobre carretero; vistieras o no tu típico indumento: ¡es el tuyo el más noble ejemplo de una vida ofrendada en homenaje de los que te *siguieran* en la *posteridad*!

LLEGABA a sus postrimerías el año 1870. La tarde se adormecía en el regazo sombrío de la noche. Una calma profunda se extendía sobre la pampa.

En la casona de su estancia, próxima a Bahía Blanca, sentado en un banco, bajo la galería, don Olegario Achával, cabizbajo y silencioso, golpeaba distraídamente una de sus botas con la lonja del talero. Su barba blanca se desparramaba generosa sobre su pecho amplio.

Frente a él, apoyado en una de las columnas de la galería, el teniente Rufino Romero, un mocetón de magnífica planta criolla, simpático y sencillote, mira hacia la lejanía. En sus ojos negrísimos hay algo del misterio de la pampa que observa. De pronto, se vuelve hacia don Olegario para decirle:

—He venido hoy, don Olegario, para hacerle una petición que nadie puede ya hacer por mí.

El viejo estanciero levantó su cabeza venerable y ofreciendo a la luz *indefinida* del atardecer su semblante sereno y bronceado, preguntó con su voz grave y patriarcal:

—¿Naides?... Hablá, muchacho, no andés con oriyeos conmigo...

—Se trata de algo que...

Rufino cortó la frase simulando no hallar la expresión precisa.

—Mirá... que me risultás rarote esta noche. Hablá, m'hijo, como si juera tu padre... ¡pobre mi amigo... que'n paz descanse! ¡Ya las pagarás, cacique bárbaro!

—Perdóneme, don Olegario, el titubeo, pero... alguna vez le habrá pasado lo mismo ..

—¡Aha! Ya caigo... Precisás plata... ¿Cuánto, m'hijo? ¿decí, no más?

—No, no... — se apresuró a rectificar Rufino, — es algo mucho más caro... se trata de que su buena hija Manuelita y yo...

—¿No te digo? Ya te llegó l'hora. ¡Güeno, güeno! ¿Y hace mucho que se pusieron de acuerdo sin decirme nada?

—Hace un momento, cuando...

—¡Ta güeno!... Les vi'a dar mi consentimiento, pero... bajo una condición: cuando termine la campaña que proyeta el gobierno pa limpiar 'e bárbaros tuito este sur, vos largás tu conchabo 'e miliciano y te dedicás con mi Emilio a este campito. Vos aura no tenés nada y a mí... ya me yeva cuartiando la muerte... ¿Aceptás?

—¿Cómo no voy a aceptar tanta generosidad, don Olegario?... — contestó el beneficiado con acento que delataba su felicidad.

La voz de don Olegario resonó bajo la galería, llamando a su hija. Esta no tardó en acudir. Era una adorable criollita, llena de gracia y donosura, de tez morena, trenzas renegridas y un par de ojos sublimes.

—¿Me llamó, tatita? — preguntó sin mirar a Rufino.

—Sí, m'hija... M'escribió don Rogelio, *diciéndome que su hijo ya es dotor y que...* ustedes harían muy güena pareja. Ya sabés... fortuna, rilaciones, la capital, distracciones, tuito eso en vez d'estos campos tristes...

Manuelita lanzó a su novio una mirada furtiva, llena de desesperación. Luego bajó la vista, permaneciendo silenciosa.

—Las violetas como vos — agregó don Olegario, estrechándola contra su pecho, — ansina les... Ya *sabés que sólo busco tu bien y que* a mis años ya no me sientan los dijustos...

La niña alzó hacia su padre sus ojos, llenos de lágrimas y de asombro, para decirle con conmovedora resignación:

—Si ya no me quiere a su lado, tatita... será como usté mande...

—Venga, mi buena hija — exclamó don Olegario, estrechándola contra su pecho, — ansina había 'e ser...

Y semblanteando a Rufino ,que había palidecido de perplejidad, terminó:

—Mirá, muchacho... desensillá; jué sólo una agachada pa mostrarte cómo sabe obedecer y querer esta criatura... Aura, volvé a tu puesto, que la noche ya cierra y puede llegar a ser brava...

Desde un rancho cercano, acompañado por el dulce bordoneo de una guitarra, llegó la voz profunda y armoniosa de un criollo, que epilogaba su canción con esta estrofa:

En la pampa grandiosa,
vidalitá,
cuando la noche reina,
siento que mi alma solloza,
vidalitá,
porque sollozando sueña.

FRESCO estaba aún el luctuoso recuerdo de la destrucción de Tres Arroyos, donde el alma demoníaca del jefe de la "Confederación de Indios Pampas", el cacique Calfucurá, el Atila del Desierto, se había proporcionado el espectáculo neroniano de ver los hogares cristianos presa de las llamas y del pavor.

Ahora, aunque septuagenario, enfermo y achacoso, planea desde su catre de tientos de cuero, allá en su segura toldería de la pampa, la destrucción completa de Bahía Blanca. El había hecho desaparecer entre llamas a Tres Arroyos y si él ahora no puede moverse, allí está su hijo Namuncurá para saciar sus ansias de destrucción. En su alma primitiva no halla eco el ideal de la civilización cristiana. El sólo ve que le arrebatan los campos y su instinto bárbaro le dicta venganza.

Con sigilo se prepara el nuevo malón. Varios

caciques de la Confederación, reúnen dos mil hombres de lanza y bola. La noche fijada caerán en las tinieblas sobre la población desprevenida, mientras ésta estaría entregada a la extinción del incendio de algunas casas, que algunos adictos de Calfucurá, como señal, habrían provocado.

Pero esta vez la Providencia había abrazado la causa de los amenazados. Un renegado arrepentido, Manuel Suárez, que venía de baquiano en la invasión, se adelantó desde la frontera, para revelar a un cacique amigo de los "cristianos" el bárbaro proyecto de Calfucurá.

Había pasado ya la medianoche. En el Puesto de la Guardia de Campo, una maciza construcción cuadrangular, el teniente Rufino Romero, con quince hombres más, está a la expectativa, con las armas listas. De tiempo en tiempo saborea el recuedo de la cordial despedida de don Olegario y de Manuelita, que ahora es su novia. También ellos estarían esa noche esperando con ansiedad, allá, media legua hacia el este. Y allá, una legua Napostá abajo, Bahía Blanca vigilaba alerta en las sombras de la noche.

De pronto, el cielo sombrío volcó sus toneles en un aguacero descomunal. También la señal que esperaba el indio había de faltar esta vez. En esos momentos llegaba Namuncurá al puesto de campo. En vez de sorprender, los indios son sorprendidos. Una carga mortífera los recibe. Su reacción es formidable. Por más de una hora se arrojan con terrible ímpetu contra el fortín, clavando sus lanzas en los muros en busca de las troneras.

Al fin, convencido Namuncurá del inútil sacrificio, resuelve dirigirse al pueblo. Pero al notar que también allí se le espera, se vuelve para "limpiar" las estancias y esfumarse.

Poco antes del alba, una partida de Namuncurá llega a la estancia de don Olegario. Mientras una parte se dedica al arreo del ganado, la otra, probablemente atraída por el botín que podía prometer la apariencia acomodada de la casa, se lanza sobre ella para saquearla.

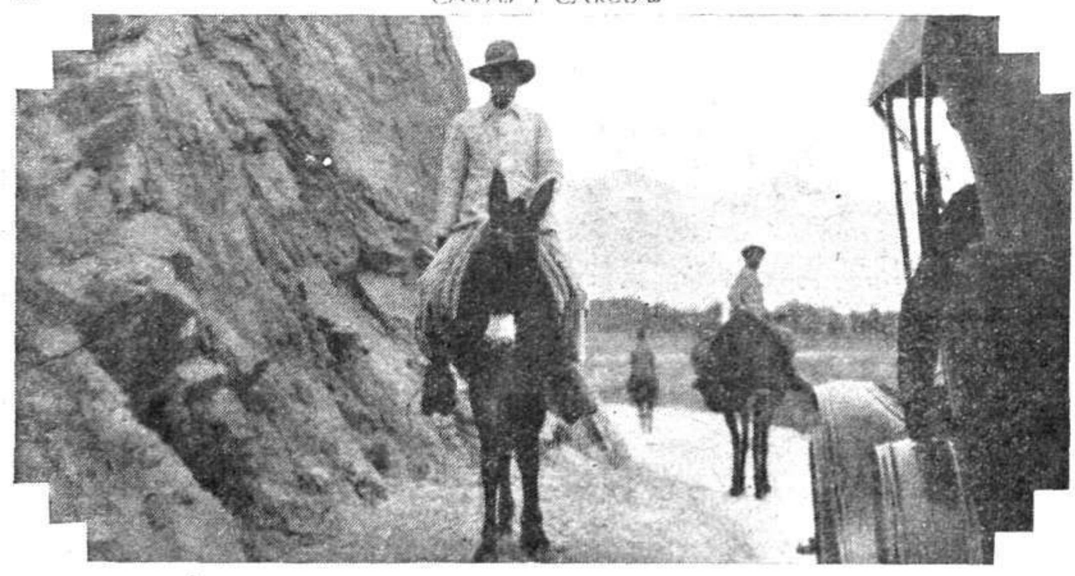
La lucha adquiere de inmediato contornos terribles. Atrincherados en el amplio comedor, don Olegario con su hijo y tres hombres más, descargan a través de la ventana enrejada sus carabinas sobre los invasores. También Manuelita, haciendo honor a su fibra criolla, empuña una carabina.

Dos indios introducen al sesgo una cuña entre la pared y la reja y logran hacerla saltar. En seguida se lanzan en medio de aullidos aterradores contra la abertura. Y llegó el momento decisivo el cuerpo a cuerpo. Emilio, recibiendo un terrible lanzazo en el pecho, se ve obligado a retirarse a un rincón, donde le atiende Manuelita. La lucha se prolonga. Pero los pampas, exacerbados por la resistencia que se les ofrece, arremeten siempre con redoblado ímpetu y pavorosos rugidos. Allí supo demostrar don Olegario su gloriosa fibra gaucha, que no se relaja a los sesenta. Su poncho esquiva con destreza magistral los filos que lo buscan sin cesar, mientras su reluciente facón criollo, rápido como el rayo, da su tajo mortal.

Pero la lucha es despareja. Por cada indio que cae del otro lado del alféizar, surge otro y otro más... Y ya el viejo criollo queda solo

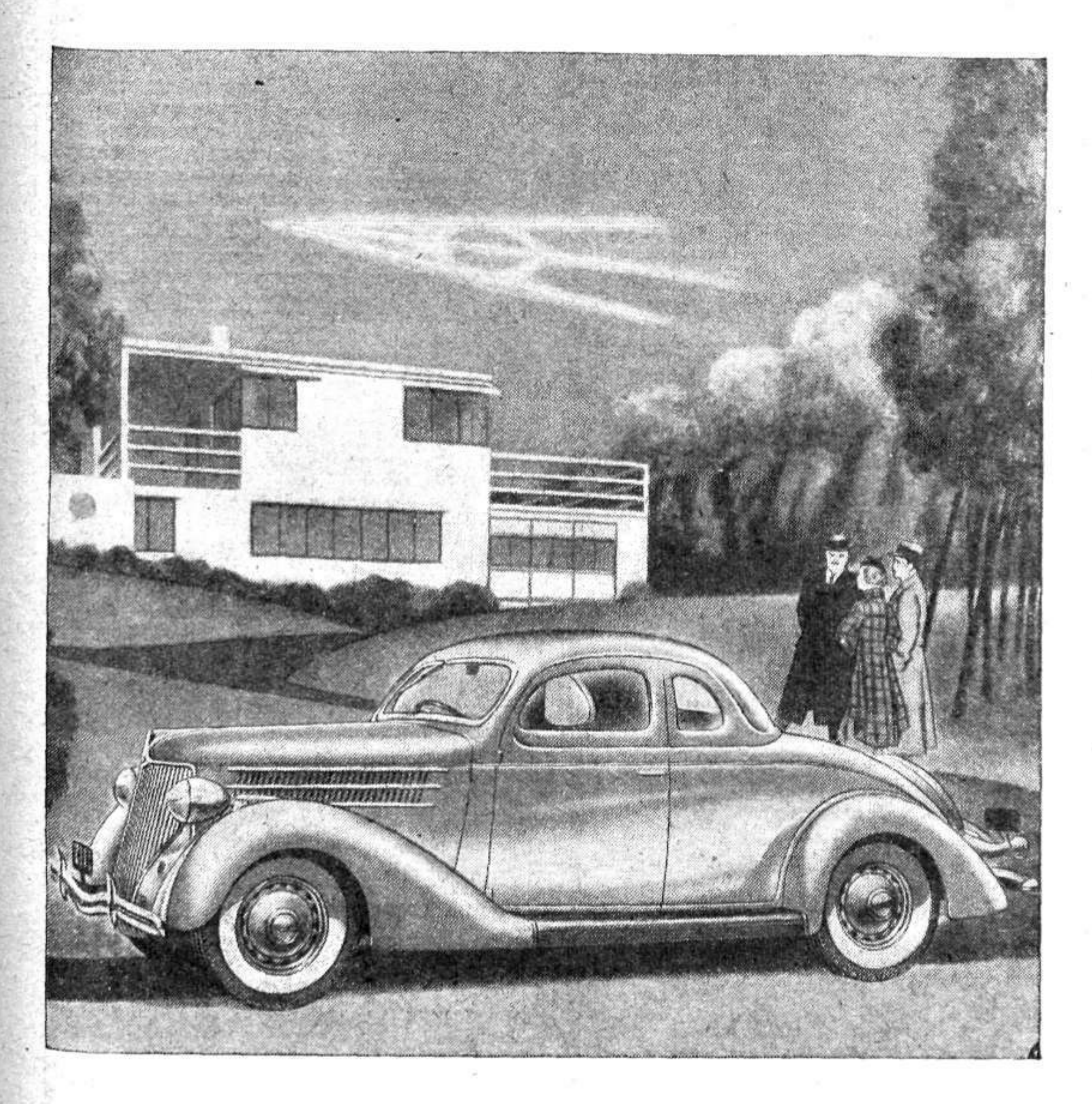
(*Continúa en la página 70*)


OFERTAS de JULIO
CONCERTOLA SUPERFONICA. Nº 185. — Caja forrada en tela cuero. Motor suizo reforzado de una cuerda. Aparato liviano, de volumen reducido y de muy buena sonoridad. Con 2 piezas bailables y 200 púas. . $ 39.50
CONCERTOLA SUPERFONICA. Nº 186. — Caja forrada en tela cuero. Motor suizo reforzado de una cuerda. Brazo y membrana de gran sonoridad. Freno automático y manija para la cuerda inclinada. Con 4 piezas bailables y 200 púas, $ 58.50
CONCERTOLA DE MESA. Nº 182. — Enchapada de nogal, motor suizo de cuerda, reforzado, membrana superfónica ultrasonora. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 69.50
CONCERTOLA SUPERFONICA. Nº 125. — De nogal, 92 × 50 × 50 centímetros. Motor suizo a dos cuerdas. Membrana superf. 1936. Reproducción potente y nítida. Freno automático. Guarda - discos interior. Con 12 piezas, 200 púas y embalaje gratis. . . . . . . $ 125.-
¡Un Regalo!
12 piezas populares en discos, en un bonito álbum,
$ 5.95
PIDANOS CATALOGO
Depto. Radio-fono.
Casa América
Avenida de Mayo 959 - Buenos Aires



El gaucho *de* San Juan

Sarmiento modeló, a punta de firme pluma, las virtudes de los rastreadores sanjuaninos. Calibán es un héroe de novela, con sus prodigios de investigador sutil. Pocas veces las dotes psicológicas se han manifestado con tan sencilla y aguda intuición. Como buen investigador, el paisano sanjuanino encubre su sabiduría bajo una capa de ingenuidad; pero la sagacísima experiencia que él adquirió triunfa de todos los obstáculos. Y cuando el viajero inexperto necesita guía, ahí lo tenéis, prontamente dispuesto a llevaros por el mejor camino, en busca de los mejores paisajes y de los más derechos rumbos.



Arremetida GAUCHA

Por
Juan Oscar
Ponferrada

Una noche desmentida
por las farolas del alba.

Montados en su coraje
— Sed y sudor en las caras —
con un flamear de divisas
Y un añorar de guitarras,
Don Juan Manuel y los suyos
rumbo del Fuerte marchaban..

Milicias del sur que llevan
En ristre su sangre brava
Y el corazón desflecado
Por aires de amor y pampa;
A combatir se venían
En calles arriconadas,
Llenos de campo los ojos
Y las espuelas, de patria.

A fuego abierto lucharon,
Bajo un bautismo de balas,
El peligro desbocado
Con la tesonera audacia:
Jugaba el sol resbalando
sobre la sangre volcada.
¡Ah, qué bandera la gaucha
Bravura que enarbolaban!
Todos los porteños vieron
Cómo, a la luz meridiana,
Las tropas del sur quedaron
En posesión de la Plaza.

Brillo de lanza en los ojos,
Sed y sudor en las caras
Y un corazón desflecado
Por aires de gloria y pampa,
A don Juan Manuel de Rosas
Siguen las tropas honradas,
Ansiosas de campos propios
Y rebosantes de patria.



Dibujo de Caballé

San Martín

ES la miserable condición de nuestra naturaleza, que cuando ésta no ha sido retocada por la educación, haciendo al hombre apto para el desempeño de los deberes sociales, se apodera de nosotros esa tristeza del bien ajeno que llamamos envidia; y es cosa que confirman los hechos en todos los tiempos y lugares, que esa mezquina pasión nunca trabaja más el espíritu, que cuando vemos en el pináculo de la gloria a nuestros semejantes, aun cuando aquel predicamento de que tan rara vez llega a gozar en el concepto de los pueblos, sea debido a sacrificios y méritos bien adquiridos. ¡Cuántos héroes en medio de su gloria han carecido del pan del espíritu en la paz, de tranquilidad y alimento del cuerpo, el pan que matase el hambre de cada día! ¿Por qué la gloria cuesta tan cara a los que supieron conseguirla legítimamente por medio del genio y del sacrificio, etc.? Indudablemente, porque son pocos los que la alcanzan y muchos los que la desean. De aquí que los grandes hombres se vean siempre en medio de su grandeza, víctimas de la envidia de los más, siendo el blanco de la calumnia y de la diatriba de los díscolos y aun de los pequeños.

El general San Martín, que acababa de verificar la atrevida empresa de reconquistar a Chile, quedó, desde luego, sometido a la ingrata ley de la envidia y mordacidad de sus enemigos.

San Martín, durante su gobierno en Cuyo, habíase acarreado la enemistad de los "carrerinos" que pretendieron, con sus jefes a la cabeza, hacerle un instrumento pasivo de sus miras.

San Martín había tenido que imponerles silencio, sirviéndose a ese fin de medios tan violentos como necesarios; y aunque sus turbulentos huéspedes fueron vencidos por la fuerza, teniendo en consecuencia que abandonar a Cuyo, no renunciaron a la idea de vengarse del que tomaron desde luego por enemigo y al que con un encarnizamiento exagerado debían combatir en todos los momentos.

La gloria de la campaña de los Andes robó el sosiego a los émulos del Libertador de Chile, y encendió en sus pechos la rabia que venían concentrando desde 1814.

Desde luego, comenzaron contra él la guerra de la diatriba, de la calumnia, y más tarde la de los más soeces insultos.

Por lo pronto se le quiso despojar de la paternidad que nadie había contestado aún, sobre la idea del pasaje de los Andes; pero ante la elocuencia de los hechos, aquella arma se quebró en las manos de sus mismos enemigos.

Nicanor LARRAIN

Un reflejo de la moral de nuestros abuelos

El siguiente "oficio del Soberano Congreso Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata al Supremo Poder Ejecutivo", publicado en la "Gaceta" del 27 de abril de 1816, nos dará un nuevo reflejo de la moral de nuestros antepasados:

"Exmo. Señor:

" Considerando el Soberano Congreso oportuno y conveniente en demostración plausible de su augusta inauguración, prevenir a los pueblos del Estado con la gracia de un indulto general que comprenda a los reos en lo civil y militar en cuanto ésta pueda conciliarse con el interés común y sin perjuicio ni ofensa del derecho particular, ha resuelto expedir con fecha de ayer el siguiente decreto:

" El Soberano Congreso, " con motivo de su augusta " instalación, concede indulto " general a todos los reos que " en la fecha de la publicación " del presente decreto se ha- " llen presos en cárceles y " otros parajes de las Provin- " cias Unidas, extendiéndolo, " además, a todo género de " deserción que no sea al ene- " migo o en reunión de más " de cuatro individuos con ar- " mas, con calidad de que los " desertores que aún no ha- " yan sido aprehendidos, de- " ben presentarse dentro del " término de un mes, contan- " do desde el día que se publi- " que la soberana resolución " en cualquiera de los lugares " respectivos donde se hallen, " con tal que lo hagan ante " las autoridades correspon- " dientes.

" Se exceptúan los delitos " contra la religión santa que " profesamos, como igualmen- " te aquellos en que se viere " interés, agravio o perjuicio " inmediato de tercero, a no " ser que éste lo revele o con- " done; el de lesa patria; el " de falsificación de moneda " o sellos de la suprema auto- " ridad; el de cohecho; el de " retención de bienes de los " pueblos y hacienda del Es- " tado; el de hurto, sea cual " fuere la cantidad robada; el " de testigos falsos y calum- " niadores; el de resistencia " armada a la justicia; el de " homicidio no casual o en " propia defensa y, finalmen- " te, los rematados a presidio " o destierro, mientras sobre " estos últimos no determine " otra cosa el Soberano Con- " greso.

" Comuníquese al Supremo " Poder Ejecutivo para que " haciéndolo publicar en aque- " lla capital, lo mande impri- " mir y circular a todas las " provincias y pueblos al efec- " to de su cumplimiento".

" Lo que comunico a V. E. a nombre del Soberano Congreso para su inteligencia y cumplimiento.

" Dios guarde a V. E. muchos años.

" Sala de sesiones en Tucumán, abril 5 de 1816. — *Dr. Pedro Medrano*, presidente. — *Juan José Passo*, diputado secretario".

¡Vuelve Maneco!



ESTAMOS en vísperas de un acontecimiento. ¡Maneco vuelve! Los lectores — estamos seguros — van a recibir la noticia con espontáneo alborozo. Nuestro amigo Maneco — que lo es también de ustedes — regresa a la patria, y viene dispuesto a contarnos sus aventuras por Europa, donde ha permanecido durante varios meses dando expansión a su incurable afán andariego.

Enamorado pertinaz, atravesó el charco y allá se fué en pos de su acariciado ideal, dispuesto a triunfar o a morir. Desde que vuelve vivo, es de suponer que vuelve triunfador. Pero si no ha logrado realizar sus ambiciones, a buen seguro que no ha sido por falta de empuje, o de audacia, que eso es lo que le sobra a nuestro héroe. Habrá sido que su mala estrella lo ha seguido acompañando.

El lápiz ágil de Linage transportará a las páginas de CARAS Y CARETAS las nuevas andanzas de Maneco, acompañándolas de ese sano humorismo que se traduce tanto en los rasgos del dibujo como en el acertado comentario, y que han hecho de nuestro incomparable personaje un héroe de caracteres regocijantes, por todos querido y admirado.

La vuelta de Maneco a nuestras páginas tendrá efecto el próximo número, a partir del cual daremos una historieta en colores por semana.

Maneco está al caer. Viene en un "piróscafo" de ultramar. Esperamos que en este último trecho de su viaje de retorno no le ocurra nada que pueda obligarle a decir la frase, ya convertida en refrán, de: "¡Sonaste, Maneco!"



El COCKTAIL SAN MARTIN supo conquistar el corazón generoso del gaucho. La calidad de esa finísima preparación aperitiva, que la "prienda" saborea, sorprendida agradablemente, y hasta el mismo envase, fácil de ser llevado por los jinetes camperos, hacen de él una cosa insustituíble. Como novedad atrayente, lo compró el mozo en el "poblao", y "ahura" brinda por sus amores y sus esperanzas con el admirable producto PINI.

Solicítelo en los Bares, Confiterías y Almacenes.

Precio de la botella, $ 3.40

Fabricantes: PINI Hnos. y Cía. Lda.



El gaucho *de* Catamarca

Viene al poblado, con sus pilchas domingueras, haciendo trotar al caballito montañés, para lucirlo y lucirse. Es un gaucho característico, hábil en recorrer montes y llanos arenosos. Su chambergo típico, su saco señoril le dan aire de distinción. Buen guitarrero y enamorado, el paisano de las tierras catamarqueñas es, por otra parte, uno de los factores más ponderables en la lucha terrible contra el terruño y el clima. El ha ido siempre en las avanzadas de esa conquista, para cumplir valerosamente una misión patriótica.

Qué feliz se siente la mamá. ¡Los chicos ya no tosen!

Cía. "MECA"

Qué alivio, cuando ha desaparecido la tos de una casa! Pero no olvide, ahora que la tos ha pasado, que se lo debe al "Jarabe Famel". Tenga siempre, en invierno, un frasco en su casa, y en cuanto un chico se resfríe y tosa, déles el Famel. A las pocas cucharadas, la tos ha desaparecido.



En mi pobre rancho,
vidalita,
¡qué feliz vivía,
con poca parada
vidalita,
con mucha alegría!

Una cama'e fierro,
vidalita,
una mesa'e pino,
una urraca, un cuzco,
vidalita,
y un gato barcino.

Con mis tres cachorros.
vidalita,
y mi china güena,
no le tuve envidia,
vidalita,
ni al mesmo Anchorena.

Hoy el tape es hombre.
vidalita,
y las gurisitas
están las dos hechas,
vidalita,
unas señoritas.

Y lo'el viejo rancho,
vidalita,
se jué a la gran siete,
y tengo en mi casa,
vidalita,
puro firulete.



Vidalitas *del* gaucho viejo

Dibujo de Caballé

Por **Alberto Pidemunt**

No hay gato barcino,
vidalita,
ni cuzco, ni urraca;
tenemos un mono,
vidalita,
y una perra flaca.

Ya no hay mesa'e pino,
vidalita,
ni banco'e cajones;
aura hay muchos muebles,
vidalita,
todos petisones.

En vez de guitarra,
vidalita,
de cadencias puras,
tenemos la radio,
vidalita,
que larga frituras.

¡Jué pucha, qué vida,
vidalita,
la del criollo viejo!...
En todos los sitios,
vidalita,
encuentro un espejo.

Y siempre camino,
vidalita,
con tan mala sombra,
que voltio un florero,
vidalita,
o arrugo una aljombra.

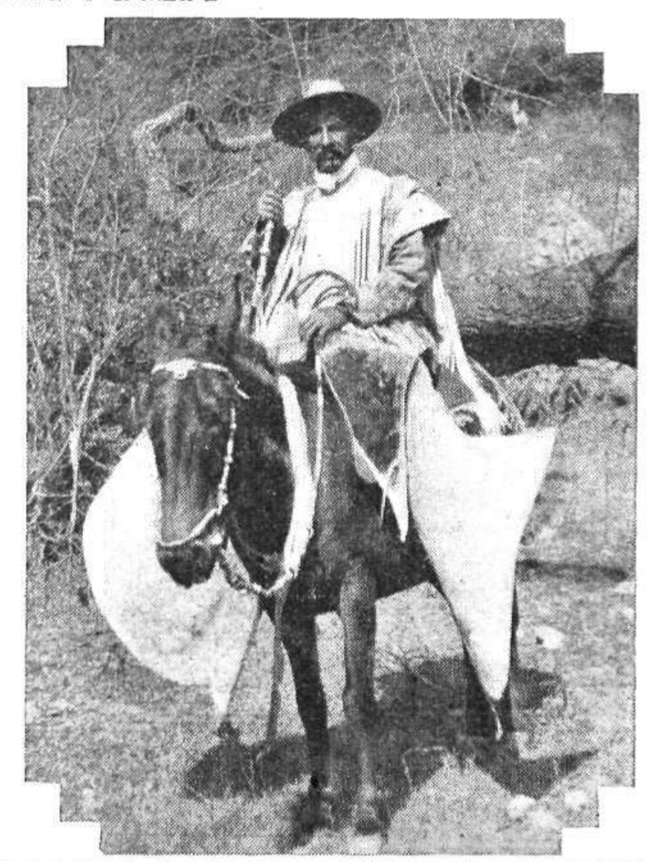
¡Pobre criollo viejo!,
vidalita.
Si pido un amargo,
naide me lo ensilla,
vidalita,
ni corto ni largo.

El hijo, tan juerte,
vidalita,
tan criollo y gauchito,
hoy canta a lo yoni,
vidalita,
y hasta fuma en pito.

Y las dos mujeres,
vidalita,
chinas y bien criadas,
van con trompa sucia,
vidalita,
y mechas tusadas.

Es la vida de aura,
vidalita,
puro zafarrancho.
¡Quién golver pudiera,
vidalita,
a mi pobre rancho!...

El gaucho *de* SALTA



Recio, enjuto, con tipo de árabe, el descendiente de los heroicos gauchos de Güemes es inconfundible. La maleza espinosa y brava le obligan al uso del guardamonte. Su caballo tiene más condiciones para la resistencia que para la velocidad, pingo tesonero, duro, de poca esbeltez. Durante la epopeya patria, el gaucho salteño fué un lancero irresistible, que se abrió paso entre el monte y las filas enemigas. Tiene buena madera de soldado, y siempre parece estar dispuesto al sacrificio. En la paz cumple su cometido animosamente.













Ofrenda gaucha

(Continuación de la página 55)

atajándoles el paso. "No te rindás viejo...", le grita el hijo con voz estentórea. Pero don Olegario comprende, al fin, que la partida está perdida que la muerte es segura; que la cautividad de Manuelita ya es inevitable: Ya cede su brazo cansado y su facón se mueve pesadamente. En esos momentos, poniendo a prueba su desfalleciente energía, un nuevo pampa que, seguido de otros, escala la fila de los que yacían frente a la ventana, pugna con ímpetu feroz para transponer su marco. El momento es desesperante... Pero, inesperadamente, se escuchan algunos estampidos secos. El indio cae hacia atrás, mientras que los que le seguían saltan precipitadamente sobre sus cabalgaduras y se lanzan en fuga hacia el campo abierto.

Simultáneamente, echaba pie en tierra, frente a la galería, el teniente Romero, seguido de los suyos.

La tarde se adormecía en el regazo de la noche. Una calma profunda y tétrica se extendía por sobre la pampa.

Bajo la galería, adonde le transportaran en procura de más frescor, yacía Emilio, terriblemente pálido. En su semblante había una expresión plácida y serena.

Sentado a su cabecera, don Olegario lo contempla con una tristeza conmovedora. Cerca de él, Rufino y Manuelita, con algunos amigos del herido, presencian la escena en profundo silencio. En la quietud solemne del anochecer se escucha nítidamente la respiración fatigosa de Emilio.

Los párpados del moribundo se alzaron lentamente; dos ojos febriles, extrañamente brillantes y dilatados, se fijaron en los de don Olegario. Entonces, como haciendo el postrer esfuerzo, sus labios se despegaron para pronunciar con remoto acento sus últimas palabras:

—Yo también cumplí... su bendición... tata...

Después de bendecir expresivamente al hijo infortunado, don Olegario se puso de pie. Por unos instantes miró hacia el desierto con un gesto de odio y repugnancia indescriptibles. ¡Quién sabe qué terrible maldición lanzó su alma hacia el corazón de la yerma llanura! Luego, volviéndose hacia el hijo, murmuró con acento porfundamente grave:

—¡Pobre m'hijo! Ansina es la vida gaucha... ansina es su dura lay... ¡tuita una ofrienda! ¡ta bien!... — y dirigiéndose bruscamente hacia Manuelita, que lloraba silenciosamente, agregó alzando la voz, y señalando de tiempo en tiempo, hacia la víctima del bárbaro:

—Si alguna vez, Manuelita, mucho más tarde, alguien te pregunta por qué el gaucho jué triste... por qué su vidalita es canción e tristezas y lamento e su alma... ¡decile, pa que lo sepa la posteridá... qu'es por esto!... ¡decile qu'es porque tuita la vida el gaucho jué una ofrienda en esta pampa e bárbara lay!...; ¡que jué ansina porque el destino l'impuso este sacrificio, pa que allá atrás pueda hacerse juerte y grande en su güena gloria la patria nuestra!... ¡Pobre m'hijo!... ¡Pobre... m'hijo!...

Y aquel viejo venerable, que en su noble fibra gaucha no conoció jamás el desahogo de una lágrima, se quebró al fin, como se quiebra el jacarandá que no sabe doblarse, y cayó como una bendición, como una ofrenda más, sobre el cuerpo exánime del hijo amado.

Dibujo de Valdivia

LA DESPEDIDA

(*Continuación de la página 28*)

—Y pa qué quiere que vea... si viendo he llegao a vieja?... Sepa sólo de una vez y pa que no aliegue inorancia, que a ña Simona Peraira no es quién usté pa pitarla, por más narices que tenga y que a'nqu'hijo del patrón, no me ha'e boliar el caballo ni me ha'e gritar "bijulé" cuando salga d'este rancho... Son muy cachorros los dos p'hacer semejante hazaña y a usté, a'nque no le guste, se lo'e decir francamente... pa gancho no le veo laya!

—Pero atienda, ña Simona, y no agarre campo afuera... mire que voy a pensar que es cierto lo que se corre, de que usted ve piernas en todas partes cuando no ve interesados en alzarle las tamberas y que no tiene más vida qu'estar chumbando los perros a cualquiera que se allega...

—¡Mirenmelón al dotor, afanao por hacer renga a Simona la puestera!... ¡Vaya, pregunte a su padre, que con ser lo que él ha sido, nunca pudo en este rancho venir a soliar sus jergas sin permiso de la dueña o al menos... sin que lo viera!... Fijesén la parejita que hace m'hija con Francisco, paradita junto al pozo, oyéndolé las mentiras con que trata d' envolverla!... Lo mismo que ella le pasa, me pasó a mí con Mamerto, a quien Dios tenga en su gloria, el día que vino a'blarme antes de dirse a la guerra... Era un mozo bizarrote, así como Carmen su hija, y sabía decir las cosas con una gracia y un modo, que a'nque uno ya las supiese, gustaba escucharselás, pues parecían siempre nuevas... Cayó a casa esa mañana montado en un redomón que recién mascaba el yerro mientras mama'cababa de llenar un zarzo e quesos, trujo el caballo e la rienda, así como hizo Francisco y m'empezó a decir cosas, qu'eran todas cosas viejas, porque no encontré ninguna que yo ya no la supiera... Y habiendo estao en el trance, quiere usté que yo no sepa lo que le dice Francisco a la pobre de m'hijita, que hace ya como dos meses que lo anda llevando en 'alma como él la llev'a ella?... No crea en eso que corre de que yo chumbo los perros a todos los que se allegan!... Son dichos de pulpería, circulaos por cuanto vago sale a campearse un churrasc'o una cebadura e yerba pegandolé a la sin gueso p' hacer crer que no'stá seca... Francisco es un mozo bueno, como lo era mi Mamerto, y ya me ha dicho el patrón que lo v'hacer capataz cuando haga l'estancia nueva y entonces mi Carmencita y tamién mis cuatro riales, han de pasar a sus manos, si acaso Dios me permite...

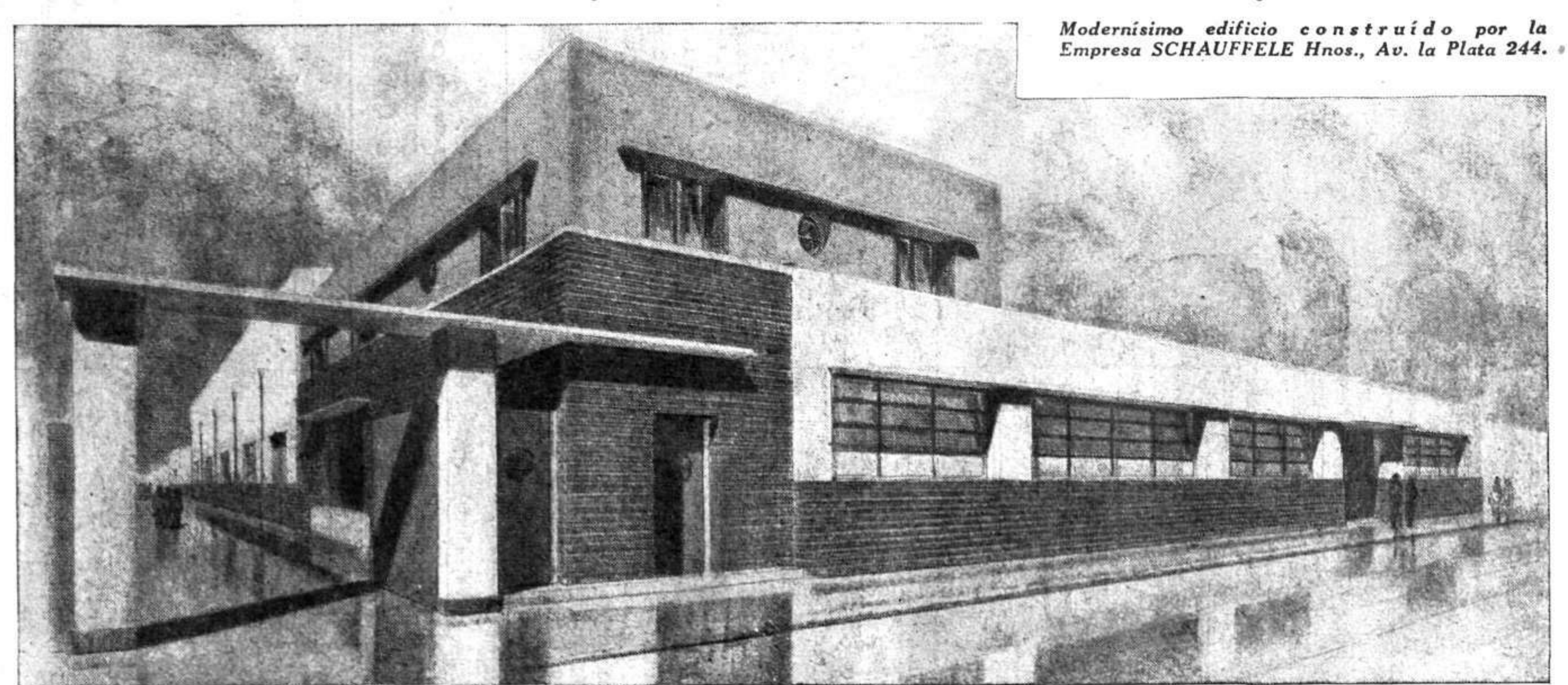
—Y se lo ha de permitir, porque Carmen y Francisco...

—No me hable d'esos canallas que cren que m'están pitando!... No les diga que yo sé, mejor que lo qu'ellos saben, ese secreto que guardan... Hay flores que sólo güelen en el misterio e la noche, pues parece que el olor con la sombra se casara...

FRAY MOCHO

En este EDIFICIO PROPIO, situado en la Calle ZEPITA 3157-3199 acaban de instalarse las modernas fábricas de ESMALTES y BARNICES de la firma SPRINGER y MOELLER S. A.

Modernísimo edificio construído por la Empresa SCHAUFFELE Hnos., Av. la Plata 244.

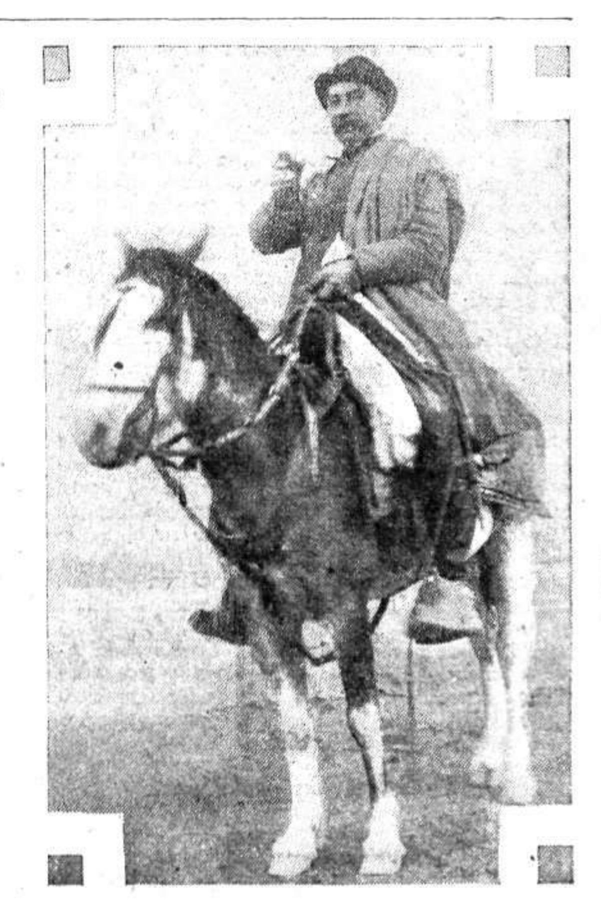


Adheriéndose a los esfuerzos generales de favorecer e independizar las industrias argentinas fabricarán en lo futuro sus ya renombradas especialidades en este país bajo el control de expertos técnicos a cuyo cargo está, aparte de la misma fabricación, una severa vigilancia sobre todas las materias primas que entran en la producción, las cuales cada vez son sometidas a detallados exámenes y pruebas por medio de aparatos modernísimos de control.

SPRINGER Y MOELLER S. A. invita a sus favorecedores a visitar sus fábricas, donde técnicos estarán a su disposición para explicarle los métodos más modernos de fabricación y para demostrarles el sistema adelantado de seguridad que han adaptado para sus fines.

Sírvanse llamar a 21 (Barracas) 1518 para combinar día y hora de su visita.

El gaucho de SAN LUIS



Hay en la provincia puntana gauchos cabales, que se midieron de manera distinguida con semejantes de las demás, realizando hazañas ecuestres. Hombre sufrido para el trabajo, tiene que vencer mil accidentes del terruño natal. Su indumentaria ofrece algunos detalles distintivos, y diríase que es un gaucho aburguesado, un pueblero. Mas las engañosas apariencias mienten en este punto, como en otros. Arriba de sus macizos caballos, los jinetes de San Luis saben su oficio, como los mejores de la Argentina.



Molina Campos dando los últimos toques a una de sus obras.

MOLINA CAMPOS,
el artista y el gaucho

Por
Elvira Palacios

He hecho reportajes a políticos, a escritores, a periodistas, a médicos, a juristas, y me quedaba por hacer uno a un humorista de la pintura. ¿A quién?... Tenemos grandes pintores y dibujantes, excelentes caricaturistas, pero escasean los que pintan a punta de buen humor y sugestiva gracia. A Molina Campos, nuestro animador de la risa gauchesca he entrevistado hoy, con el fin de requerirle su juicio sobre el gaucho, los móviles de su festiva pintura y los juicios que ella ha merecido en todo el país y en el extranjero.

Una comunicación telefónica y una gentilísima invitación me ponen en contacto con Molina Campos en su casa del suntuoso radio norte. Una decoración moderna de refinado buen gusto enmarca la delicada silueta femenina de su gentil esposa, doña Elvira Ponce Aguirre de Molina Campos, compañera y alentadora de su obra nacionalista.

Firmas famosas cuelgan de las claras paredes, y a su lado, el gaucho visto por nuestro artista no se obscurece.

El humilde rancho del interior tiene indudablemente al lado del santo que milagrea abundosamente, un cromo de Molina Campos reproduciendo las escenas familiares del gauchaje en sus plácidos domingos de diversiones colectivas.

La vocación artística

—¿Ha estudiado usted pintura? — interrogo.

—No — responde nuestro reporteado. — Soy autodidacto en la más alta expresión de la palabra, como que sólo he tenido los rudimentos escolares en materia de dibujo. Dibujaba desde chico paisajes y animales y siempre tuve marcada tendencia a reproducir los rasgos característicos de éstos o de personas. Debo a mi madre, que tenía la santa paciencia de destruir aquello que a su juicio estaba mal resuelto, que esta vocación mía se acentuara.

—¿Recuerda usted — pregunto — algunas frases admirativas despertadas por sus dibujos?

Molina Campos se sonríe un poco por la ingenuidad de mi pregunta, y diciendo con el gesto, muchas, me señala algunas.

—Pío Collivadino me dijo cierta vez con cariñosa expresión: "Tiene usted la facilidad de deformar armoniosamente". El ex presidente doctor Alvear que me hizo la deferencia de inaugurar con su presencia algunas de mis exposiciones, me decía: "Siga que, aunque festivamente, está usted documentando el pasado". Y don Roberto Cunninghame Graham, el gran escritor británico que tanto amó a la Argentina y que tan vivamente pintara sus sentimientos, su idiosincrasia y sus costumbres, "gentleman" británico y gaucho romántico de las pampas, tenía en mucha estima mis cosas que le llegaban a Londres en forma de ilustraciones de propaganda.

—Tengo entendido que ha colocado usted muy bien sus cuadros fuera del país...

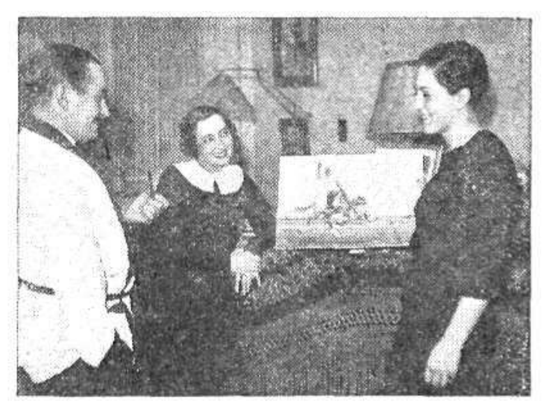
—No puedo quejarme. El presidente Vargas tiene tres cuadros míos que comentó amablemente. Los representantes de la colectividad japonesa — y esto lo dice Molina Campos, — un día en que después de ver mis cuadros, tuvieron un rasgo de buen humor... adquirieron uno de ellos para obsequiárselo a su embajador.

—¿Usted no cree que la alegría es altamente moral?...

—... Y tanto... Por eso pinto así.

—Y como los japoneses son tan sutiles... — agrego.

—... Se lo llevaron a su país, pues el embajador terminaba su representación en la nuestra.


La autora del reportaje con los esposos Molina Campos.

El gaucho visto por Molina Campos

—¿Verdad, Molina Campos, que en usted el sentido de lo gauchesco es cosa vital?

—En efecto; mi inclinación hacia la vida del campo es cosa atávica, pues desciendo de familia de estancieros desde mis bisabuelos acá. Don Juan Angel Molina, abuelo mío, era dueño de varias estancias ubicadas en Arrecifes y San Antonio de Areco y tenía en el camino de aquéllas a Buenos Aires la parada Trakehnen, en Morón, que es hoy la Cabaña Tuyú, de la señora Hortensia Aguirre de Leloir. Mis mayores me educaron en el respeto a las cosas de la tierra y mi propia observación cariñosa de tipos característicos, hizo el resto.

—¿Cree usted que el gaucho ha sido bien traducido en el arte argentino?

—Le diré. Me sorprende que, a otros, no se les haya ocurrido tratar el asunto gauchesco en su aspecto amable o humorístico, inclinándose, en cambio, con aterradora predilección a verlo por el lado truculento, desde el Juan Moreira de circo hasta los cantores populares del momento, que todo lo circunscriben al engaño amoroso, a la deslealtad, al crimen y toda la escuela de bajas pasiones. Por mi parte, llevo a mis cuadros, simplemente, lo que recuerdo de mis años de la infancia, en la que conocí a verdaderos gauchos, especialmente en Ajó (General Levalle), tales como: Don Paulino Luna, don Santiago Meira, Juan Lesarte, un viejito Barrientos, Ventura Montenegro y muchos otros, todos ellos hombres de avanzada edad de los que usaban melena a lo Mitre, barba entera, calzaban bota de potro y usaban chiripá. Nunca vi al gaucho en situación precaria para su integridad moral, como que una de las condiciones más relevantes era la de su elemental concepto de la hombría, reflejado en su altivez, complemento del espíritu de independencia que animaba todos los actos de su vida. El gracejo en su dichos y refranes provenía de su directa descendencia hispana, particularmente andaluza y como consecuencia derivada del moro, de quienes heredó esa afición al caballo, a la guitarra y a las mujeres. Su refranero chispeante y sentencioso era dictado, también, por la constante observación de las personas y de las cosas. Pura ciencia de la vida. En sus manifestaciones de alegría (bailes o cantes), y por extensión en otros aspectos de su vida, eran sumamente recatados y respetuosos, dirigidos estos actos por un concepto primario de cortesía trasmitido de padre a hijos. El modo de bailar y de cantar era acorde con su persona, esto es, con gracia y esa moderación que no era timidez, sino respeto por sí mismos. No se concebía que un paisano hiciera payasadas — excepto en estado de embriaguez — máxime si ello podía ser motivo de mofa; lo mismo ocurría en sus trabajos de corral o de rodeo. Bailar haciendo acrobacia — como han dado en demostrar los bailarines de ahora — jamás fué del gaucho, como tampoco era costumbre que las mujeres cantaran. La habilidad en sus ajetreos rurales provenía de su constante dedicación y del coraje que los animaba hasta en los actos más trascedentales; así fué domador y soldado, con la misma impavidez, sin darle importancia al hecho de "ponerle los cueros a un bagual" o de "hacer una patriada". Con ellos y su heroicidad creció esta patria hermosa y grande.

Nuestros gauchos en el extranjero

—¿Llevó usted sus gauchos al extranjero, en exposiciones?

—En el año 1921 realicé una en París que resultó muy interesante.

—Me imagino lo divertido que habrá sido para los parisienses el ver a sus "gauchós" muertos de risa en pleno gris plata de niebla de la torre Eiffel o de las orillas del Sena...

—No crea. Se pusieron muy serios. La risa de mis gauchos les mató la propia. Usted sabe "que quien da primero da dos veces". Muchos críticos comentaron elogiosamente mis telas.

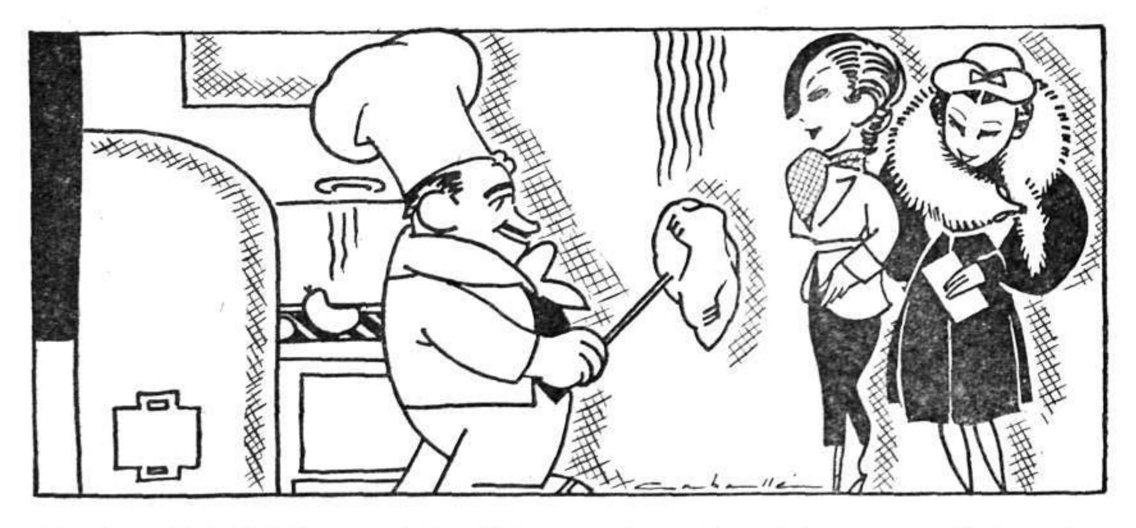
En un álbum lleno de recortes impresos, leo lo que escribió un crítico francés, J. Caylus: "Mientras más observo los cuadros de Molina Campos más los admiro y aunque tratadas caricaturescamente las escenas de la vida del gaucho, tienen una tonalidad delicada y una finura de dibujo que traslucen la distinción de la personalidad del artista".

La pintura y la música. Dos admirables amigos, dos artistas, Molina Campos y su señora

La señora de Molina Campos interviene con exquisita amabilidad y nos invita a cambiar el reportaje por un copetín. El tono esmeralda del líquido nos mira con sus ojos innumerables detrás del cristal y la conversación es interferida por las palabras gentiles de la dueña de casa.

Nos encontramos en la sala donde trabaja el artista, coquetamente vestida, y junto a la mesa de trabajo hay un hermoso piano. La esposa de nuestro artista, nos dice entre sorbo y sorbo que le ayuda en sus tareas animando su espíritu con interpretaciones musicales.

(*Continúa en la página 135*)



LA HORA DEL ASADO

Por Mario Félix VALLEJO

ACTUALMENTE Buenos Aires está respirando la hora del asado. Un apetitoso olor a churrasco invade ciertos barrios. Las parrillas criollas brotan a cada paso. Las parrilladas figuran en las listas de los más lujosos restaurantes. Hasta el léxico mismo ha llegado a sufrir su influencia, y exclamamos para elogiar a una mujer hermosa: "¡Qué churrasca!" Ni los novios regalan ya bombones: van a la casa de su futura suegra con un kilo de chinchulines bajo el brazo.

Los porteños comen más a menudo carne asada que los provincianos, especialmente si éstos son maestros correntinos... Se rinde así, sin sospecharlo, un culto auténtico al alimento preferido por nuestros antiguos y modernos gauchos.

El profesor Pedro Escudero, con sus publicaciones en las que prodigaba alabanzas a las faldas, los cuartos y las ubres, ha contribuído no poco al auge de estas suculencias enemigas de los dispépticos.

Debo manifestar, con perdón de los cuajos, las mollejas y otras menudencias, que el pollo asado también goza de toda mi consideración y respeto. Y si es ajeno, mejor. Lo que no me convence es al espiedo. En esta forma el pollo cuece demasiado lentamente, y sabido es que cualquier extremo resulta vicioso. El sabor del que se impregna la carne así asada, no alcanza, ni con mucho, a la puesta en la parrilla o asador. ¡Cuidado que es rico un pollito a las brasas! ¿Y qué me dicen de un costillar de novillo o borrego al asador, cuya grasita caída en el fuego levanta un tufillo que lo deja a uno hablando pavadas?

La parrillada ha entrado en franca competencia con toda clase de platos y ha desalojado a muchos condumios más o menos populares. Y que tiene sus partidarios, sobra decir. Conozco a unas poetisas y declamadoras, románticas hasta las uñas de los pies, que, después de un recital poético, se largan a una churrasquería y se ríen a carcajadas del té con masitas. Se quitan los guantes y se arriman a una olorosa parrillada, donde las morcillas, los chorizos, las tripas gordas y demás entrañas constituyen un formidable frente popular. Una de estas señoritas — alarife declamadora — ha suscitado la incondicional admiración del mozo, ¡y eso que se trata de un ex vigilante! En cierta ocasión, después de quedar en la fuente nada más que el rastro rojizo de las presas, el mozo preguntó a la aludida si prefería algún postre. "Bueno — contestó la chiquita; — tráigame ubre asada".

Repito: la ciudad de Buenos Aires está viviendo la hora del asado; el plato realmente criollo, argentino, y que atesora, según lo aseverado por dietistas, los componentes imprescindibles para la alimentación del hombre. Porque ya se sabe que debemos cargar tales y cuales vitaminas; las llamadas A, B, C2, C3, y creo que — ¡asombro! — hasta la G4... a fin de repartir en el cuerpo un justo equilibrio de grasa, de músculo, de sangre, de caracú y de cal para los huesos. Sobre todo cal. ¡Mucha cal! Tanto doña Justiniana Pichulki de Castelnuovo como el último juntapuchos, míster Bernard Shaw como el que firma, todos, debemos almacenar en los huesos la cal suficiente que alcance por lo menos para blanquear el palo de un gallinero. De lo contrario, los huesos se ablandarían, se aflojarían las tuercas y quedaría uno como pichón de urraca.

Y mientras el cuero no se arrugue y no se afloje ningún colmillo, sigamos honrando al gaucho con la moda de las asaduras, que vamos por buen camino, ¡y que el día de nuestra muerte nos agarre con mucha cal!

Mario Félix Vallejo

Juan B. Alberdi

CUANDO Gutiérrez no influía por el encanto en sus escritos, edificaba por la elocuencia de su palabra, de sus conversaciones más simples. Tenía el talento de hablar, y ese talento al servicio de una cabeza rica de instrucción y de un corazón siempre abierto y lleno de buenos sentimientos. El que escribe estas líneas debió a sus conversaciones continuas la inoculación gradual del *americanismo* que ha distinguido sus escritos y la conducta de su vida. Gutiérrez le comunicó su amor a la Europa y a los encantos de la civilización europea. El fué, en más de un sentido, el autor indirecto de las *Bases* de la organización americana.

Después de nuestros padres, nadie tiene mayor parte en nuestra educación que nuestros amigos íntimos y familiares. Son nuestros monitores natos. Nos educan sin saberlo, y según es su educación así resulta la nuestra. Gutiérrez era un educacionista, porque él mismo tenía educación, al revés de otros que son educacionistas por razón de no haber recibido educación. Entre los amigos que nos educaron figuran los libros predilectos que leemos habitualmente, y también según son ellos así es naturalmente la educación que les debemos.

El mismo Gutiérrez completó su educación europeísta y liberal en ese origen, es decir en su trato con europeos distinguidos y en su familiaridad con la literatura francesa, nodriza natural de nuestra sociedad americana moderna. Enemistado con España por causa de esa independencia, que nosotros queríamos y que ella nos negaba, no nos era simpática su literatura, que por otra parte nada tenía que enseñarnos en punto a libertad.

La prolongación de la guerra de la independencia por quince años, y del entredicho que la siguió por otros quince, tuvo un influjo decisivo en la suerte del idioma español en Sudamérica.

J. M. GUTIERREZ

La mejor garantía para el resultado de nuestro próximo crucero a Europa que sale el 23 de julio en el "REMO"

ESTA CONSTITUIDA POR EL

EXITO BRILLANTE

que alcanzó nuestro primer CRUCERO A EUROPA que salió el 14 de mayo en el "REMO", caracterizándose por

Las inmejorables comodidades a bordo y en los hoteles.

El ambiente selecto y la perfecta organización técnica.

Por noticias recibidas directamente y por los telegramas publicados en los principales diarios de Buenos Aires, sabemos que nuestros turistas fueron extraordinariamente agasajados en Italia, evidenciando una vez más el prestigio de "Caras y Caretas" en el extranjero.

En NAPOLES: Los excursionistas fueron agasajados por el Cónsul argentino, señor Lagorio, que les ofreció una fiesta y un concierto en la Villa Lucía.

En CAPRI: El duque Marino Dusmet de Smours, les ofreció un baile en el Grand Hotel Quisisana.

En ROMA: Los excursionistas fueron recibidos por **S. E. Mussolini** y por **S. S. el Sumo Pontífice.**

En TURIN: Visitaron los establecimientos FIAT.

En MILAN: Visitaron la Casa del Fascio.

En VENECIA - LIDO: EL LIDO GOLF CLUB ofreció un The Dansant en la Sede de Alberoni.

Inscríbase en nuestro gran Crucero Internacional a Europa.

SALIDA DE BUENOS AIRES EL 23 DE JULIO DE 1936 en el

"REMO"

Precio desde $ **1.180** *Todo incluído.*

FOLLETOS E INSCRIPCIONES:

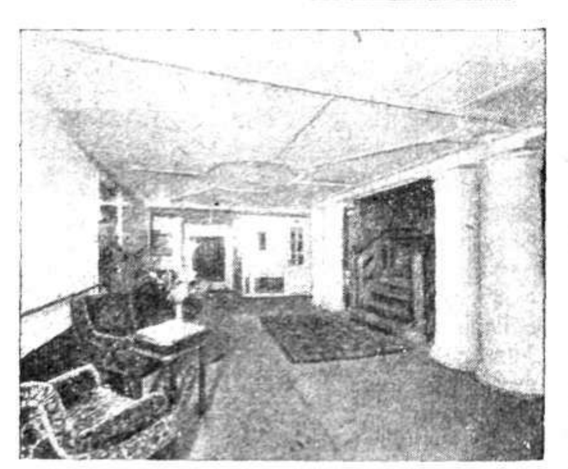
SOUTH AMERICAN EXPRESS

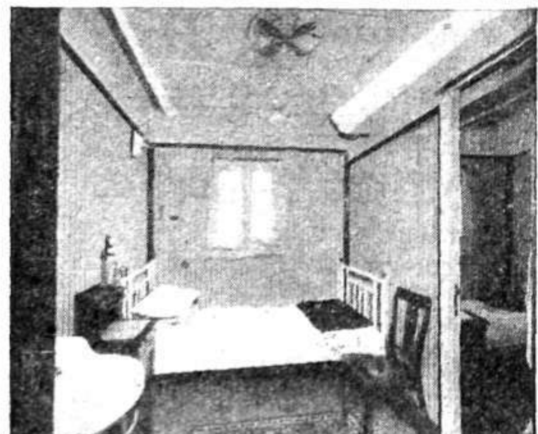
SAN MARTIN 56 - U. T. 33, 7476 - Bs. Aires.

Y A

"CARAS Y CARETAS"

CHACABUCO 151 - U. T. 38, 2185.







Tres fotografías interiores del "Remo", en las que pueden apreciarse las comodidades que ofrecemos a los turistas.

La motonave "Remo" fué construída especialmente para cruceros de turismo.

El juego y el Gobierno de las Provincias Unidas

La "Gaceta de Buenos Aires, del 24 de agosto de 1816, publicó el siguiente bando del Director Supremo de las Provincias Unidas:

"No habiéndose hasta aquí obtenido los resultados que fueron objeto de las providencias reiteradas del Gobierno para contener y desarraigar los juegos perjudiciales que con tanto escándalo se sostienen en la ciudad con detrimento de la moralidad pública, de la tranquilidad y reposo de las familias y de la seguridad de las fortunas particulares y deseando vivamente concurrir al exterminio de este pernicioso principio de tantos excesos y vicios y por el cual se degradan tantos ciudadanos, hasta perder su honor y manchar el brillo de sus peculiares carreras, confundiéndose con las gentes perdidas, he venido en declarar los puntos siguientes, sobre cuya observancia será inflexible el Gobierno:

"Art. 1º — Las leyes y demás disposiciones que hablan sobre los jugadores y los que mantienen casas de juego o tahurerías, condenándolos a penas deshonrosas y correcciones corporales, están en todo su vigor.

"Art. 2º — Todos los juegos conocidos bajo la clase de prohibidos y de envite, quedan severamente prohibidos.

"Art. 3º — Las personas que mantengan casas destinadas a estos objetos o los permitan en suyas propias, serán tratados conforme a la ley y además castigadas, por la primera vez, con dos meses de arresto y 500 pesos de multa, cuyas penas se aumentarán a proporción de la reincidencia en los mismos abusos.

"Art. 4º — Los sujetos particulares que se encuentren jugando los dichos juegos prohibidos, serán arrestados, por la primera vez, y sufrirán la pena arbitraria que convenga.

"En caso de repetir el mismo exceso, serán multados en 500 pesos, si fuesen pudientes, o destinados al ejército en caso de no serlo.

"Art. 5º — Esta última pena se aplicará desde luego, a los jugadores de profesión, desde el acto en que sean encontrados jugando en las citadas casas.

"Art. 6º — Los militares a quienes se sorprenda en ellas, serán seriamente reprendidos y la nota de haber entrado en tales lugares se pasará a la Inspección General para que se tenga presente en los ascensos de su carrera.

"Sufrirán, por la primera vez, un mes de arresto, que se doblará a la segunda, con más la privación de empleo, que será sin goce de fuero ni uso de uniforme, cuando conste ser su costumbre el concurrir a juegos prohibidos, lo cual se averiguará por una información del hecho.

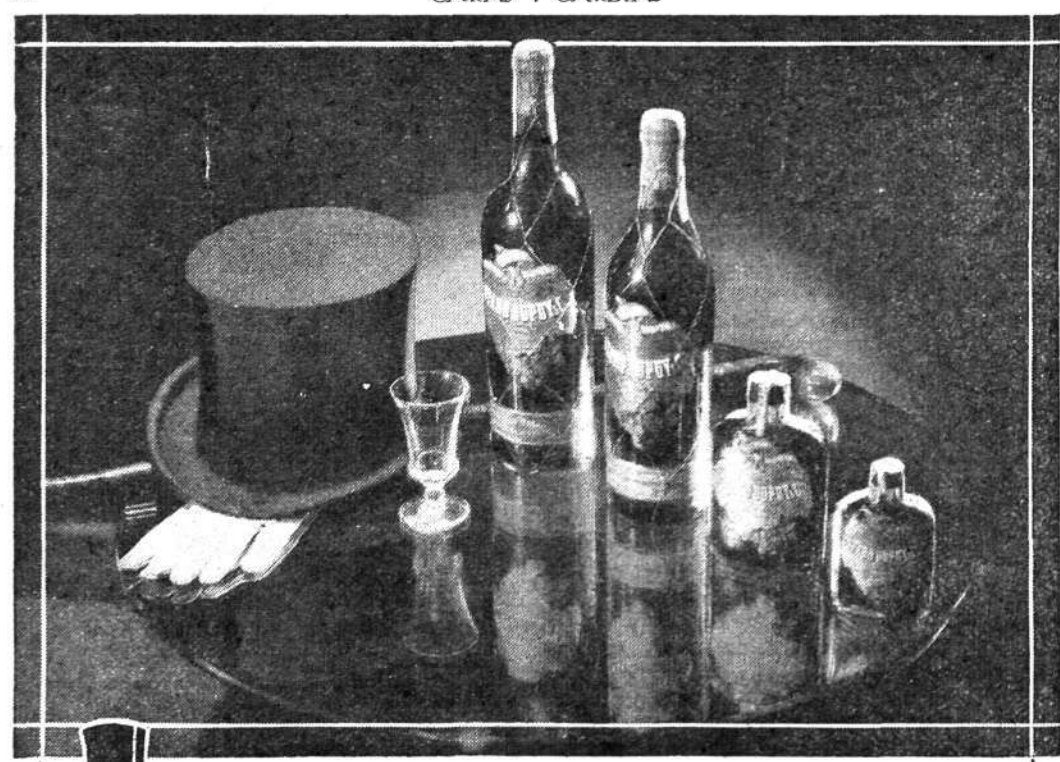
"Art. 7º — Todos los individuos que hayan infringido los artículos anteriores, se reputarán comprendidos en las penas que ellos designan, siempre que por información resulte haber jugado después de la publicación, aunque no se lo encontrara en el acto mismo.

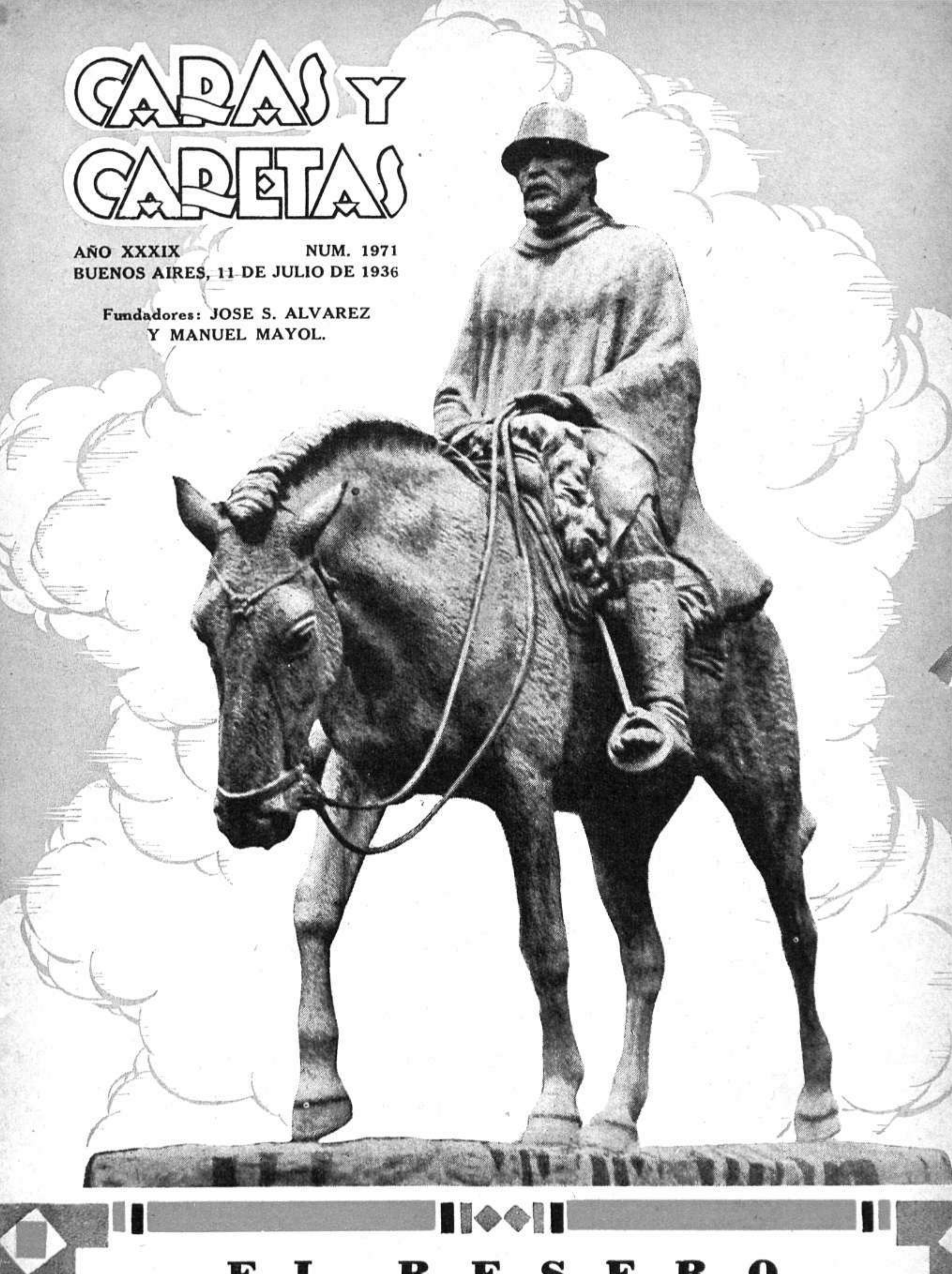
"Art. 8º — El Gobernador Intendente de Policía celará particularmente el cumplimiento de estas disposiciones.

"Con igual encargo procederá el Sargento Mayor de plaza, dando cuenta a esta Superioridad y las justicias ordinarias.

"Y para que llegue a noticia de todos publíquese por bando en la forma ordinaria, fijándose copias de él en los parajes acostumbrados y comunicándose a quienes corresponda para su puntual exacto cumplimiento.

"Dado en Buenos Aires, a 19 de agosto de 1816. — *Juan Martín de Pueyrredón.* — *Manuel Obligado, secretario*".





AÑO XXXIX NUM. 1971
BUENOS AIRES, 11 DE JULIO DE 1936

Fundadores: JOSE S. ALVAREZ
Y MANUEL MAYOL.

EL RESERO

SIMBOLO del gaucho, hecho trabajo, el resero ha paseado su silueta recia por todos los caminos de la Pampa delante de las tropas que levantaban nubes de polvo, donde el sol ponía irisaciones fantásticas. ¡Resero gaucho! Tu grito en las madrugadas grises era como el alerta de un centinela de la patria trabajadora y pacífica...



—Trabajar jué mi destino — dende que aprendí a ensillar.

El GAUCHO *en el* TEATRO

Escenas de "Lo que le pasó a Reynoso", romance de Alberto Vacarezza, que representa en el Teatro National la compañía Muiño-Alippi

—Aprendiendo a vivir se va la vida.



—¡Va a tener que hilar muy fino — el que me quiera cantar!

—¿Viudita la patrona?
—Es verdad... ¡Y de tres maridos!

—A galleta de diez días — dale hambre de dos semanas.

Los GAUCHOS en el CINE



Diego Medina y Nora Mármol en una escena de la película nacional *El amanecer de una raza.* Es un gauchito sin barbas y desprovisto de esa chafalonía que tan grata les resulta a los norteamericanos.

Douglas Fairbanks acompañado por nuestro compatriota don Arturo Gramajo, mientras rodaba su película *El gaucho.* El notable actor puso en la indumentaria y caracterización toda su mejor voluntad; mas, desdichadamente, sirvió luego para que lo imitaran caricaturescamente.

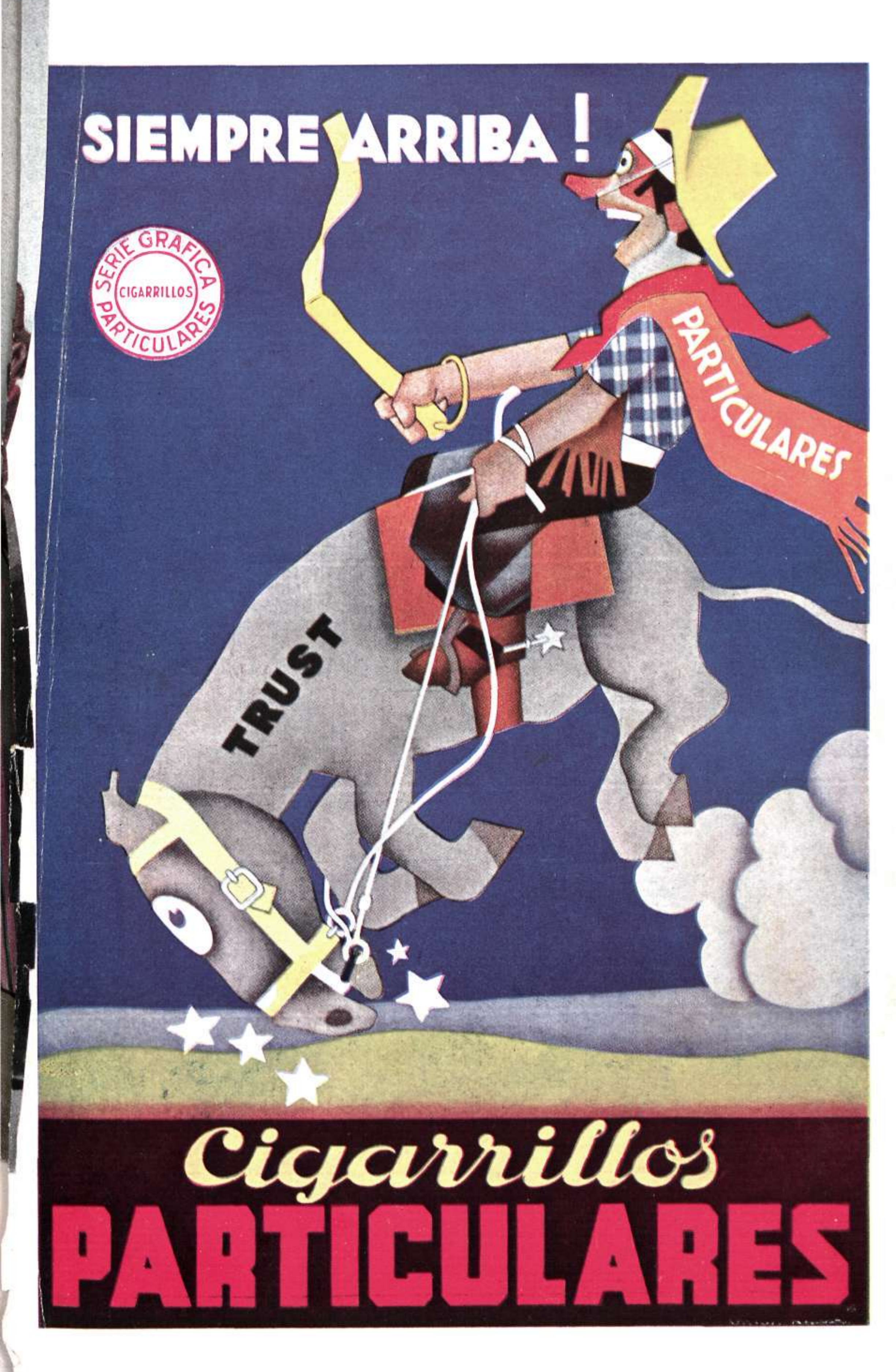
Ricardo Cortez hizo varias veces de gaucho... Fueron fantasías y personajes indefinidos y, en cuanto a la indumentaria, da una muestra pintoresca ésta con que se presentó hace años en *Niña Rosa,* engendro que podía tener por lugar de acción tanto nuestras pampas, como Méjico, o Sevilla.



"PONCHOS Y GAYOS", *por Florencio Molina Campos*

¡Jué caindo gente a bocha! De tuitos laus se vían venir, pa lo 'e don Barriento, una temeridá 'e gente, mesmo que si hubiera eleicione u rigolución. Era que díbamo a festejar el día patrio con unoj corderoj ensiyáus. Ansina jué que, más luego, no sé quién se acordó qu'el dueño 'e casa era aplicáu a las riña 'e gayos, y ya se alborotó l'avispero, y ya, tamién, armamo un riñidero con ponchos colgáus de unos tirantiyo 'e taulas, aparente pa'l caso. Ahi no maj trujeron dos gayos — un jiro y un cenizo, que risultaron de lay, con unos puones de un geme. S'estuvieron haciendo tiros a lo bruto, y nojotro encomenzamo a'postar juerte. ¡Amigo, qué corrió plata 'quel día! Ganó el cenizo, y yo m'embuché como sais nacionales. ¡Lindo!, ¿no?

Cortesía de la Fábrica Argentina de Alpargatas, S. A.


SIEMPRE ARRIBA!
SERIE GRAFICA
CIGARRILLOS
PARTICULARES
PARTICULARES
TRUST
Cigarrillos
PARTICULARES

De la "mesma" lonja salen los tientos...



Cigarrillos

PARTICULARES y *Gavilán*

-CALIDAD INTACTA-

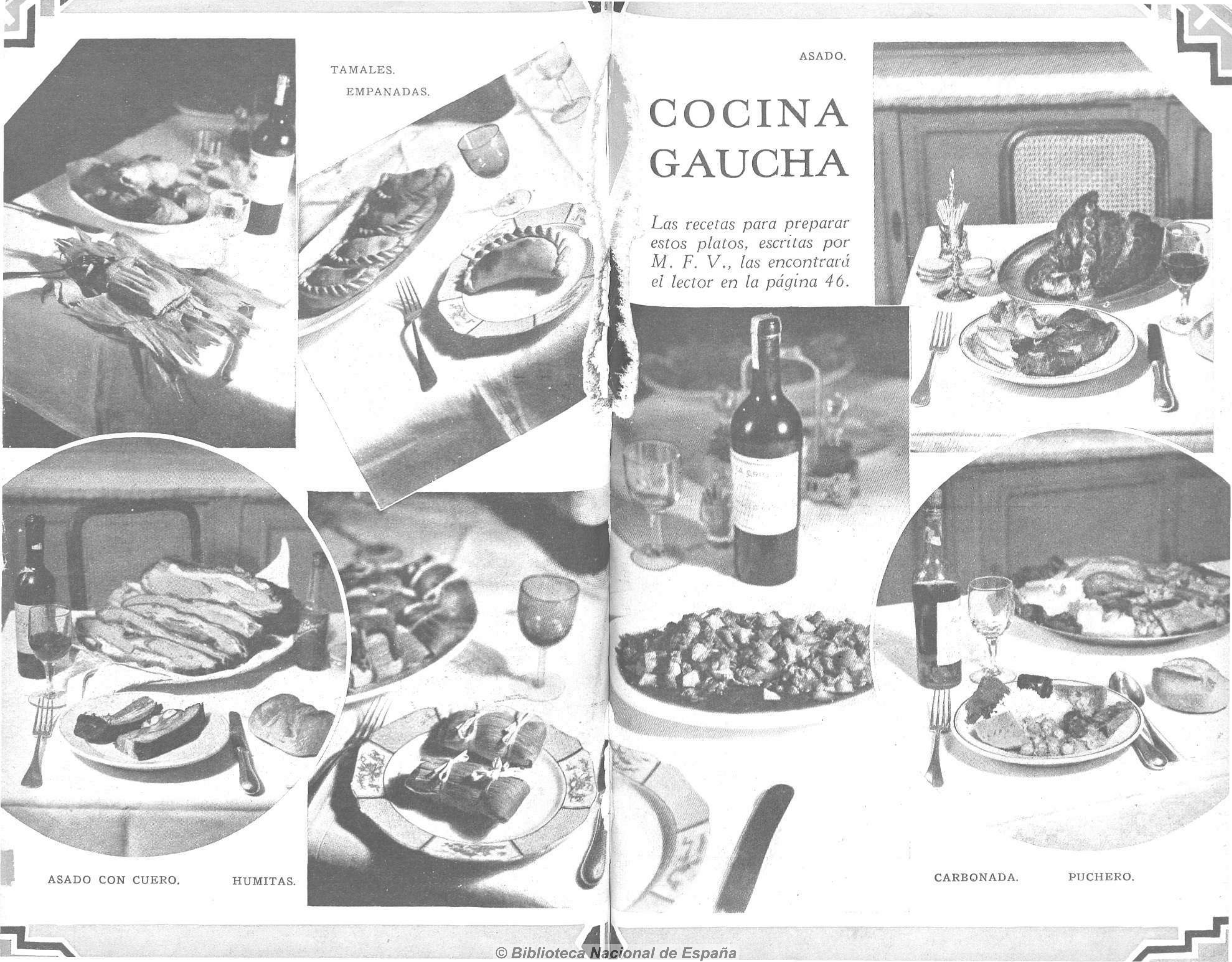
GAUCHOS *de* CABARET

La danza criolla se desenvuelve gallardamente aunque le falte la luz del sol de la pampa y el aire con olor a gramilla.



Un conjunto criollo "pour l'exportation", con chinas estilizadas y gauchos exóticos.

Los zorzales gauchos cantan sobre la barandilla del palco como lo harían sobre la rama de un ombú.



COCINA GAUCHA

Las recetas para preparar estos platos, escritas por M. F. V., las encontrará el lector en la página 46.

TAMALES.

EMPANADAS.

ASADO.

ASADO CON CUERO.

HUMITAS.

CARBONADA.

PUCHERO.



Los gauchos de carnaval

Un conjunto gauchesco de hace una ponchada de años, cuando bajo la peluca no se usaba gomina.

Gauchito dispuesto a sacudir un talerazo.

Un pequeño gaucho bien "empilchao".

Un payador con toda la barba.

"Rancho tradicional" que obtuvo una vez un primer premio.



Es el hada linda de las tradiciones. Conserva rasgos de su pasada hermosura, de cuando se la mentaba como flor. Preside la alegre reunión campera, recordando los años mozos, y alguna vez sale a bailar, instada por la concurrencia.

Los primeritos en llegar aguardan impacientes a los invitados. El dueño ceba, y uno de los bordoneros se ensaya.



¡Ahí no más empezó "el llanto"!, la bonita danza en la que hay lágrimas fingidas y, a veces, verdaderas.

Todo el sentimiento de la pampa en labios de una mujer.

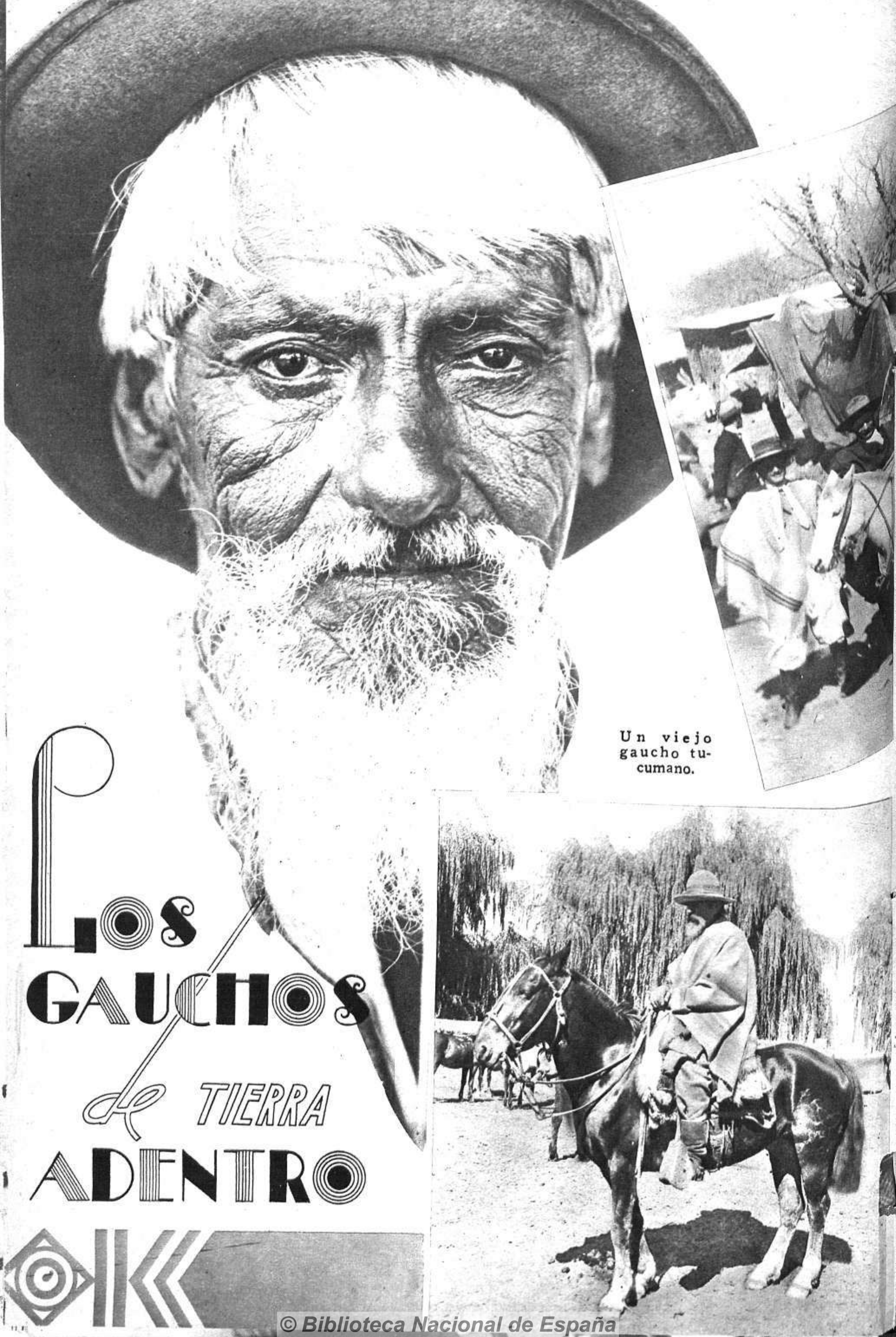


Pensando en que va a estar junto a ella.

La difícil conquista de la sortija.

"¡Mirá qué orgulloso viene tata! No es pa menos, con lo que trae en ancas".

Una pareja que se luce entre los aplausos de unos cuantos, mientras otros los "envidean"...



LOS GAUCHOS de TIERRA ADENTRO

Un viejo gaucho tucumano.



Desfile de gauchos salteños en una fiesta patronal.

Una campesina del norte.

El entierro del angelito, en la región de Cuyo.

Las CARRETAS

Entre la carreta primitiva de la época colonial y el camión de los días presentes, tuvo el campo argentino este sencillo medio de transporte.

En las horas de descanso sirve la carreta de cómodo reparo.

El buey manso y fuerte, compañero en las jornadas lentas y monótonas del gaucho carretero.



—Me gusta porque no es manca
aunque sea bravo el enriedo,
y porque no tiene miedo
que un gaucho la lleve en anca.



—¿Por qué al amor lo sofrena,
si a su corazón domina?
Levante esos ojos, china,
pa que el sol se escuenda'e pena.

LOS MILICOS



Frente a las indiadas, el gaucho supo cumplir como bueno. El "Martín Fierro" nos cuenta hazañas y más hazañas, interminables penurias, realizadas y sufridas por los gauchos, que envejecían, sometidos a la disciplina, gruñones, heroicos, semejantes a los de la guardia napoleónica.

Y fué asimismo milico de "polecía", para perseguir gauchos matreros y criminales. En los fastos del gauchaje, era — y es aún — una lucha fratricida, donde el vencedor siente pena ante el enemigo caído.

ESCENAS CAMPERAS

AL AMOR DEL FOGON

No hay tiempo para dormir: la hacienda puede soliviantarse. Pero siempre le queda al gaucho espacio para matear al calorcito de la hoguera. Y los dichos y los recuerdos ayudan a esperar la hora de la partida, alegremente, al amor del fogón improvisado bajo el árbol protector.



Nota obtenida con el gentil concurso de las señoritas Nelly Omar, Lidia Guzmán y Tita Vidal, y de los señores Antonio Molina, Francisco Pereira, Felino S. Dorrego, Fco. Pereira (h.) y Clovizo Querel.





Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando;
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

"Martín Fierro", I



CON LA
EN LA



Yo soy toro en mi rodeo
Y torazo en rodeo ajeno;
Siempre me tuve por güeno,
Y si me quieren probar,
Salgan otros a cantar
Y veremos quién es menos.

"Martín Fierro", I

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando;
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno, en un apuro,
Me ha visto andar titubiando.

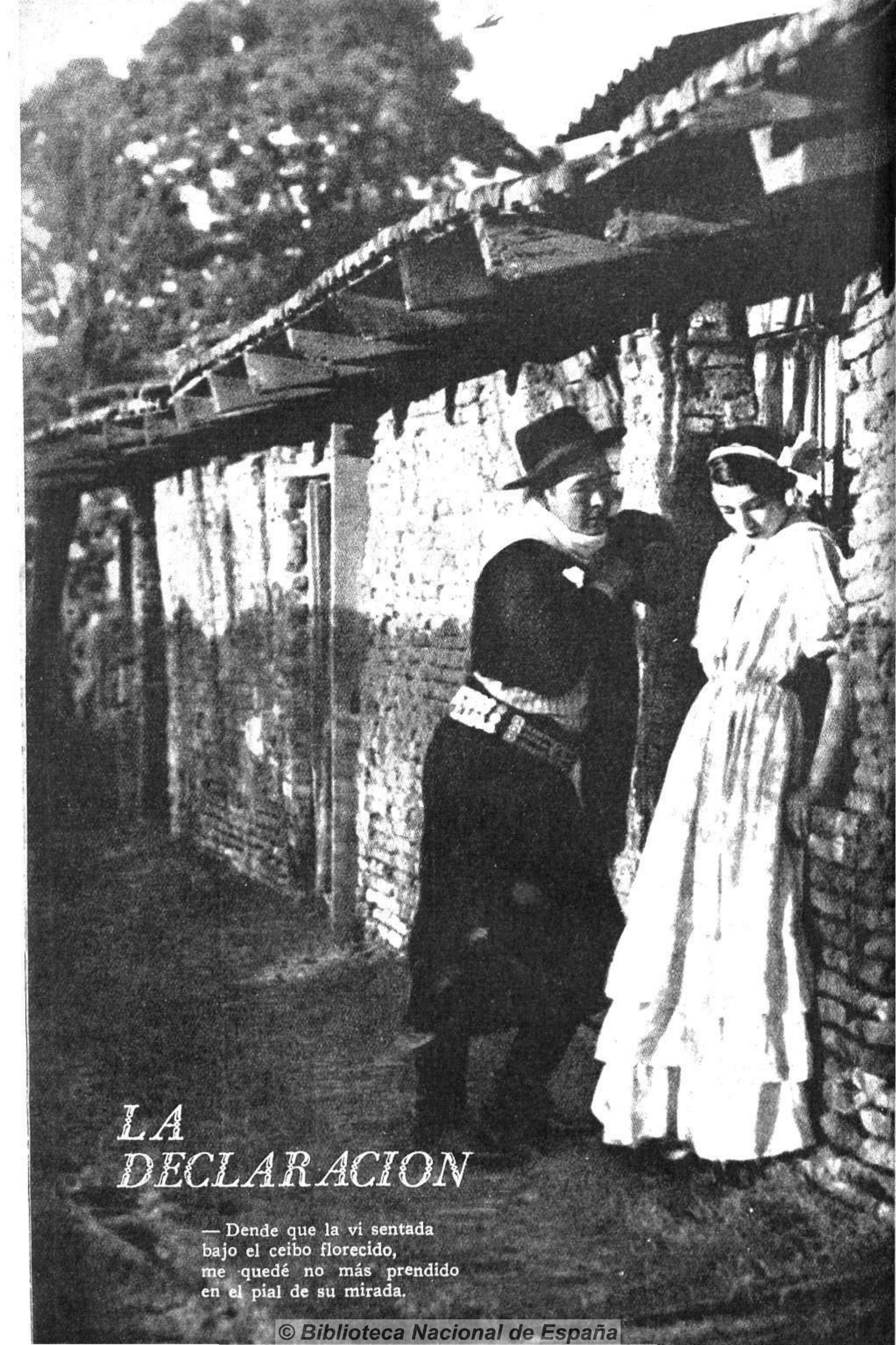
"Martín Fierro", I

VIGÜELA
MANO

¡Ah, tiempos!... Era un orgullo
Ver jinetear un paisano.
Cuando era gaucho baquiano,
Aunque el potro se boliase,
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

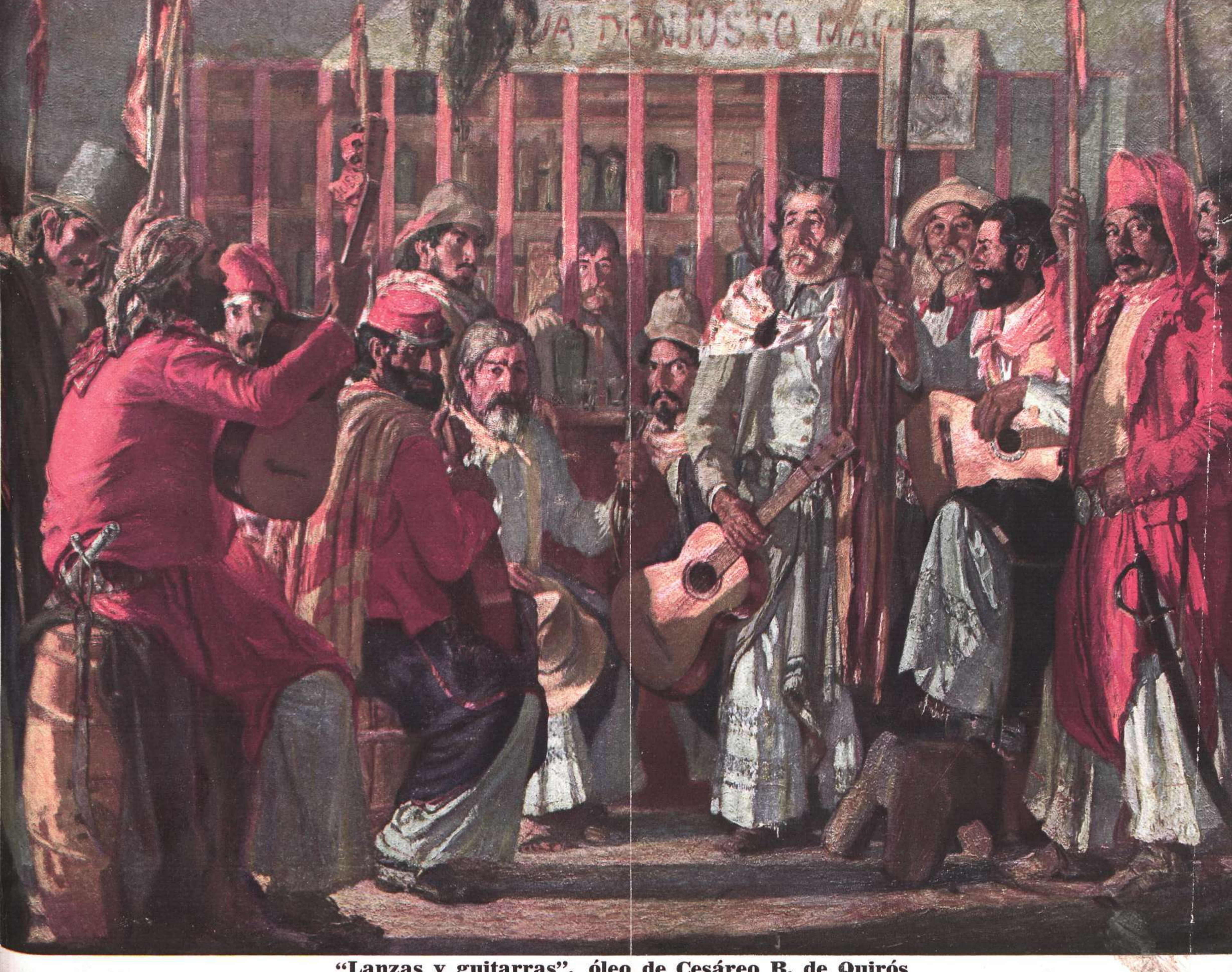
"Martín Fierro", II





LA DECLARACION

— Dende que la vi sentada
bajo el ceibo florecido,
me quedé no más prendido
en el pial de su mirada.



"Lanzas y guitarras", óleo de Cesáreo B. de Quirós

ACEITE PURISIMO DE OLIVA
ESPAÑOL

YBARRA



LATA AZUL

•

EL TIPO MAS DELICADO FINO Y REFINADO QUE SE IMPORTA EN LA ARGENTINA

•

PIDA EN TODO EL PAIS, EL ENVASE ECONOMICO DE ACEITE PURISIMO DE OLIVA CREADO POR

YBARRA

•

Mencionando este aviso y mandando su dirección recibirá gratis una muestra de nuestro aceite purísimo de oliva.

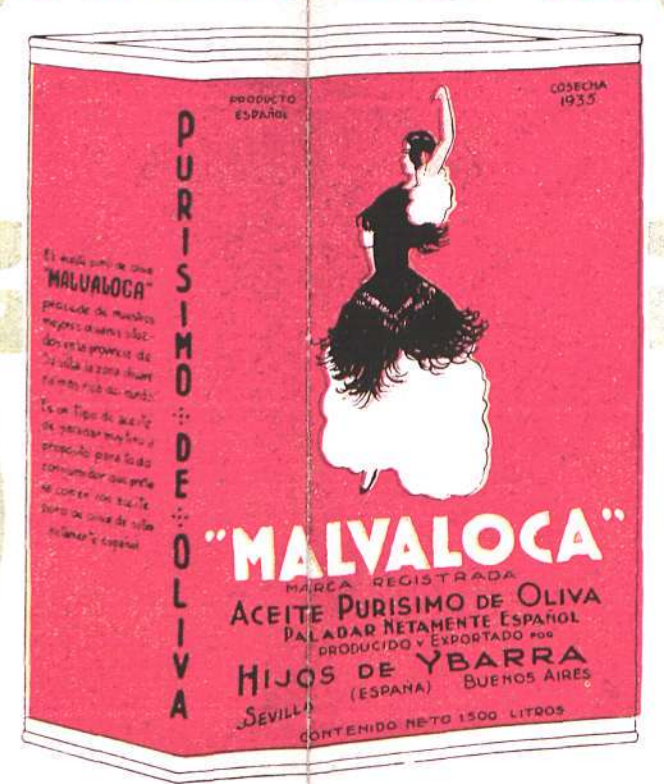
EXIJA

NUESTROS ACEITES PURISIMOS DE OLIVA Y NUESTRAS DELICIOSAS ACEITUNAS MANZANILLA FINA

•

OTRO PRODUCTO

MALVALOCA



ACEITE PURISIMO DE OLIVA INTENSAMENTE FRUTADO AROMA Y GUSTO NETAMENTE ESPAÑOLES

ACEITE PURISIMO DE OLIVA
ITALIANO

YBARRA



LATA ROJA

•

GARANTIZAMOS QUE ESTE ACEITE, ES PURO DE OLIVA, Y PROCEDE DE LAS MEJORES ACEITUNAS CRIADAS EN LA RIVIERA DE LIGURIA (ITALIA)

•

YBARRA

ES LA UNICA CASA EN LA ARGENTINA ESPECIALIZADA EN ACEITES PUROS DE OLIVA

•

HIJOS DE YBARRA S. R. L. - Cabrera 3673 - Bs. Aires.

LA VIDALITA

Con tus trenzas negras,
vidalita,
me pialaste fiero.
Una enriedó mi alma,
vidalita,
y la otra mi cuerpo.



Si en medio'e la noche,
vidalita,
te despierta un ruido,
no te asustés nunca,
vidalita,
que son mis suspiros.

E. S.

EL TRUCO

JUEGO GAUCHO

—¡Mate y venga, compañero,
que al truco estamos jugando!
—¡Quiero, no más, y retruco!
—¡Pues yo quiero, y vale cuatro!

— En el jardín del amor
me encontré con una niña
más hermosa que una flor.

— Si la flor usté ha mentao,
sepa que esta otra corté
pa ofertársela, cuñao.

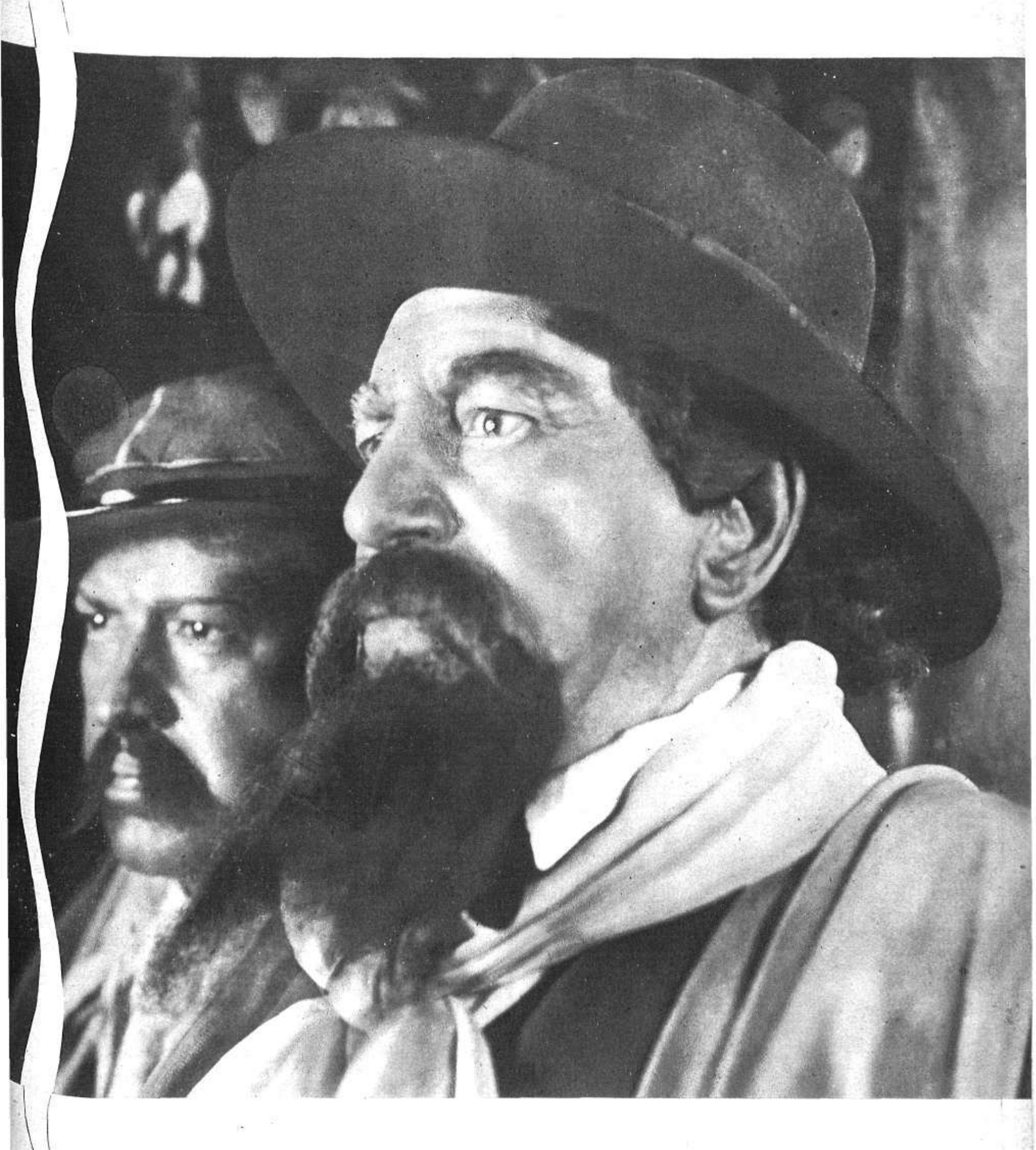
—¡Qué había sido jardinero,
sin oler la contraflor!
—¡Ahi, no más, a puntos quiero!


El objetivo sorprende lo que
el contrario no logró ver:
la seña del as de bastos.


—¡Envido!
—No ha venido, ¡so atrevido!



—Agradezco la atención,
y en este mate' el estribo
llevaré el ricuerdo vivo
de tu dulce corazón.



El comisario

Junto al gaucho, esta otra silueta recia y también criolla del comisario del pago. Había en él algo de caudillo y cacique, de familiar y despótico. Era el amigo y el enemigo del gaucho. Impuesto por la civilización en pleno desierto pampeano, no terminaba de ser lo que debía y, con el transcurso de los años, minado por la política, el juego y otras malas artes, terminaba siendo tan salvaje como aquellos indios y gauchos alzados que tenía por deber y obligación combatir. Este comisario-gaucho mucho ha influído en nuestra vida política, y está aguardando la pluma que no lo deje perder en el pasado como tantas otras cosas gauchas que irremisiblemente se olvidaron para siempre. Lo encarna aquí, para la versión cinematográfica de "Juan Moreira", el veterano Antonio Podestá.



DON SEGUNDO SOMBRA

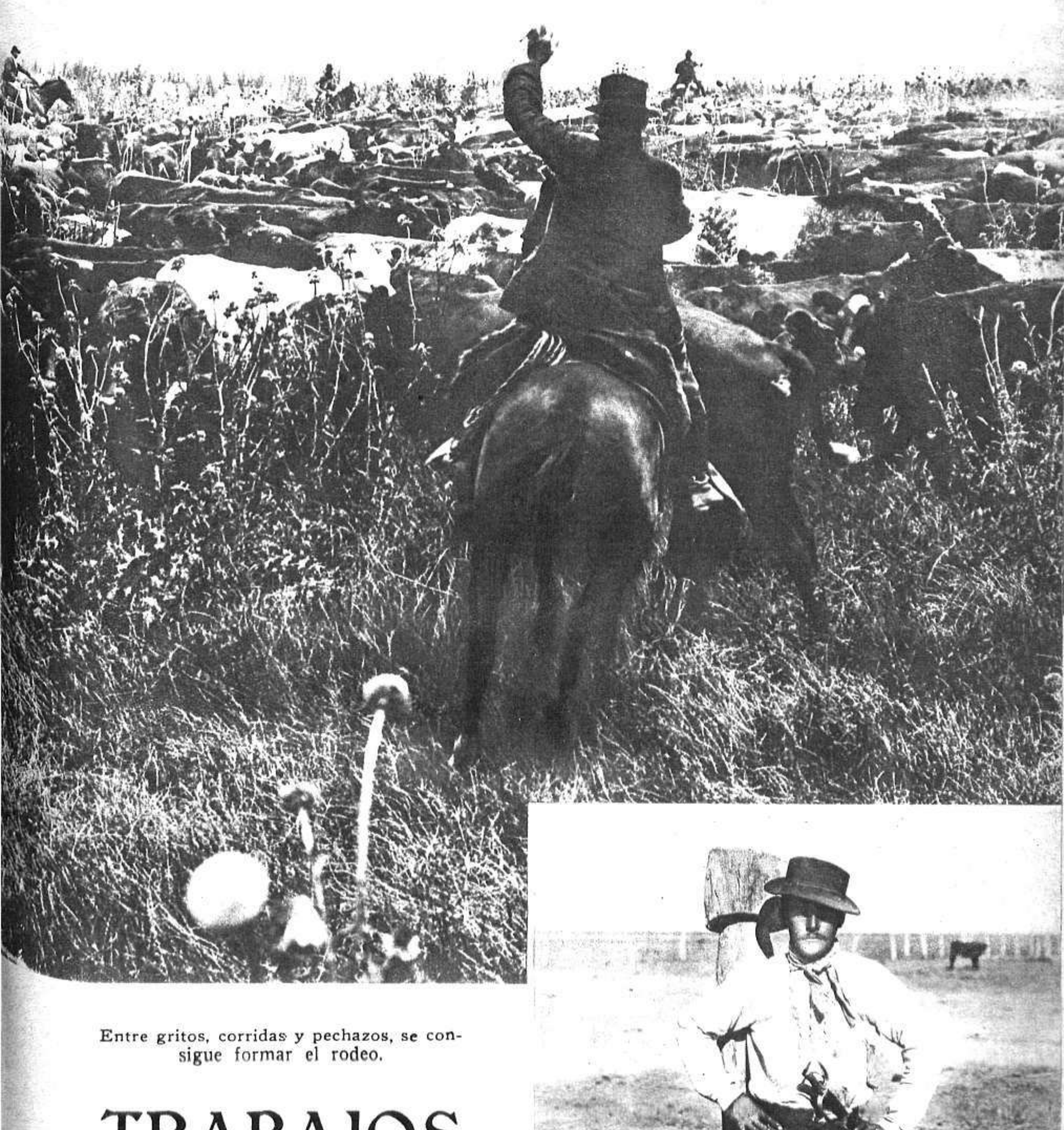
Ultimo retrato de don Segundo Sombra con su firma autógrafa.

Entre mate y mate, va trenzando recuerdos.

Aquí aparece con su nietita Juana María en brazos. Foto tomada hace siete años.

Sobre el brocal del pozo de su casa gaucha.

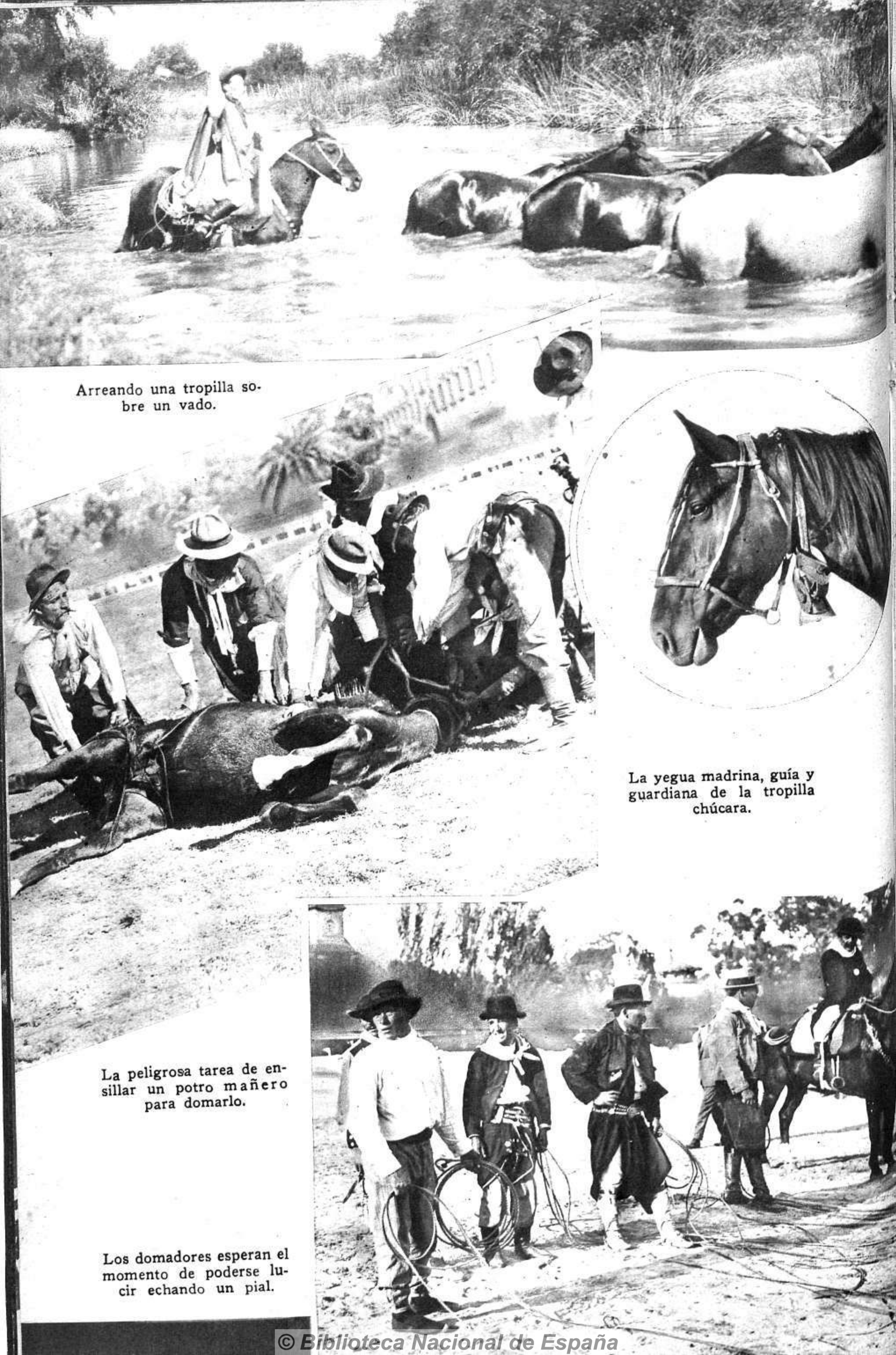
Lea el artículo que publicamos en la página 36.



Entre gritos, corridas y pechazos, se consigue formar el rodeo.

TRABAJOS de CAMPO

Como resabio de añejas y olvidadas costumbres, conserva este domador las botas de potro y el facón con empuñadura de sable.



Arreando una tropilla sobre un vado.

La yegua madrina, guía y guardiana de la tropilla chúcara.

La peligrosa tarea de ensillar un potro mañero para domarlo.

Los domadores esperan el momento de poderse lucir echando un pial.

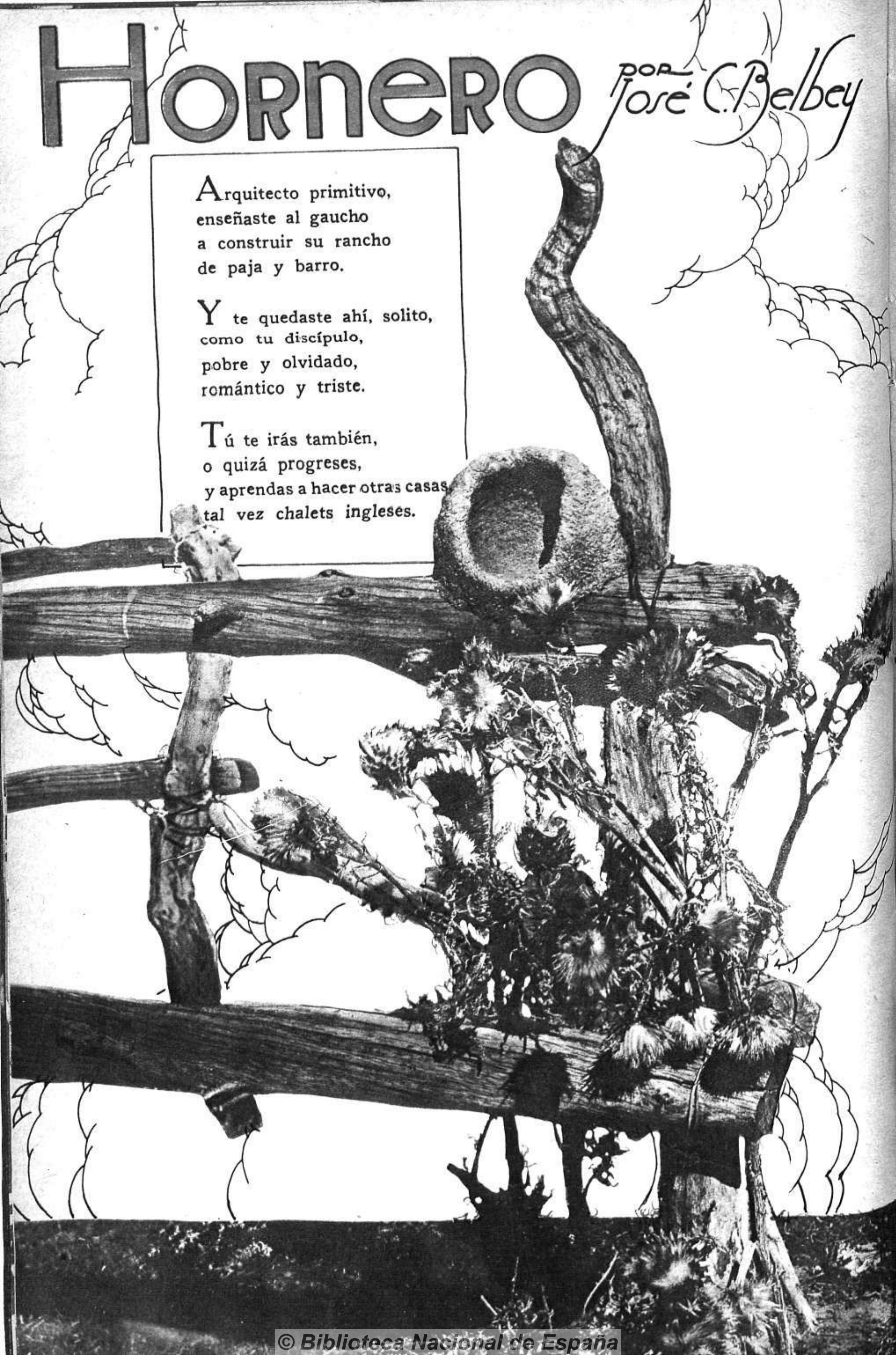


Reseros y domadores caen a "las casas".

La tarea paciente de preparar unos bastos "pa'l recao".

Salvando el cuero de un animal muerto en el campo.

El transporte de la carne se hace en este original carrito.



Hornero

por José C. Belbey

Arquitecto primitivo,
enseñaste al gaucho
a construir su rancho
de paja y barro.

Y te quedaste ahí, solito,
como tu discípulo,
pobre y olvidado,
romántico y triste.

Tú te irás también,
o quizá progreses,
y aprendas a hacer otras casas,
tal vez chalets ingleses.



El duelo se efectúa a veces en el primer lugar del encuentro y sin testigos.

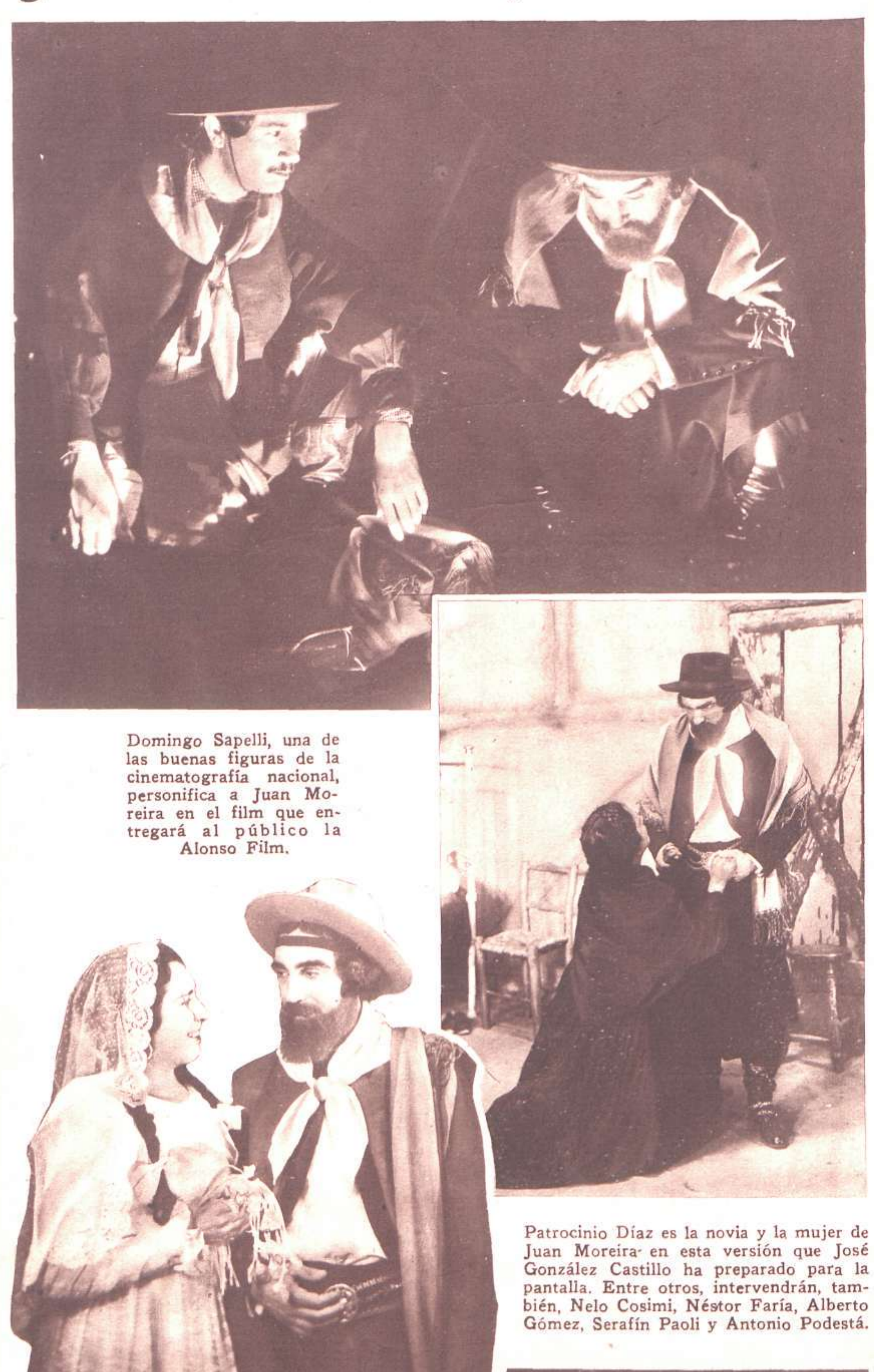
El DUELO GAUCHO

Por LEANDRO RUIZ MORENO

Ni la palabra pelea, ni la otra de riña, usadas habitualmente, corresponden al significado del duelo gaucho. Ambas pertenecen al hecho común, la pendencia, y trátase de la lucha entre dos o más personas, y a veces animales, que no se ajustan a ninguna ley, fuera de la ansiada de eliminar por todos los medios, legales o no, al enemigo que los combate. La palabra duelo es la que define al combate singular del gaucho, ya que su desarrollo se rige por ciertos principios de caballerosidad — herencia hispana — que acatan los contrincantes en todas sus partes, y si bien

(*Continúa en la página 134*)

Juan Moreira, *film argentino con letra de González Castillo*



Domingo Sapelli, una de las buenas figuras de la cinematografía nacional, personifica a Juan Moreira en el film que entregará al público la Alonso Film.

Patrocinio Díaz es la novia y la mujer de Juan Moreira en esta versión que José González Castillo ha preparado para la pantalla. Entre otros, intervendrán, también, Nelo Cosimi, Néstor Faría, Alberto Gómez, Serafín Paoli y Antonio Podestá.



JUNTO AL FOGON

LA reunión de la cocina tiene para el hombre de campo un atractivo irresistible; tiene encantos que sólo él comprende. Allí, alrededor del fuego, mientras se prepara la cena y circula el sabroso mate, ellos se comunican alegremente las novedades del día. Se refieren con mutua cordialidad todas sus observaciones; cuanto han visto en el campo, los animales que han encontrado, los episodios del trabajo, las ocurrencias más minuciosas, y cuanto forma el movimiento de la vida diaria, llena siempre para ellos de accidentes nuevos.

Allí son las ocurrencias originales, los equívocos ingeniosos, los juegos de palabras llenos de sutileza y de intención. Allí aparecen las relaciones de sucesos pasados, la historia de las campañas hechas, sus andanzas y sus peligros, las novedades que han presenciado u oído; las hazañas de otros y las suyas propias, las empresas acometidas, los peligros corridos, los medios ingeniosos rápidamente empleados para salvar de ellos; y todo esto en una conversación animada, llena de colorido, de comparaciones originales, de juicios y comentarios chispeantes.

Todo el mundo es escuela.

El fogón es alegre por excelencia.

El fuego disipa las tristezas. Ver la llama distrae infinitamente. Se comprende sin dificultad que sean esencialmente sociables los pueblos del norte de Europa, donde los hielos obligan a los hombres a permanecer muchas horas reunidos alrededor del fuego.

Ver ondular la llama, seguir los variados caprichos de su giro, es tan entretenido como ver correr el agua; y es sabido que se reputa como un eficaz remedio contra la tiricia llevar al enfermo a un paraje en donde permanezca algunas horas contemplando la corriente.

¡Cuánto se oye junto al fogón!

JOSE HERNANDEZ

EL GAUCHO ALZADO QUE PAGO SU DEUDA

Glosa de una tradición santafecina

de RAMON J. LASSAGA

Su nombre se ha olvidado, aun cuando fuera posible encontrarlo en los expedientes criminales que en el Archivo de Santa Fe se conservan. Era hijo de un peón que se crió y murió en una de las estancias vecinas a la ciudad. Nació en el humilde rancho puestero, sin aprender otra cosa que el Bendito. Era valiente como el que más y con las fuerzas de un toro. Al principio tuvo por admiradores a los hijos de su patrón, los que embelesados escuchaban la narración de sus hazañas y las peleas sin más arma que el facón y el poncho enrollado.

Pronto abandonó las casas. Llegó a hombre sin saber lo que era trabajar. Pasó sus días entre el galpón del baile y la ramada de la pulpería. Sus manos no se ocupaban más que de pulsar la guitarra o manejar las grasientas barajas con habilidad de mago. El porrón de caña brasileña, de vez en cuando, inspirábalo haciéndolo cantar; otras ocasiones enardecía su ánimo y el facón salía a relucir con imponente presteza.

Hombre ya, a veces, encontrábase frente a los niños y éstos, hombres a su vez, aconsejábanlo e incitábanlo a abandonar aquella existencia de gaucho pendenciero y vago.

Una noche jugó y jugó hasta perder la última moneda. Después de vaciar su tirador, entregó su botonadura de plata y tras ésta su apero y hasta el caballo. Como última esperanza de su partida con la pícara suerte colocó sobre la mesa un facón que para él era sagrado, regalo hecho a su padre por el patrón en prueba de reconocimiento. El tallador comenzó a descartar una a una las barajas, como gozándose de la agonía del gaucho. Las apuestas se cruzaban entre risotadas y burlas. Al fin salió la carta del contrario. Una sota. Y cuando éste iba a recoger el facón, el gauchito, rápido como luz mala, empuñó el acero y lo hundió en la garganta del ganador. Entre la gritería del gauchaje, volteó el candil y, saliendo al campo, lanzóse sobre el lomo de su caballo y desapareció en las sombras.

Desde entonces fué el terror de la comarca. Se decía que mataba por placer y su cabeza tuvo precio. Al fin, acorralado, cayó preso y fué a parar a la cárcel de Santa Fe, donde le engrillaron y encerraron en un calabozo.

Don Juan Manuel de Lacerda, hijo de estancieros de Santa Fe, llegó por aquellos días a conquistar una fama poco común en la ciudad. Recibido de médico, pronto disputó víctimas incautas a los muchos curanderos que allá había y, como era joven y de inteligencia despierta, convirtióse en algo así como un ídolo. Se le buscaba con ahinco y, pobres y ricos, imploraban su atención. Llamado un día para que atendiera a un famoso criminal que iban a condenar a muerte y que, muy enfermo, se hallaba en la cárcel, acudió a ella. Tendido en un inmundo colchón, un gaucho en el cual la fiebre y la miseria no habían logrado amenguar la arrogancia, en cuanto lo vió, dijo:

—¿Cómo le va, niño?

En el infeliz el médico reconoció al compañero de su infancia. Hizo lo posible para aliviarlo y recomendó que lo despojaran de los grillos. Tras la primera visita vinieron otras. El gaucho comenzó a mejorar. Habló como siempre, con gracia y habilidad. Prometió que se enmendaría y, como hay algo que puede más que todas las obligaciones y compromisos, el médico, sin decírselo directamente, fué mostrándole cómo podía aprovechar la oportunidad y huir de la cárcel.

El gaucho no aguardó más. Adivinó la intención del hijo de su viejo patrón y un día, aprovechando un descuido del centinela, atropelló la puerta donde estaba la guardia, saltó sobre el primer caballo que encontró a tiro y volvió a desaparecer. Pasada la primera sorpresa, no faltó quien achacara al médico la culpa de lo ocurrido y fué así como éste perdió simpatías y, poco a poco, quedó sin clientela.

Por aquel entonces, el comercio de mulas había tomado singular incremento entre Santa Fe y las ciudades del Alto Perú. Centenares de cabezas eran conducidas y vendidas a buenos precios en Potosí y La Paz. El viaje no carecía de peligros y, en particular, para el regreso, cuando se conducía la ganancia convertida en barras de metal, tejidos y otros productos norteños, convenía precaverse del encuentro con los indios y gauchos alzados.

Siguiendo la corriente y deseoso de hacer fortuna, Juan Manuel de Lacerda resolvió iniciarse en el fructífero comercio. Empleó todo el dinero de que disponía en un primer viaje. Vendió rápidamente los animales y, acomodando el dinero en talegas y guardándolo en sólidas petacas, dispuso su regreso a Santa Fe.

Todo fué bien. Pero, al salir de Tucumán, cuando menos lo esperaba, fué asaltado por una partida de gauchos, despojado de su tesoro y maniatado como un prisionero. Así, sin saber para qué punto le llevaban, el desventurado e incipiente traficante, pasó dos días. Sin resultado imploró a los bandidos que le permitieran hablar con el que capitaneaba la partida. Mas éste, gaucho hosco e intratable, del cual no había logrado ver la cara, negábase en absoluto a atender sus súplicas.

Así y todo, a la tercera noche, cuando Lacerda, rendido, dormía en un rincón de la tapera donde habían hecho alto, sintió que alguien cortaba sus ligaduras y le decía, débilmente:

—No se asuste, niño . . . Soy yo . . .

Juan Manuel reconoció la voz del compañero de su niñez. Lo obedeció. Salió en silencio del rancho. Montó en la cabalgadura que el gaucho le preparó y recibió de éste el dinero del cual le habían despojado.

Todavía las luces del alba no iluminaban el horizonte. En el campamento todo era silencio.

—Ahora, niño, márchese cuanto antes y, por Dios, ¡que no vuelva a encontrarlo en mi camino!

El gaucho le estrechó la mano y luego de señalarle el rumbo que debía seguir, todavía agregó:

—Perdóneme, soy un gaucho malo; pero pago siempre mis deudas.

Así, aunque con mayor latitud y bellas palabras, narra Ramón L. Lassaga, en sus *Tradiciones y recuerdos*, la historia de este gaucho agradecido que, en medio de su vida de crímenes y desenfreno, no perdió la rectitud de carácter ni la nobleza de corazón. Como todos ellos . . .





LA CUADRERA: donde triunfa el caballito criollo

¿DÓNDE buscar el origen de la palabra "cuadrera"? Julio A. Quesada, que le ha dedicado un interesante trabajo, dice con justeza, que en la época de la colonia las suertes de tierras se medían por cuadras y como las primeras carreras se corrieron sobre terrenos que tenían por ellas señaladas las distancias, allí está el origen de la palabra, hoy incorporada al idioma.

Las cuadreras fueron una de las mayores diversiones de orden popular. Tuvieron su auge en la provincia de Buenos Aires en la época de Rosas y en los días posteriores a Caseros. La cuadrera y la sortija eran indispensables en cualquier reunión gaucha y fueron famosas en los viejos partidos de Chascomús, Luján, Veinticinco de Mayo y San Pedro. En la Capital se corrieron en los bajos de la Recoleta, y en la parte sur de la ciudad, por el camino de tropas de la calle Arena. Hasta hace unos veinte años, en Belgrano y en Palermo, del otro lado del hipódromo, corriéronse carreras y hasta en los mismos días y horas de las oficiales. Otras canchas fueron las de la actual avenida Luis María Campos, entonces "camino de Cañitas", y lo que era la quinta de Samuel B. Hale, y por Gaona donde está el hospital Durand, y por todas partes donde hubiera criollos de ley dispuestos a hacer una buena parada.

Entre los viajeros extranjeros que escribieron sobre las cosas gauchas, E. E. Vidal dedica algunas páginas y acuarelas a las carreras cuadreras; el padre Grenón nos ha referido detalles interesantes sobre una carrera de caballos del año 1808; y con ellos, aunque brevemente, se ocuparon Alfredo Ebelot, en *La Pampa,* W. H. Koebel en *El romance del Río de la Plata,* Wilfredo Latham, Cunninghame Graham en muchos pasajes de sus incomparables cuentos, y, finalmente, el ya citado Quesada en su *Carreras cuadreras,* de reciente aparición y el más completo de todos los datos, reglamentaciones e ilustraciones que contiene.

El criollo corría siempre en pelo. El lomo del animal es el mejor recado y la crin de la cruz su mejor sostén.

La cuadrera tenía gran renonancia en todo el pago. Concertada con muchos días de anticipación, atraía gran cantidad de forasteros mezclados con la gente del lugar. Conocíanse en sus menores detalles las paradas tomadas de antemano. Era una fiesta de legítimo criollismo: gauchos, caballos, guitarras. Rivalizaban los paisanos en los recados de bastos con sus cabezadas de oro y plata; las riendas y bozales de cuero con aros de los mismos metales; los estribos y la pulcritud del lazo trenzado sobre el costado izquierdo del anca del flete. Todo daba una sensación de colorido y alegría que ya se va haciendo difícil ver; todavía, el grupo de mujeres de campo, bien empolvadas, con sus trenzas y amplias polleras que las hacían inconfundibles como la flor del pago. Y, desde luego, con chaqueta negra, pañuelo de seda al cuello y amplias bombachas sobre las botas charoladas; el comisario, con la correspondiente escolta de quepis requintado y sable sonando a latón con abolladuras multiples.

Según parece, la primera reglamentación de carreras cuadreras la hicieron los correntinos, por allá, por el 1856. En 1870, siendo gobernador Emilio Castro, lo tuvo la provincia de Buenos Aires, siendo el que rigió casi hasta hoy todas las cuadreras buenamente toleradas por la autoridad policial. En la actualidad, los reglamentos básicos de las provincias de Corrientes, Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe son suficientes para demostrar el arrastre que entre los criollos tienen las carreras cuadreras. Y la inteligente actitud de esas autoridades, demuestra cuánto acierto hay en encauzar aquellas prácticas criollas que es un deber mantener puras y latentes.

Dibujo de Faber



LA TAPERA

Por
Godofredo Daireaux

Dibujo de Valdivia

En la verde loma, está el árbol solitario, meneando suavemente sus ramas. Es un sauce llorón, viejo ya, cuya cáscara está, en mil partes, roída por el diente destructor de las ovejas.

Las vacas vienen, perezosas, a refregarse en su tronco, y lo hacen pulido, relumbroso. Tratan, estirando la punta roma del hocico húmedo, de alcanzar con la lengua la extremidad de sus primeras ramitas.

Nada lo protege ya contra sus ataques; el tiempo ha borrado las zanjas; el pasto cubre, casi íntegro, el lugar que fué el corral de las ovejas.

Parece llorar el árbol abandonado, la ausencia de aquel que lo plantó. La sombra, inútil ya, no abrigará más a aquella alegre bandada de niños, que venían a jugar a sus pies, y a quienes ha visto crecer. Los pajaritos han dejado de hacer en él su nido; solo, el carancho ha elegido domicilio en sus ramas altas, y de su cumbre, acecha al cordero dormido.

Tristemente, sopla el viento en su cabellera, y de noche, el transeúnte oye gemir el árbol. Las caricias del sol le son indiferentes, y luto es, para él, hasta su traje primaveral.

¡Está solo!...

El humilde rancho ha desaparecido, con sus perros bulliciosos y turbulentos, con el balido de sus ovejas. La familia se fué a otros pagos, llevándose todo, su rebañito, su pobre equipaje y sus esperanzas. No ha dejado más, alrededor del solitario, que un hornito en ruinas, que ya no se verá coronado de alegre humareda, y abrojos, y espinas, inevitable vestigio del pasaje del hombre...

¡Cuántos corazones humanos son una tapera!

INDUMENTO GAUCHO



1 — Chambergo.
2 — Vincha.
3 — Barbijo.
4 — Golilla o pañuelo de cuello.
5 — Blusa.
6 — Tirador con rastra.
7 — Poncho.
8 — Rebenque.
9 — Chiripá.
10 — Espuelas.
11 — Botas.
12 — Lazo.
13 — Cojinillo.
14 — Sobrepuesto.
15 — Boleadoras que forman la grupa.
16 — Testeras del bozal.
17 — Freno.
18 — Riendas.
19 — Botas.
20 — Pretal.
21 — Estribos campanas.

Dibujo de Caballé



LA GALERA, abriendo camino al ferrocarril

"No hay mal que no se acabe; pero hay males que duran mucho, y, entre ellos, ninguno como un viaje nocturno en galera", escribía hace ya muchos años aquel amigo de las cosas gauchas que fué don Godofredo Daireaux.

La galera, las mensajerías, comenzaron a adquirir importancia después de la caída de Rosas, cuando el país se pacificó y desaparecieron las temibles partidas. Fué la avanzada del ferrocarril. Acercó a los pueblos. Formó caminos. Unió a la ciudad con el campo.

Eran coches enormes, en cuyo interior cabía más o menos, cómodamente, hasta una decena de personas. En la parte superior, a duras penas contenidos por la baranda y los lazos, iban los bultos, los equipajes, las encomiendas y todo cuanto los viajeros podían llevar.

Sus cuatro enormes ruedas dejaban profunda huella en los campos. Se hundían hasta los cubos cuando llovía. Dejaban tras de sí una nube de polvo en las épocas de sequía. Desde lejos divisábase su mole imponente, recortándose en el horizonte, sola entre la inmensidad de la pampa y el cielo. Llegaba con gran estrépito de hierros y cristales, cascabeleo de collares y resoplar de los caballos. En la posta, en las paradas, era saludada por la gritería de los chiquilines y el ladrar del perrerío.

A veces, cuando el trayecto era muy largo y no había dónde renovar la caballada, acompañábala la tropilla de repuesto. Llevaba enganchados diez o doce animales. Cada yunta, bastante distanciada, llevaba su jinete, el que enarbolaba un largo arreador, con el que fustigaba a las bestias.

Don Timoteo Gordillo, hombre de empresa y ejemplar optimismo, fué de los primeros en organizar los servicios de diligencias en nuestro país. En 1856 importó de los Estados Unidos varios carros y carruajes destinados al transporte de pasajeros y mercancías. En sus memorias refiere cómo hizo llegar en tres embarcaciones especialmente fletadas, cien carruajes, ciento cincuenta carros de cuatro ruedas y de elásticos, mucha maquinaria agrícola y dos molinos.

"Los estancieros daban cuantos potros de desecho necesitaban — dice un cronista de la época. — Eran malos pero no costaban nada. Los vecinos, muy satisfechos con tener una galera, único lazo que uniese al mundo con distritos apartados, se conformaban de muy buena gana con obsequiar de este modo a su mayoral. Pero no tardaron en fatigarse de pagar ese tributo: la gratitud con que es recibido un servicio al principio, se echa pronto a perder por efecto de la costumbre, y la galera, por añadidura, hacía un consumo espantoso de caballos".

Según el censo general de la provincia de Buenos Aires, levantado en 1881, las mensajerías principales estaban representadas por cincuenta y una empresas, que disponían de 262 vehículos, 935 empleados fijos y 10.998 caballos.

En 1855 la empresa más importante era la que tenía asiento en la calle Santa Rosa 125. El viaje se cobraba a razón de cinco pesos por legua y por persona, con excepción de Villa Mercedes, que costaba ocho.

"Era un arca de Noé", dice don Manuel Bilbao.

Y, un poco en broma, Daireaux, agrega, haciendo alusión a los zarandeados y apretujados pasajeros: "formábase una comunidad íntima de padecimientos, y después de media hora de viaje, todos eran como hermanos o, por lo menos, primos".

Dibujo de Valdivia



Santos Vega, el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor,
Como el pájaro en la rama.

Cantar popular.

SANTOS VEGA, SONIFICACION

Poema de RAFAEL

I

EL ALMA DEL PAYADOR

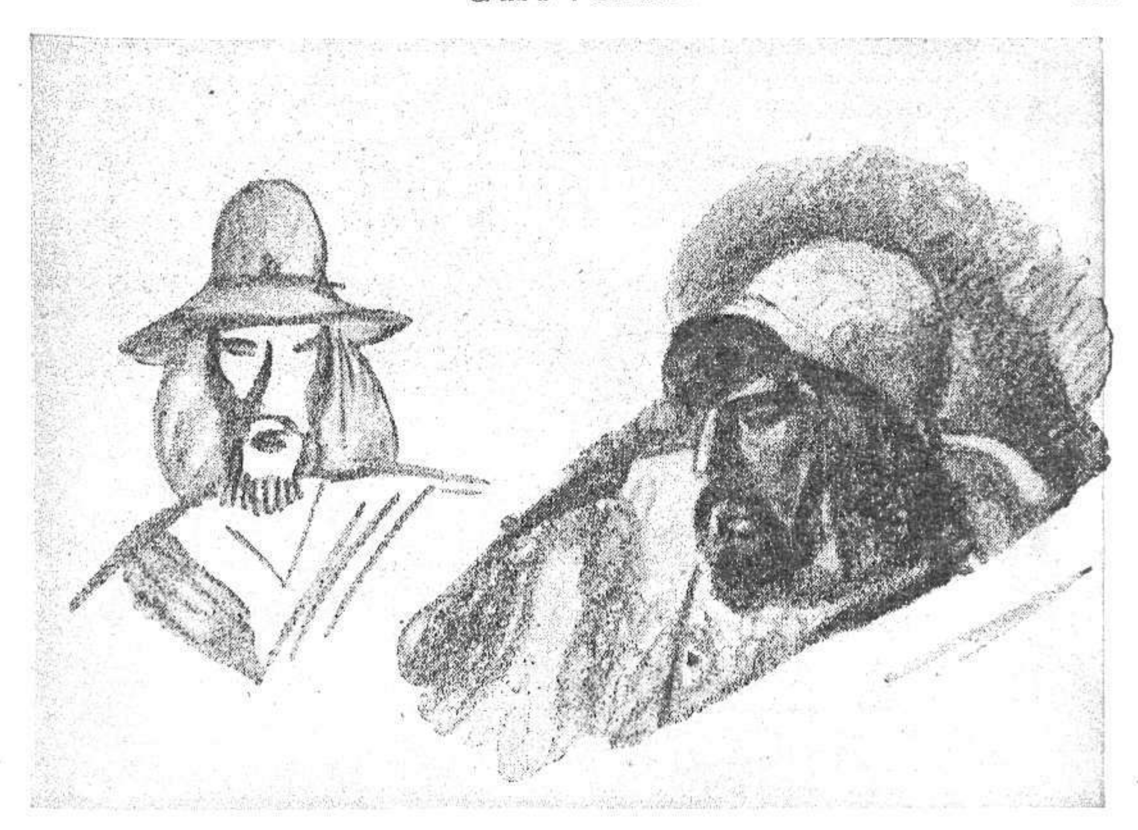
Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina,
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se esancha, y un velo
Va sobre el agua formando
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.



LA LE

ENTRE LAS LEYENDAS PAMPEANAS,
LAS LEYENDAS ARGENTINAS,
COMO LA DE SANTOS VEGA.
ELEVADA PERSONIFICACION DEL
ES EL DIOS DE LA PAMPA. SU HISTORIA,
FUNDAMENTAL DE LA JUSTA POETICA
TINO DE UNA RAZA Y ES LA SINTE
ALGUNA VEZ PERSONA DE CARNE Y
EN VERDADERO MITO, HASTA
EN TIEMPOS DISTANTES Y NEBULOSOS,
DE LOS ORIGENES DE LA NACIONALI
EL MAS POTENTE PAYADOR. SU NUMEN
CION DE ENDECHAS, YA TIERNAS, YA
CRISTALINO Y TRAGICO, INUNDABA EL
SUS MANOS ARRANCABAN A LA GUI
BURLAS, IMPRECACIONES. SU FAMA
CUCHARLO, ACUDIA LA MUCHEDUMBRE
ZONTE. EN LAS "PAYADAS DE CONTRA
NO HABIA EN LAS PAMPAS TROVADOR
QUE ALGUNA VEZ LE HUBIESE HABIDO.
RENDIALE EL HOMENAJE DE SU POE
CHESCA TAN AMANTE DE LA LIBERTAD
ALMA SENCILLA DEL PAISANO, DOMI
SANTOS VEGA ERA EL REY DE LA PAM



PURISIMA PER-
DEL GAUCHO

O B L I G A D O

YENDA

Y PUEDE DECIRSE QUE ENTRE TODAS NINGUNA TAN EXPRESIVA Y POPULAR SANTOS VEGA ES LA MAS PURA Y GAUCHO. ES EL HIJO, ES EL SEÑOR, QUE PUEDE REDUCIRSE AL EPISODIO CON EL DIABLO, REPRESENTA EL DES-SIS DE SU EPOPEYA. AUNQUE FUESE HUESO, TRANSFORMASE SANTOS VEGA CONSTITUIR UN SIMBOLO NACIONAL. ALLI DONDE SE PIERDE EL RECUERDO DAD ARGENTINA, SANTOS VEGA FUE ERA INAGOTABLE EN LA IMPROVISA-HUMORISTICAS; SU VOZ, DE TIMBRE ALMA DE SORPRESA Y ARROBAMIENTO; TARRA ACORDES QUE ERAN SOLLOZOS, LLENABA EL DESIERTO. AVIDA DE ES-DE LOS CUATRO PUNTOS DEL HORI-PUNTO" SALIA SIEMPRE TRIUNFANTE. QUE LE IGUALARA, NI RECUERDO DE DONDE QUIERA QUE SE PRESENTASE TICA SOBERANIA AQUELLA TURBA GAU-Y REBELDE A LA IMPOSICION. PARA EL NADA POR SU CANTO EXQUISITO, PA. (PALABRAS DE CARLOS O. BUNGE).

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan (1)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
"¡El alma del viejo Santos!"

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta; inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.
Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

(1) Brillazón: espejismo.

¿Dónde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.
Le ve venir. Su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado
Como suspiro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza a su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

"Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

"Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio que halaga

Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
¡Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!..."

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano;
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío.
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbre primera,
Se vió una sombra ligera
En occidente ocultarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera.

III

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos a ver
Si en otro pago distante
Hay quien se ponga delante
Cuando se grita: ¡A vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas.
Y el sol reluce en las galas
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroja al aire, gritando:
—"¡Vuela *el pato!*... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!"

Y cada bando a correr
Suelta el potro vigoroso.
Y aquél sale victorioso,
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y a ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,
Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;
Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Lo defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí corren dejando
Por los inciertos caminos
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado:
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Vense, entre hálitos de fuego,
Varios jinetes rodar,
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos,
Y en el aire sacudidos,
Los rojos ponchos ondear.



Huyen en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido, a toda rienda,
"¡*Yo solo me basto!*", grita.
En pos de él se precipita,
Y tierra y cielos asorda,
Lanzada a escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,
Y, golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos,
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando, volviéndose, el joven
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
"¡Santos Vega, el payador!"

Mudos ante él se volvieron,
Y ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.



Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

"Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, ésos vengan
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

"Hoy mi guitarra, en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con sólo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... ¡el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

"Ya Buenos Aires, que encierra,
Como las nubes, el rayo,
El Veinticinco de Mayo
Clamó de súbito: ¡Guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino!, ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman;
A Buenos Aires volemos!

"¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado.
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde;



Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!"

Cuando cesó esta armonía,
Que los conmueve y asombra
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
¡Patria! a sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando a Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Ande colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raiz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas, no hagan ruido,
Los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar a Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima a la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que a Vega cerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador:

Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo: "Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo,
Lo mismo es Pedro que Juan".

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
"Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que éstos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos".

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
"La he besado hace un momento".

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó, de las auroras
Y de las tardes pampeanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué a sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquélla esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado,
La promesa del arado
Que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

(Continúa en la página 126)

El gaucho

Por Carlos O. Bunge

El gaucho se formó en la planicie y bajo un clima templado. Fué el hijo de la pampa, aquel desierto siempre verde bajo un cielo siempre límpido, antes de que la moderna cultura la poblase de industrias y de ciudades. Entrecortaban la desolación del paisaje algún ombú solitario, tal cual bosquecillo de talas, y si acaso el rumor de los arroyos o el espejo de las lagunas, donde miriadas de aves reflejaban sus plumajes de púrpura y de nácar. A lo lejos sorprendía la vista fatigada por la sensación de la inmensidad, el grupo multicolor de caballos cimarrones. Salpicaban el mar de la llanura, como islotes, acá y allá, en grandes manchas calizas, montones de osamentas de vacas silvestres. Cuando por su copiosidad parecían cubrir la haz de la tierra, habían sido sacrificadas por tropas de gauchos, para vender los cueros y la grasa. La carne se abandonaba a los caranchos y chimangos que, posados señorilmente sobre aquellos restos, se dirían mitos de una religión exterminadora. Tras la línea del horizonte estaban los indios, siempre en acecho. Al sonar la hora del malón, brotaban entre el silencio y la sombra, alanceaban a los hombres y a los niños, arrebataban a las mujeres, dispersaban el ganado y huían mezclando en el viento sus ensangrentadas melenas con las crines de sus potros.

Sólo por extensión se aplica ahora el nombre de *gaucho* al criollo de la montaña y de la zona subtropical. El paisano de las *llanuras secas* del interior tenía otra sangre, en mucho mayor proporción mezclada con la diversas razas indígenas y otras costumbres y medios de vida. Era *tropero;* no se dedicaba a la ganadería, sino a la industria de transporte con recuas de mulas o con carretas tiradas por bueyes. A causa de los accidentes del terreno, opuestos a la configuración geográfica de las pampas litorales, creó la guerra de *montoneras,* contra el español, muy distinta de la guerra gaucha, que lo fué de desierto y campamento, contra el indio. El gaucho ha sido, por tanto, un tipo local y transitorio. No obsta ello a su trascendencia en la historia patria, pues superaba, por razones de raza, de espíritu y de clima, a los demás criollos, y ocupó las regiones más dilatadas y favorables del país.

Era fuerte y hermoso por su complexión física; cetrino de piel, tostado por la intemperie; mediano y poco erguido de estatura, enjuto de rostro como un místico; recio y sarmentoso de músculos, por los continuos y rudos ejercicios; agudo en la mirada de sus ojos negros, habituados a sondar las perspectivas del desierto. Su temperamento se había hecho nervioso-bilioso por la alimentación carnívora y el género de vida. Si sobre su corcel era como un centauro, a pie, la misma costumbre de vivir desde niño cabalgando a través de inconmensurables distancias, resultaba la figura un tanto deslucida, ligeramente agobiado de espaldas y combado de piernas. Por sus facciones correctas, sus sedosos cabellos y barba, y sobre todo por lo trasplantado a las orillas del Betis.

Entregóse al pastoreo, su medio de subsistencia; pero una forma peculiar, distinta de las hasta entonces y vacunos dispersos en estado silvestre y su fácil propagación sin los cuidados del hombre, dieron a esta industria, en las pampas, un carácter que participaba de la caza. El gaucho dividía sus faenas entre el apresamiento del ganado salvaje y en domesticación a campo raso. En cambio, desdeñaba la agricultura, que apenas conocía. Su estirpe guerrera, su alimentación substanciosa, la fuerza y la destreza que necesitaba para explotar su ganadería, la soledad de las llanuras donde moraba libremente, sin sujeción a autoridad alguna, así como sus repetidas luchas para defenderse de las incursiones de la indiada, en unas fronteras movibles que le circundaban por doquiera, le templaron el cuerpo y el alma. No en vano deriva su nombre según una etimología probable — por la "inversión silábica apellidada metátesis, y por la acentuación y preeminencia de la vocal fuerte", — de la voz quichua *guacho,* que significa huérfano, sin padres conocidos, abandonado, errante. Confirma esta hipótesis filológica el hecho de que, hasta tiempos recientes, se consideraba dicterio en la campaña el epíteto de *gaucho.*

Felizmente era dueño de fuerzas y energías para sobreponerse a su orfandad y aislamiento. En toda la época colonial y hasta el último tercio del siglo XIX, cazador de ganados bravíos, domador de potros, capataz de *rodeos* y soldado y centinela de la civilización en los dominios seculares del indio, ha vivido toda una epopeya de emboscadas y sobresaltos. Como en el desierto el árabe, cuya sangre corría, sin duda, generosa por sus venas, tenía en las pampas, para sus luchas y vicisitudes, un aliado y compañero inseparable: su caballo.

Poseía un espíritu contemplativo y religio-

so. Falto de escuelas, su filosofía era siempre ciencia de la vida, formulada en abundantes sentencias y refranes. Falto de iglesias, su misticismo se convertía en poéticas supersticiones de aparecidos y *luces malas*. Dios y sus bienaventurados tenían para él una existencia abstracta: sólo el diablo — Mandinga, el Malo, o Juan sin ropa — asumían una realidad más concreta y asequible, mostrándose en formas varias a los mortales, para burlarlos, aterrorizarlos y perderlos.

Llevaba en su ranchería una existencia individualista, de esforzada ayuda propia, sin formar comunidades domésticas ni políticas, pues no las reclamaban las condiciones de su rudimentaria esconomía. Aunque poseedor de rebaños, con cuyas carnes se alimentaba, no hacía fructificar sus riquezas, por falta de ambiente y de aptitudes para el comercio. Vivía en la admirable sencillez de los hombres primitivos; era sobrio y hospitalario como los pastores de los églogas; llamaba *hermanos* a sus prójimos y en su choza les brindaba el apetitoso *churrasco*, con que reponían sus fuerzas. Siempre a caballo, consideraba indigno de su prestancia y señorío y como una desventura, que algún accidente le obligase a andar a pie por las pampas, aunque fuese corto trecho. Con todo, lo prefería a montar en yegua, lo cual simbolizaba, para su espíritu simple y gallardo, la última e inconcebible miseria.

Su vida era más o menos nómada, según la localización de las aguadas y las migraciones del ganado. Sus deportes favoritos, las carreras de *parejeros*, las corridas de sortija, el boleo de avestruces, el homérico juego del *pato*. Congregando para éste de varias leguas a la redonda, hervían en remolinos varios centenares de centauros, disputándose a *pechazos* una pelota de cuero. Prohibiéronlo las autoridades, porque en el campo quedaban siempre algunos jugadores maltrechos o muertos.

Apenas probaba el alcohol, que era caro y escaso en las dispersas pulperías de las pampas. Usaba como única arma el *facón*, al costado, sujeto de un cinto de cuero, que a veces abrochaba con monedas y herrajes de plata. Sus instrumentos de trabajo eran la indispensable tropilla de *redomones*, el *recado* y demás arreos de montar, el lazo y las boleadoras. Dejábase caer el cabello en ondas, casi hasta los hombros. Presumido y donjuanesco, ostentaba con infantil orgullo los bríos y *pilchas* de su cabalgadura y las galas de su indumentaria. Bien decía el refrán que "al gaucho van las prendas". En aquel medio nivelador como el de las envidiosas democracias, cada cual demostraba su superioridad en su equipo. Vestía el gaucho poncho de vicuña, *chiripá* de paño negro y calzoncillo de hilo desflecado, tocábase con airoso chambergo a lo mosquetero, y calzaba *bota de potro*, con pesadas espuelas *nazarenas*. Así nos aparece su *poética silueta*, desvaneciéndose a uña de caballo en las lejanías de la pampa.



Un gaucho de 1840.

Trovador de abolengo, habíase traído de Andalucía la guitarra, confidente de sus amores y estímulo de sus donaires. Sentado sobre un cráneo de potro o de vaca, bajo el alero del rancho, o bien sobre las salientes raíces de un ombú, tañía las armónicas cuerdas para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailaban los jóvenes. De este modo se unía en una sola manifestación como en las culturas primitivas, las tres artes: danza, música y poesía. En la danza alternaban movimientos graciosos, casi solemnes, y alegres zapateos. En la música — *cielitos, vidalitas, tristes*, a veces no sin marcado sabor morisco — recordaba las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y de las castañuelas. En la poesía, todo era espontaneidad y gracejo. Olvidadizo y versátil, no poseía romances tradicionales, de esos que se perpetúan de padres a hijos, sin alterarse fundamentalmente el texto. Su característica era la improvisación, generalmente lírica y en ocasiones picaresca. Abandonándose a la inventiva e inspiración del momento, también en lo poético, como en lo económico, el gaucho vivió siempre al día.

Su costumbre de repetir poco las trovas ajenas y de olvidarlas y su aptitud imaginativa para improvisar acompañándose con la templada guitarra, produjeron el arquetipo de la raza: ¡el *payador!* Era el profesional de la poesía y la música, el rapsoda errante que se disputaban las mozas y andaba de pago en

pago luciendo su incomparable habilidad. Nadie le igualaba en inventar la cuarteta de oportunidad, con la que entablaban dos cantores, ante la rueda de público y animados por sus aplausos, la *payada de contrapunto*. Consistía ésta en una especie de torneo del ingenio; los contrincantes se proponían, el uno al otro, chungueándose, obscuros y cándidos enigmas. Al sentirse rendido por el esfuerzo de contestar en rimas y de improviso, tenía el más débil que poner punto final a la retórica contienda, terminada alguna vez en sangrienta lid.

Abandonado a sí mismo en el desierto, el gaucho se formó, de acuerdo con sus necesidades y con las ideas éticas traídas de España, su derecho consuetudinario, de un tipo sorprendentemente primitivo, casi salvaje. Desconocía la propiedad privada de la tierra, respetando solamente la de la casa-habitación, con su huerto o chacra, así como del ganado doméstico. ¡La pampa era de todos y para todos! En los bienes muebles, identificábase la propiedad con la posesión, hasta el punto de que, cuando se extraviaba un objeto en el campo, su dueño carecía de derecho para reivindicarlo de quien lo hubiera recogido: la "cosa hallada", según la expresión corriente, significaba siempre cosa propia; si por hereditario escrúpulo de conciencia se devolvía, no era a título gratuito, sino mediante el cobro de "albricias". Por supuesto, no se sospechaba la testamentificación, y apenas se conocía el derecho hereditario. La locución "bienes de difunto", usada aún por el pueblo para significar bienes mostrencos, es indicio de que no heredaban los parientes más cercanos, sino quienes, por la mayor proximidad material, se hallaban en situación más favorable para la desordenada partija del haber sucesorio, apenas enterrado el *de cujus*. El derecho procesal y el penal se confundían con la venganza, más que de familia, de individuo a individuo, en forma de batalla singular.

Por su intenso amor al nativo suelo, aunque no poseyese sino confusa idea de la patria, nunca desoyó el gaucho su llamado. Ayudó a rechazar las invasiones inglesas a las órdenes de Liniers. Siguió a Belgrano, a San Martín, a todos los generales de la guerra de la Independencia. Cuando las luchas de la organización nacional, formó en las huestes de los caudillos rurales que levantaban pendón y caldera. Mas, apenas organizada la república, al concluir con las resistencias del medio fronterizo, caducó su gloria. En el último tercio del siglo XIX, falto de papel en el drama de la vida, estaba como de más sobre la tierra.

Comenzó entonces, con la ficción de la democracia en las campañas, su lamentable decadencia. El juez de paz, el comandante y el comisario le explotaban, especialmente con motivo de las parodias electorales; arreábasele a los comicios como en rebaño. Quien se insubordinaba contra el caudillo oficialista sufría atroz perseguimiento. A veces tenía que huir del pago, acosado por la jauría policial, y se entregaba a la vagancia, al cuatrerismo y al alcohol.

Agravóse esta situación con el completo cambio de la economía ambiente. Ya no se hallaban vaquerías salvajes, y el abigeato se castigaba con severidad. Los campos, cuyo valor se multiplicaba de año en año, dejaron de ser yermos. Las propiedades, divididas y subdivididas, se deslindaban con cerco de alambre impidiendo así al gaucho fugitivo o *matrero* "cortar campo". Los puebleros tomaban posesión de las estancias, expulsando a los ocupadores si carecían de títulos de dominio; si por ventura los habían adquirido, como no supieran sacar a la propiedad la renta indispensable, el estado, agobiándolos a impuestos, los ponía en el trance de enajenarla. Poco después, el ferrocarril y el telégrafo interrumpían nuevamente la inmensidad, acortaban las distancias y transformaban los medios de transporte. Renovada la técnica, el estanciero criollo abandonaba los antiguos procedimientos, por demasiado costosos y poco fructíferos y adoptaba herramientas europeas de trabajo, no siempre de fácil manejo. El ganado mismo se mestizaba, con ejemplares de razas selectas traídos del extranjero; debía ahora tratárselo con otros miramientos y hasta con ciencia; no era como cosa sin dueño o de escaso valor, sino rica y frágil mercadería. Puesto que se estropeaban y aun perecían las reses finas con las boleadoras y los *piales*, se prohibió su uso; las habilidades de que tanto se ufanaba el peon criollo llegaron a ser, más que inútiles, nocivas. Con el tiempo y para remate, la despreciada agricultura iba a ensayarse en grande escala reduciendo las tierras destinadas a la ganadería. Por todas partes se veía la hercúlea mano de una nueva civilización, que barría la leyenda y el romanticismo de los tiempos bárbaros y heroicos.

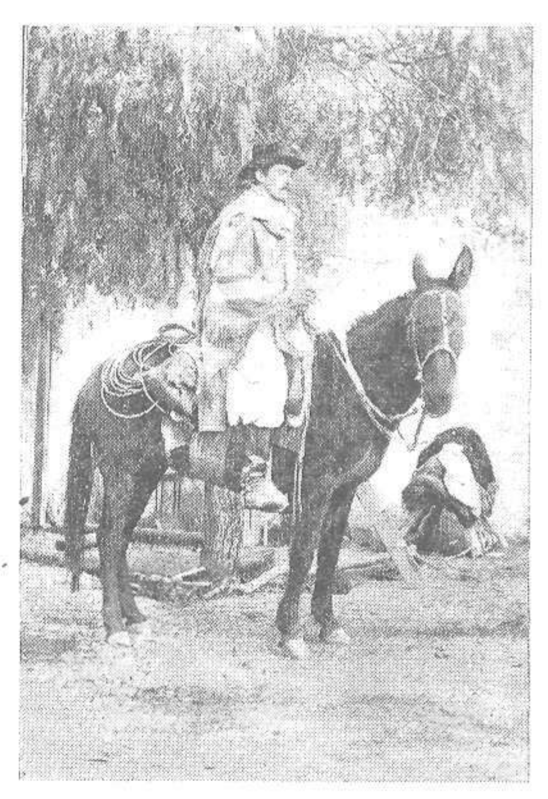
¡Mal podía avenirse a tan nuevas e imprevistas circunstancias el gaucho, semisalvaje y seminómada! Señor antes y dueño de la llanura y de la inagotable riqueza de sus rebaños, desdeñaba el trabajo manual, como indigno de su hidalga estirpe. Sólo a regañadientes podía obedecer a esos amos "maturrangos", afeminados por la molicie de la vida de ciudad. Resultaba hasta mediocre peón, incapaz de otra tarea que la doma varonil y el *rodeo* en campo abierto.

Hízose necesario atraer al inmigrante, que afluyó a las pampas como a una nueva Tierra de Promisión. Más dócil y disciplinado, más adaptable y ahorrativo, aunque no tan sobrio y valiente, iba desalojando al gaucho de las labores rurales. Así éste a fines del siglo XIX, eterno proscripto de la nueva civilización, si bien representante de la antigua, fué apenas una sombra de lo que había sido. Obscurecióse su alma, al paso que iba trocando alguna de sus prendas tradicionales: la *bota de potro* por la alpargata, el *chiripá* por la bombacha, las boleadoras por el arado. Solía olvidar has-

ta la noble vihuela, para substituirla por el plebeyo acordeón. Aunque despreciara al inmigrante, a quien apellidaba despreciativamente gringo, gallego, de él aprendía el uso de la moderna técnica, agauchándole a su vez, por recíproca influencia. El mismo extranjero, encariñado con una tierra de adopción, requería a las morochas del pago, para los honestos fines del matrimonio. De esta suerte se ha venido propagando el tipo vario y complejo de una nueva generación de gauchos europeizados o de europeos agauchados, que, por cierto, parecen heredar las buenas cualidades de su doble abolengo. Es el argentino del futuro y casi diría del presente... ¡Es hoy el argentino!

Aparte de contribuir a poblarla con este retoño moderno y de no escatimarle jamás el tributo de su sangre, que corrió a raudales en la defensa y como para la fecundación del suelo, el gaucho ha prestado a la República mayor servicio aún y más alto homenaje. ¡Ha sido entre nosotros el sembrador del ideal! ¿Quién mejor que el desvalido hijo de las pampas difundió por estas tierras la fortaleza de espiritu, la ayuda de sí mismo, el principio de lealtad, el culto del coraje, el amor a la patria? En el lenguaje popular "ser gaucho", lo que otrora fué insulto, significa ahora ser fuerte y diestro, y "hacer una gauchada", realizar una hazaña. Por este arte, la voz de Dios, que constituye la voz del pueblo, ha proclamado al gaucho moderno de hombría y de nobleza.

No obstante tales méritos, acaso exagerados por el patriotismo y la literatura, fuerza es confesar que no todo ha sido gloria en su carácter. Cada cual tiene los defectos correspondientes a sus cualidades. Descripto el anverso de esta medalla antigua, veamos el reverso. La arrogancia del gaucho fué también ánimo de venganza; el espíritu de contemplación, incuria e ineptitud para el trabajo metódico y el ahorro. Vengativo como el corso, al sentirse ofendido en sus derechos no paraba hasta matar o ser muerto. Fatalista como el árabe, cuando ya no pudo competir con el moderno industrialismo, dejóse vencer por vicios tabernarios, hasta acabar condenado a servir en los ejércitos de las fronteras y a consumirse en las cárceles. A pesar de todo, se conservó siempre relativamente verídico, y nunca fué por idiosincrasia ladrón. El cuatrerismo, hijo más de la necesidad que de la codicia, no contradecía su honradez, pues el ganado, según la tradición del país, era como *res nullius,* cuando silvestre, y, cuando doméstico, artículo tan abundoso y de reducido valor que se brindaba al peregrino. He ahí, en esas condiciones de veracidad y probidad, una prueba psicológica, si fuera necesaria, del escasísimo entroncamiento del gaucho con el indio, dado que éste jamás cumplió su palabra ni respetó la propiedad ajena.



Un gaucho de la época actual.

Y es fuerza confesar también, con los defectos del gaucho, que malgrado el patriotismo y la literatura, hoy nuestra clase culta le menosprecia. Convencionalmente, no diré que le admira como en tiempo de Echeverría, apenas le tolera; supónele potencia de retroceso y barbarie, de pereza y ferocidad... Es que se confunden las cualidades con sus correspondientes defectos, y las épocas y los sujetos. Desconociendo lo que fuera el gaucho auténtico, el histórico, el héroe de las pampas, se da ahora este nombre, más que al legítimo producto de su mezcla con el inmigrante, a ciertos espúreos imitadores, como el *compadrito* arrabalero y el matón de pulpería, que, so color de gauchismo, ignoran las virtudes de su pretérita grandeza para imitar los vicios de su presente decadencia... ¡Hora es de reaccionar contra tan injusta impresión! Precisamente, para destruir la caricatura abominable, ¿no será medio el más eficiente conocer y honrar al original?... El gaucho ha muerto. No pudiendo sobrevivir a las nuevas condiciones ambientes, no pudiendo sobrevivirse a sí mismo, el gaucho ha muerto. Ya no es más que un símbolo. Pero sus manes, por lo que antes encarnó su persona y hoy debe representar su recuerdo, no podrán menos de sernos propicios. Acaso su sombra vela sobre nosotros.

CARLOS O. BUNGE

Carlos Gomes,

el gran compositor brasileño

Por CHRISTOVAM de CAMARGO

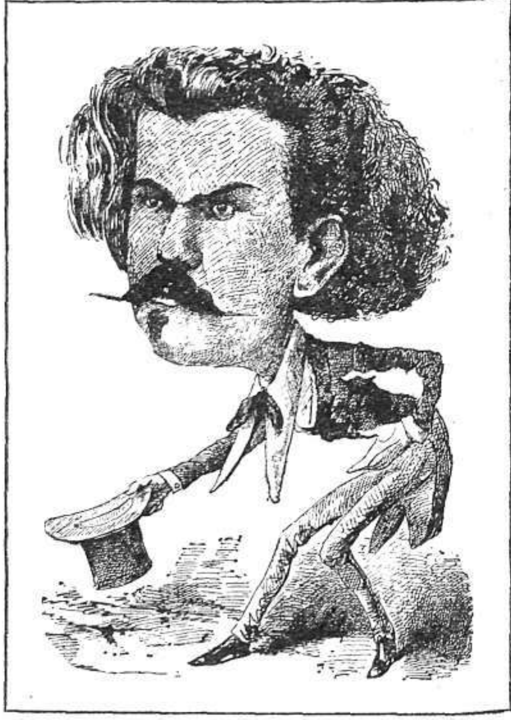
BRASIL conmemora este año, el 11 de julio, el centenario del nacimiento de uno de sus más grandes hijos, que fué su más notable artista y conquistó la primacía absoluta entre los compositores de América: el autor de la ópera "El Guaraní", Antonio Carlos Gomes, natural de Campiñas, importante y tradicional ciudad del estado de San Pablo.

No me acuerdo si en 1920 fué entre nosotros festejado el cincuentenario del triunfal estreno del inmortal poema indígena en el *Scala* de Milán. Pero la apoteosis que entonces coronó al gigantesco trabajo del joven maestro americano, cubriendo de gloria a su patria, mereció haber sido cariñosamente recordado, como que fué un mojón capital en la historia de la música brasileña.

Sin haber sido su trabajo cumbre, fué "El Guaraní" el que dió a Carlos Gomes su formidable renombre en la época. Tal vez haya contribuído para tanto el ambiente de la pieza desarrollada en el Nuevo Mundo, mundo todavía nuevo para el europeo de entonces, escenario magnífico e increíble, con la evocación de la vida extraña de los indios, seres al margen de la civilización; y, sobre todo, la originalidad de una música que interpreta los acentos bárbaros de la selva tropical, que es dulce y arrebatadora, que acuna y exalta, que sopla brisas acariciadoras y desencadena tormentas, que es trueno y es gorjeo, que nos muestra el azul y nos habla del infierno.

La crítica, que aplaudió incondicionalmente al compositor y le coronó genio, debería más tarde considerar *Fosca* y *María Tudor*, *Lo Schiavo* y *Cóndor*, obras superiores a la primera, brotadas de una inspiración más pujante y libres de ciertos defectos de técnica de que se resentía el trabajo inicial.

Cinco grandes óperas, que pueden figurar con brillo en cualquier repertorio del mundo; dos óperas de menos valor: *La noche en el castillo* y *Juana de Flandres;* una ópera popular *Salvatore Rosa*, himnos y canciones, un maravilloso poema sinfónico, *Colón*, música sacra, cantatas, *modiñas;* toda esa inmensa labor artística, formidable por el tamaño, la variedad y el mérito, si le conquistó al autor fama imperecedera, no le dió fortuna y no le hizo feliz.



Caricatura del maestro Carlos Gomes publicada en un diario milanés en ocasión del estreno de "El Guaraní", en el Scala.

Mal agente de sus propios negocios, dejó que empresarios y editores enriquecieran, manteniéndolo en la pobreza. Y su temperamento excesivamente nervioso, contradictorio y lleno de ímpetus, capaz de rasgos de una angelical bondad y de cóleras insospechables que todo lo aplastaba, nunca le permitió un momento de serenidad, ese equilibrio espiritual sin el cual no hay felicidad posible. Era un niño grande. Un niño generoso y bueno, pero arrebatado y caprichoso.

Maledicencias y calumnias de los envidiosos, dificultades financieras, intrigas de editores, el desbarate de la familia, con la muerte precoz de dos hijos y de una esposa, compañera dedicada, heroína, por la perenne resignación que era su vivir, resignación de quien comparte la existencia de un gran hombre, y una traicionera enfermedad de la garganta, fueron destruyendo sus energías hasta llevarlo a la tumba cuando recién completaba 60 años de edad.

Christovam de Camargo



El GAUCHO y el PERRO

SIN firmar tratados, sin otra garantía que la mutua conveniencia, el hombre y el perro hacen alianzas, siempre cumplidas.

Y es fama que el cariñoso animal sabe elegir, lo mismo que el hombre. Si la persona no es buena, el can desconfía; para eso tiene un sentido finísimo. El perro "se da" con los que merecen su confianza.

Hay un pacto entre el hombre bueno y el perro, demostrado por alegres signos de la cola, por la mirada cariñosa y humilde, por la obediencia incondicional. En cualquier estancia existe el gaucho, amigo del perro, de los perros. Y no importa que sean criollos o de razas importadas, finos o vagabundos. El perro tendrá amor al hombre que sea bondadoso con él.

Uno, dos, tres, cuatro; no importa el número ni la calidad. El jinete posee ese don de simpatía que el perro aprecia admirablemente.

Y sale de recorrida, seguido de los canes. El galopar no les asusta. Corren al par del caballo, hasta que el jinete sofrena, compadecido de sus fieles compañeros, que descansan en torno al caballo. Atienden por sus nombres, y le hacen fiestas a su amigo humano y bueno. La alianza es perfecta. Hasta el pingo los conoce y los quiere. El gaucho de corazón los ha domesticado, gracias al imperio de su bondad.

Calcomanías norteñas

Elogio de Sail Adur, gaucho sirio-libanés



Por
FELIX LIMA

Mucho antes de que el tren con destino a Embarcación detuviérase en Elordi, una estacioncita humilde y solitaria, emplazada sobre la orilla austral del río Bermejo, el camarero de aquel flamante coche-dormitorio de los FF. CC. del Estado, volvió a decirme:

—A usted lo consignaré a don Pedro El Cruel, el mejor hotelero de Embarcación, un catalán que en Buenos Aires, años atrás, fué mozo del café de Los Inmortales, y amigote de Florencio Sánchez.

—¿El apodo del catalán responde a que oficia de guapo?

—¡Nones! El noy de referencia es buenazo, incapaz, sin motivo, de aplastar un polvorín, Pedro Cruells, con elle, pero en toda la línea, de Perico a Embarcación, se le conoce cariñosamente por don Pedro El Cruel.

—Tal vez sea despiadado para cobrar...

—¡Ni eso! Cobra ajustado a derecho, sin pasarse al patio de la súper explotación, ni subirse a la parra de la usura. Su hotelito, de undécima categoría, es de palo a pique, canaleta de palma, como todas las casas de Embarcación, exceptuando los edificios de la estación de los FF. CC. del Estado, la Receptoría de Aduana y la sucursal de los Leachs. Bueno. Minutos más, y estará usted en lo de don Pedro.

Veinte años me separan de la mañana gris y fría que, en misión periodística, llegara a Embarcación, la pequeña población de palo a pique, en el camino a Yacuiba, muchos plateros bolivianos y no pocos talabarteros de la misma nacionalidad.

—Le presento y recomiendo a este cliente, debutante en el pago, don Pedro, periodista el mozo, y de Buenos Aires, por más señas.

—¡M'alegro, m'alegro! ¿Pariodiste? Pues yo fué emigote dal eutor da "M'hijo al dotor" y da "Quenillite", cuando él frecuentaba al viejo quefé da Los Inmortales, Currientes antre Palagrini y Suipache, ya desaparecido, y dal cual fuí mozo.

—Voy a echar un trago, don Pedro — maniobra el camarero de los FF. CC. del Estado.

—Sarvite a tu gusto, quentidá y quelidá.

—Ginebra de la buena, para acorralar el frío.

—¿Racuerde vusté al salabrado pintor da la Buseque, figure romántique y dacorative dal quefé da Los Inmortales? Yo era al ca la servíe al quefé al doctor Juan Amiliano Carulla, y discutía sobre raparto sucial con Tito Livio Foppe. ¿Y cá ma cuente vusté dal bumberdeio da los Dardanels?...

Don Pedro Cruells ostentaba en su frente facial unos mostacholes de cocinero milanés, que, en las mañanas crudas del Chaco salteño, dábales descanso sobre el ponchito colla arrollado a su cuello, quizá para que la humedad de las mismas no los desarbolara, restándole personalidad y pinta inconfundible.

—Mientras eyudo a dasquergar unas bolsas con munyetas, vaye vusté astudiando al penorama chequeño.

Piso de tierra endurecida, canaletas de palma a pique, rendijas por las que pasaba el dedo del Cristóbal Colón monumental que da la espalda a la Casa Rosada metropolitana, mostrador de circunstancias económicas, botellerío a medio teclear en los improvisados estantes.

—Equí ma tiene vusté desde ca dajé Los Inmortales. Al principio, ma santí un parfecto Robinson Crusoe, an plena menigüe, luchando contra la nature brevía. Pero yo voy tirando. Tengo una cliantela hasta cierto punto distinguide, ca la forman lo majorcito da Sante Cruz da la Sierre, astancieros ca bajen

con sus guenados, vecunos con unos cuernos más grandes ca los da un bisonte entidiluviano. ¿Cá sa sirve? Tengo babide fallute y babide da lay.

— Una ginebra de copete.

— Antre mis cliantes da queteguríe, figuran elgunos gauchos sirio-libeneses, tan gauchos como los dal janaral Güemes. Hoy, sin ir más lejos, elmorzará an mi casa al gaucho Sail Adur, con publeción y vequitas y novillos, a tiro d'aspindargue dal río Barmejo. Bejó a Ambarqueción, para que un telebertero buliviano *angarce parte da un cuero da yegüereté* an las puntes da la querone da su racado. ¡Y cá jinete!...

— Los árabes no son mancos para nuestras cosas camperas, don Pedro.

— Al gaucho Sail Adur piala, doma, jinatea con pelo, no hay mula por más radomona ca sea que no la deje tan mensita como quernero da *curralón porteño*. Declárole ca sa trate d'une meraville, da un fanómeno. Da yape, tiene barbe da Juan Moreire, flaxibilidá da onze, pallejo tan rasistente como lazo da borevi, y, llagado al caso, güepea frente al más taita, Fecundo Quirogue, Al Chacho u Hormigue Ranegride, si rasucitaren. Luego sa lo prasantaré, a la hore da las munyetas con butifarras *cama mandó un culega qui tiene na*gocio an Ladesma, plato para antandidos, vusté no ma lo nagará.

El gaucho sirio-libanés Sail Adur entró en el hotel de palo a pique sin nazarenas, pero con botas y amplia bombacha, chambergo con barbijo, poncho de alzada colla, tirador con chapeado boliviano, para afirmarse en el mostrador de circunstancias económicas.

— Sirva también al sañur.

— Pues ya sa lo iba a prasentar, emigo Sail Adur.

— Usté también sírvase, don Bedro; yo mucho blacer baga tudo.

— Sarvime un varmut, che. Pues equí lo tiene al taite Sail Adur, al fanómeno, al gaucho da quien le hablé tan alogiosamente, guapo y trebejador, publador ca no sa epichona ni eporota ante los desastres etmosféricos.

— Sañur don Bedro carga la tinta; basa fuerte la bincel.

— ¡Ca no sa echique, cunil!

— Bialo como el majur, es cierto, domo botros, boleo, mismo ando en belo qu'en montura, bero d'eso a ser un fenómeno, dista mucho, sañur, más distancia que de Formosa a Embarcación.

— Y sa tiene ca palear, munyeta mantecosa al yegüereté.

— Yo nunca belear de buro combadre, bero llegado el caso, ¿pir quí no hacerlo como Juan Cuello Blanchado, sañur?

Dibujo de Valdivia

Félix Lima

SANTOS VEGA

(Continuación de la página 117)

Oyó Vega, embebecido,
Aquel himno prodigioso,
E, inclinando el rostro hermoso,
Dijo: — "Sé que me has vencido".
El semblante, humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió a la joven su encanto,
Y en los ojos de su amada,
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

"Adiós, luz del alma mía;
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
En lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
El momento de morir!"

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y, trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo
Así el cuento terminó:
"Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció".

RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRACIONES DE ALFREDO GUIDO, PARA LA EDICION DE BIBLIOFILO DE VIAU Y ZONA.

PONCHO

ALETAZO de un gran pájaro que posó sobre los hombros del gaucho y lo preservó de la escarcha. Jirón de pampa, tejido a franjas con rayos de atardeceres purpúreos. Bandera indígena que tremoló a los cuatro vientos, en el mástil humano de un jinete, teniendo por pedestal un caballito criollo. Para el viejo Laguna, mortaja, con la que, al tranquito de su overo rosado, se marchó una tarde para no volver más. Por eso, porque el olvido le dió alma gaucha, no han podido taparle la boca, que sigue abierta, como la de un difunto, reclamando que "lo entierren en campo verde donde no pise el ganado".

CORRAL

Circo gaucho, donde se festejan las costaladas y se aplauden los yerros del "trenzado", como si fueran bolazos. Para la hacienda, calabozo criollo, donde pialan a golpes de poncho, su libertad baguala.

BOTA DE POTRO

Le salió chica; pero le queda holgada. Tan holgada que hace reír a los dedos, con una risa paisana, ancha, de uñas afuera. Sin embargo, a veces, parece volverse triste. Y con razón: cuando la acollaran con las lloronas.

REBENQUE

Víbora de lengua ancha, que muerde las verijas del potro y las babosea de espuma. Para que no pique al dueño, le han chuceado los ojos y colocado un tiento, con el que se enrosca a la muñeca, desde donde suele ir lambeteando el suelo.

TABA

¡Cruz diablo! Por bruja y emperrada se parece al destino. Hembra al fin, se encapricha de lo lindo y da en brindar amores al que uno menos piensa. Para algo Mandinga le dió dos caras...

De "Muestrario Gaucho", de Elbio Bernárdez Jacques.

MEDICINA

Las prácticas médicas de nuestros hombres de campo tienen derecho a un recuerdo en estas páginas evocativas del gaucho. Nuestra medicina popular, cada vez más interesante, a la luz que arrojan los nuevos estudios sobre las propiedades terapéuticas de la flora argentina, tiene dos orígenes que le confieren cierta originalidad sobre la de otros pueblos. Del indio, aprovechó el conocimiento que éste por fuerza había adquirido sobre los "yuyos" buenos o malos; del español, los ritos y las supersticiones, que refuerzan — para el espíritu sencillo — la acción medicamentosa del remedio. Esto es en términos generales. Como toda medicina popular, la nuestra presenta un conjunto de hechos, empíricos y grotescos unos, otros exactos y de indiscutible eficacia, todos, siempre interesantes.



El orzuelo

Son muchos los procedimientos con que cuenta la medicina popular para el tratamiento de los orzuelos. Algunos inofensivos como el del "saludo al mortero" y otros francamente peligrosos por las infecciones graves que pueden provocar.

Veámolos: El primero de ellos — de origen hispánico — consiste en saludar a un mortero, por la mañana, antes de hablar con nadie, diciendo, mientras se da unas vueltas en torno;

Buenos días, señor mortero,
Aquí traigo un orzuelo
Para su consuelo.

Otro: Tomar un anillo de oro y frotarlo con energía sobre un género, hasta que el metal se caliente, aplicándolo en este momento sobre la glándula infectada.

También se utilizan con frecuencia las cataplasmas de miga de pan lo mismo que, se aconseja, tomar una mosca, y pasar su parte de atrás haciendo la cruz, directamente sobre el orzuelo. Esta última práctica, demás está decirlo, es la menos recomendable, por los peligros que entraña.

La curandera

La curandera o médica ha sido durante mucho tiempo la depositaria fiel y exclusiva de todas las prácticas médicas en el campo. Su autoridad, indiscutible, era sumisamente reconocida por todos. Su palabra, verdadero "artículo de fe", no admitía contradicción. Donde ella fracasaba, todo intento era inútil. Su ascendencia se extendía más allá del lecho del enfermo; en los conflictos sentimentales o domésticos su acción también resultaba decisiva. Tan fácilmente como cortaba un empacho curaba un mal de piedra o detenía un pasmo; descubría y anulaba el "daño" transmitido en un mate... Restarle o desconocerle méritos, en absoluto, resultaría injusto. Conocedora como nadie de todos los yuyos y hierbas, utilizó empíricamente las propiedades medicamentosas de muchos vegetales, sobre los que la ciencia oficial ha reparado posteriormente. Por otra parte, poseía un elemento de esencial eficacia para el éxito médico: la fe en sí misma, la fe en su arte. La medicina ha sido y será obra, pura y exclusiva, de los que creen sinceramente en ella. Un médico escéptico en su ciencia se condena al fracaso. La fe obra milagros, nunca como cuando el que la trasmite es un convencido sincero. Por esto, la vieja "médica" de nuestras provincias, con todos sus errores y sus prácticas a veces disparatadas, no puede ni debe ser confundida con las charlatanas y adivinas que en las proximidades de la ciudad embaucan y estafan a los eternos crédulos. Su sinceridad y su desprendimiento le otorgan un lugar aparte. La médica no conocía ni practicaba el engaño ni la explotación del enfermo. Con absoluta buena fe y con ciega confianza prodigaba sus conocimientos, y más que por interés — a veces una velita "pa su Virgen" o una gallina — la guiaba la satisfacción del éxito, la admiración y el respeto en el "pago", en una palabra, la fama, forma ésta de gloria, señalada para los humildes.

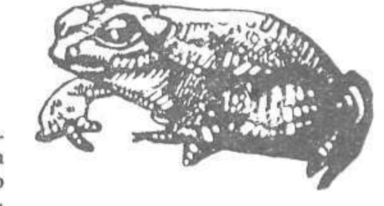
El garrotillo

Para el garrotillo, o sean los dolores de garganta provocados por las anginas, la laringitis, etc., se preconiza "las friegas de grasa de iguana" o las "cataplasmas de barro". Las "gárgaras" de agua caliente con la cual se haya hecho previamente hervir "arroz, cebada, hojas de rosa y vinagre" o si no con "agua de verbena, malva y miel".

El hipo

Para detener los accesos de hipo, basta "pegarle un susto al paciente"; tomar siete tragos grandes de agua; mascar tres granos de maíz, o bien hacerse apretar fuertemente la eglilla (clavícula).

GAUCHA



EL SAPO

A juzgar por las numerosas aplicaciones que tiene, el sapo resulta ser un animal verdaderamente privilegiado por la Naturaleza. Posee — o más bien se le atribuyen — propiedades curativas casi milagrosas. Un cuero de sapo, llevado en forma de vincha, es el mejor remedio para los dolores de cabeza, cualquiera que fuese su origen. Para el dolor de muelas basta escarbar la caries con un huesito de la pata, o pasar sobre la cara tres veces, haciendo la cruz, la barriga del animal. Asimismo, resulta posible pasarle el dolor de muelas al sapo abriéndole la boca y salivando dentro. La "culebrilla", las mordeduras de víbora, etc., se conjuran con suma rapidez aprovechando la antipatía que desde tiempos inmemoriales existe entre los sapos y los reptiles. Dicen, como prueba de esto, que, cuando un sapo encuentra a una víbora dormida, traza a su alrededor un círculo de babas, y no hay noticias de que ningún reptil haya podido escapar a este encierro. Los huevos de sapo — que no son de sapo sino de caracol — que se encuentran en los tallos de las plantas acuáticas, formando racimos de color rosado, constituyen un remedio eficaz para las descomposturas de vientre, colitis, etc. Para la renguera de los caballos, el "embichamiento", contra las vinchucas, etc., el sapo presta una ayuda tan grande que ningún paisano se permite desdeñar.

Mal *del* corazón AFLICCIONES O AHOGOS

Tomar un té de hojas o de flor de naranjo, té de albahaca, té de toronjil o de cedrón.

Lombrices: Mascar semillas de zapallo tostadas, tragándolas después con leche de cabra, aspirando al mismo tiempo aguardiente fuerte de caña.

Mal *de* piedra, arenillas

Jujo de limón tomado en ayunas; cebolla blanca picada en vino. En los casos de "piedra" sin localización — dice el doctor Di Lullo, que se ha ocupado extensamente de la medicina popular, y cuyo libro nos sirve de fuente de información — se emplean "la cáscara de almendras molidas con guano blanco de perro en agua de cardosanto".

La culebrilla

La "culebrilla" (Herpes Zoster) es una enfermedad muy común, caracterizada por la erupción aguda de vesículas pequeñas llenas de un líquido turbio, que se alinean sobre la piel del tórax, de la cara o del brazo, siguiendo el trayecto de un nervio sensitivo. La primera de estas localizaciones es la más frecuente, circundando las paredes del tronco. Enfermedad banal, aunque algo molesta y dolorosa, cura espontáneamente al cabo de muy pocos días. El nombre de "culebrilla" con que se la designa en el campo, indica claramente el origen que se le atribuye. Se trata de la señal dejada por el roce de una culebra pequeña, ya sea directamente sobre la piel — durante el sueño del individuo — o bien por intermedio de las ropas tendidas a secar sobre el pasto. Es creencia general que si la "culebrilla" llega en su desarrollo a unir sus extremos, esto es, su cabeza con la cola, el caso es irremediablemente fatal. Por esto se la teme y desde su principio se la atiende seriamente. Se toma un sapo vivo, y sobre la parte enferma se frota la barriga del animal en sentido inverso al progreso de la erupción. Se afirma que al contacto con la "culebrilla" el sapo se desespera, enrojece y se hincha, muriendo al cabo de corto tiempo a causa del veneno absorbido. También se aconseja para combatir la "culebrilla" el escribir sobre las pústulas, con tinta: Jesús, María, José.

DOLOR DE MUELAS

Colocar en el hueco de la muela "bolitas de azúcar quemada con pimienta", "pimienta molida con ajos", "clavos de olor", "un pedazo de la camisa de la víbora" o bien hacer buches calientes de "cocimiento de orégano con aguardiente". Santo remelio resulta también, el aplicar la "panza" de un sapo, sobre el punto del dolor.

Dolores *de* barriga

Nada mejor que un "tecito de poleo" o de "paico", o bien cataplasmas calientes de afrecho, trigo y harina de lino, o de manzanilla frita en aceite. También es útil, partir una lima dulce y untar cada parte con grasa de vaca. Hacer hervir y frotar con esa agua todo el vientre.

Un baqueano

Decir baqueano equivale a decir gaucho. He aquí la hazaña de un hombre, tan experto como patriota, según nos la refiere el general Belgrano en un parte transmitido desde Candelaria, el 21 de diciembre de 1810":

Me restituí a los cuarteles, ya entrada la noche.

A las diez y media de ella me suplicó D. Antonio Martínez, baqueano del Rey, que por orden de V. E. me acompaña, le permitiese pasar en aquella hora con diez compañeros para sorprender las guardias avanzadas del campamento enemigo.

Conociendo su patriotismo y valor, accedí a su solicitud, y le di orden al mayor general, para que se le franqueasen diez individuos del ejército, que quisieran ir voluntariamente a la empresa: en consecuencia ocurrió el expresado mayor general a la compañía de granaderos de Fernando VII, y se me presentaron los sargentos Evaristo Bas, y Rosario Abalos, diez individuos más: les hablé y ofrecí que los atendería, si se comportaban, según me prometían.

"Marcharon pues a las once de la noche en tres canoítas pequeñas, y logrando pasar a la costa septentrional, tomaron puerto en medio de las fragosidades de ella, y capitaneados de Martínez, siguieron una senda hasta que dieron con una guarida avanzada, que lograron sorprender, habiendo hecho prisionero a dos soldados, tomándoles armas de fuego, y apoderándose de una canoa, que me remitió el nominado Martínez con las tres en que había ido con la tropa, avisándome que por aquel punto ya podía hacerse el desembarco.

"Me hallaba a las dos y media de la mañana en el puerto por haber oído tiros de la otra costa, para acelerar el embarco de las tropas, que ya tenía dispuesto para este amanecer, cuando arribaron las canoas, con los dos prisioneros y las armas tomadas, y me comunicaron el aviso referido; inmediatamente di la orden al mayor general, para que bajase con las tropas destinadas al paso según lo tenía prevenido.

El GAUCHO RIOJANO



Un gauchito, que antes de andar en quijotescos trances de a caballo, aprende a lo Sancho Panza, sobre el rucio. Pronto será un magnífico caballero, firme en la montura; ahora es el petiso de los mandados. Su vocación no miente; él ha nacido para las andanzas de a acaballo. Muchos gauchos riojanos existen, apuestos jinetes; pero elegimos de entre todos, a este aprendiz, pichón de gaucho, gaucho de nacimiento, que se inicia en el oficio, figurándose cabalgar un potro indómito.

MEDITACION en el 9 de JULIO

Comprendamos y amemos la realidad argentina

Por
E. Carrasquilla-Mallarino

CADA evocación de nuestros fastos históricos ha de ser un acto de conciencia, de inteligencia, de mística colectiva. En los tiempos actuales es culpable toda indiferencia, todo desánimo, por lo que atañe a la sociedad a que pertenecemos y a la nación que encarna nuestro orgullo y nuestra suprema idealidad.

Un día como hoy, 9 de Julio, debe concretar en el pensamiento de cada uno de los hijos, de cada uno de los pobladores de esta gloriosa patria de la libertad, los sentimientos más hondos y las comprensiones más estimulantes.

Vivimos en una época revuelta. En todas partes del mundo — que yo he recorrido como un peregrino de ojos abiertos, — en todas partes se nota una inquietud, un ansia, una angustia, que acaso sean síntomas felices de renovación... Pero esta idea, este propósito, de "renovación", de renovación que, si no es perfectiva, será nefasta, no están bien claros en ningún rincón del planeta. Los pueblos, por más que algunos de su corifeos dijeran lo contrario, los pueblos no saben con precisión lo que quieren... ni a dónde van. Esta es la verdad. Y callarla no sería silencio digno de quienes se precian de libres y de sinceros ante el espectáculo de la agitación universal.

No entremos en análisis sutiles, en quintaesencias de psicología colectiva, en estudios biológicos o en especulaciones de vasta filosofía. Para sentir y comprender un poco esa inquietud mundial, que pudiera ser renovadora y constructiva, no es necesaria la genialidad de los grandes analistas, de los historiadores caudalosos, de los adivinadores del tiempo y de espacio. Bastará con poner los pies en la tierra, el corazón en el dolor humano y la mente en la claridad sencilla de Dios.

EN una fecha como hoy, que registra efemérides fundamental de la Nación Argentina, todos y cada uno de los habitantes de esta tierra no sólo prometida sino alcanzada, debemos elevar nuestros corazones en un hosanna comprensivo. Debemos darnos cuenta de que habitamos en una de las rarísimas regiones del planeta donde la vida y sus luchas, la existencia y sus necesidades, encuentran generosa paz y no menos generosa abundancia.

¡Ah! Eso no lo saben los que se engolfan en el error caprichoso y lamentable de no encontrar sino males y defectos en la vida argentina. Esos tales no tienen visión del resto del mundo, y, naturalmente, carecen de puntos de comparación. Las pasiones políticas — tan miopes casi siempre, cuando no terriblemente ciegas, — el escaso ejercicio de la meditación, el estúpido desamor del prójimo, y hasta una pereza que apenas se concibe entre nosotros, pueblos jóvenes habitantes de tierras fecundas... Todo eso impide a no pocas almas la comprensión de la realidad argentina.

Pero, por eso mismo, aquellos que supieron ver y comprender las realidades de otros pueblos, de otras razas, de otras regiones de este mundo inquieto e inquietante, están obligados por una ley moral superior, a contar la buena nueva. Es una prédica noble, oportuna, urgente.

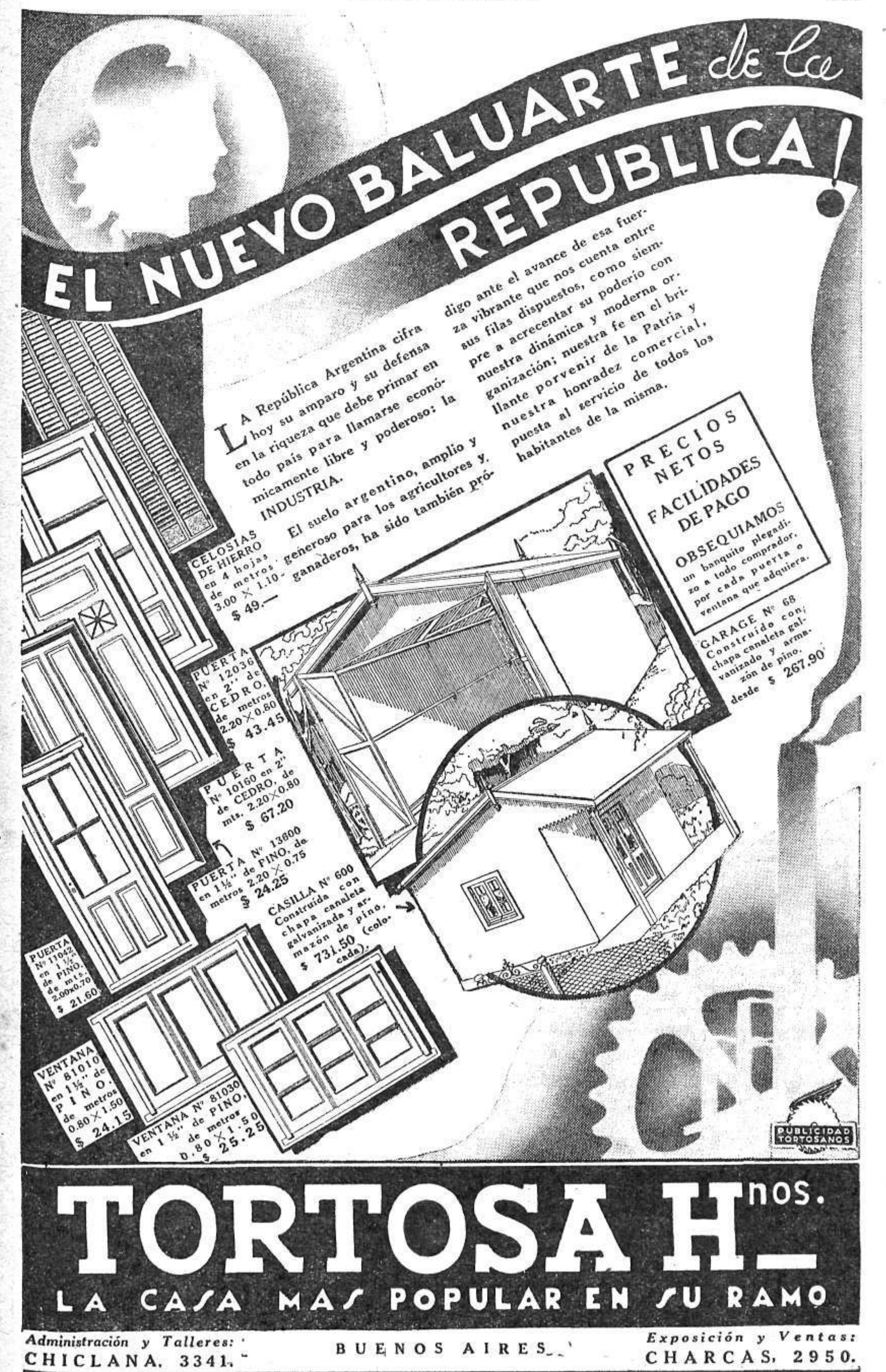
Hay que decir a todos y cada uno de los habitantes de esta Nación prodigiosa que pueden y deben sentirse felices de vivir en ella, al amparo de leyes y preceptos tan humanos que, cuando se habla de ellos en muchos centros remotos, en muchos centros de civilización y de trabajo, aparece la duda en los semblantes... Esta sola anotación del viajero mundial y consciente bastaría para obligarle a decir a sus conciudadanos argentinos, a sus hermanos en esta patria tan maternal como no hay una mejor, que aprendan a amarla, no con el amor automático, retórico, superficial y de moda, como lo hacen algunos, sino con la pasión inteligente de un amor profundo. De un amor que les permita ver esa realidad argentina — sorprendente — dentro de las realidades dramáticas, trágicas no pocas, de casi todo el resto del mundo.

SALUDEMOS esta fecha cardinal. Sepamos todo lo que ella significa. Sintamos en ella la milagrosa palpitación inicial de un gran pueblo libre poblando una tierra bendita. Tierra que obedece los más bellos designios de la santa escritura y en cuyos horizontes se abre un porvenir de redención humana. La sola redención que debían esperar los hombres y los pueblos que, por todos los ámbitos de la tierra, se agitan con esa agitación angustiosa en que ojalá palpitara un verdadero gérmen de renovación hacia la felicidad en la paz...

Sintamos con honda fruición las palpitaciones de la vitalidad argentina; y que cada uno de nosotros se sume a ellas para formar así no sólo la conciencia nacional sino la fuerza invencible de nuestro pueblo en las gestas vivificadoras del trabajo.

Sepamos apreciar lo que tenemos. No ignoremos lo que es y significa esta tierra de sangres nuevas y de trigos milagrosos, en un mundo que, a fuerza de odios y de rivalidades, no sabe acaso a dónde va...

E. Carrasquilla-Mallarino



¡EL NUEVO BALUARTE de la REPUBLICA!
La República Argentina cifra hoy su amparo y su defensa en la riqueza que debe primar en todo país para llamarse económicamente libre y poderoso: la INDUSTRIA.
El suelo argentino, amplio y generoso para los agricultores y ganaderos, ha sido también pródigo ante el avance de esa fuerza vibrante que nos cuenta entre sus filas dispuestos, como siempre a acrecentar su poderío con nuestra dinámica y moderna organización; nuestra fe en el brillante porvenir de la Patria y nuestra honradez comercial, puesta al servicio de todos los habitantes de la misma.
PRECIOS NETOS
FACILIDADES DE PAGO
OBSEQUIAMOS un banquito plegadizo a todo comprador, por cada puerta o ventana que adquiera.
GARAGE Nº 68 Construído con chapa canaleta galvanizado y armazón de pino, desde $ 267.90
CELOSIAS DE HIERRO en 4 hojas de metros 3.00 × 1.10 $ 49.—
PUERTA Nº 12036 en 2'' de CEDRO, de metros 2.20×0.80 $ 43.45
PUERTA Nº 10160 en 2'' de CEDRO, de mts. 2.20×0.80 $ 67.20
PUERTA Nº 13600 en 1½'' de PINO, de metros 2.20 × 0.75 $ 24.25
CASILLA Nº 600 Construída con chapa canaleta galvanizada y armazón de pino, $ 731.50 (colocada).
PUERTA Nº 11042 en 1½'' de PINO, de mts. 2.00×0.70 $ 21.60
VENTANA Nº 81010 en 1½'' de PINO. de metros 0.80 × 1.50 $ 24.15
VENTANA Nº 81030 en 1½'' de PINO, de metros 0.80 × 1.50 $ 25.25
PUBLICIDAD TORTOSANOS
TORTOSA Hnos.
LA CASA MAS POPULAR EN SU RAMO
Administración y Talleres: CHICLANA, 3341.
BUENOS AIRES
Exposición y Ventas: CHARCAS, 2950.

EL DUELO GAUCHO

(Continuación de las páginas centrales)

carecen de testigos, o son éstos circunstanciales, la lucha a arma blanca lleva en sí las mismas formas que en el medioevo, con la diferencia existente en que el combate se efectúa a veces en el primer lugar del encuentro, y sin otras gentes, causa ésta, debida en principio, a la poca densidad de población.

El arma que utilizaba el gaucho fué el facón y el cuchillo. El facón es un arma blanca, de largo más o menos de tres cuartas, comprendida la empuñadura, de naturaleza punzante y cortante. Su peso oscila entre los cuatrocientos y seiscientos gramos. El peso mayor se halla en la empuñadura, la hoja es ancha y rígida, acanalada a veces y llevando filo, punta y lomo o filo, contrafilo y punta. El contrafilo, con un largo más o menos de una cuarta. Por lo general poseía una ese, que constituía un reducido guardamano, la empuñadura permitía tomarlo cómodamente, apoyando el pulgar en su costado y en contacto con la pieza guardamano.

Muy posiblemente, el facón tiene algún punto de origen en la faca española, lo cierto es que se lo puede calificar de una espada corta que el gaucho adopta de los conquistadores, pues la espada, que es muy larga, no le conviene a él para el caballo y además el facón le sirve para utilizarlo en todos sus menesteres.

La infantería de la conquista estaba munida de una espada corta con amplia cazoleta, también incómoda para el uso de nuestro gaucho. De allí que el facón fuese un arma de adaptación que no podía sobrepasar las medidas antedichas por las razones enumeradas, a la que se debe agregar la mayor facilidad en su manejo.

El cuchillo fué la otra arma gaucha. Más reducido que el facón, consta de una hoja recta, punzante y siempre filosa. Su empuñadura de mayor a menor y adaptable a la mano, permitía asirlo cómodamente, y no contando con la guarnición, por lo general, obligaba más a las paradas con el lomo de hoja.

Ensayado desde chico en el "bisteo", ágil y fuerte, la esgrima del facón y del cuchillo era particularmente fácil para nuestro gaucho, que, sentado en guardia, atacaba y se defendía con una tercera y cuarta rudimentarias y una quinta instintiva.

No debemos olvidar que el gaucho suplía las desventajas de un arma sin guardamano, parando los golpes o desviándolos con el poncho, que reemplazaba muy bien a la española daga. El hachazo a la cabeza era el golpe predilecto, como que aseguraba sacar fuera de combate al adversario, sin que por esto dejara de ensayar con éxito, con facón o cuchillo, el golpe de desarme al brazo, contando con la ventaja de la rapidez y del "tiempo", propio de la esgrima de la espada, que en rudimentos practicaba.

El planazo, golpe de plano con la parte recia de la hoja, lo utilizaba para atontar al contricante, evitando dirigirle un golpe efectivo.

Los principios de caballerosidad no permitían y eran respetados, herir al contrincante caído y apelar a otras argucias para poner en situación desventajosa al enemigo.

Leandro Ruiz Moreno

MOLINA CAMPOS

(Continuación de la página 75)

—¿Muy afecto a la música? — pregunto.

—Mucho. Mi autor predilecto es Beethoven.

—¿Por su alegría interior, por su bucolismo irrefragable?

—Por eso y por su genio mismo. Si no fuese pintor, seguramente hubiera sido músico.

Y su señora explica: — Ya lo creo, Florencio (porque Molina Campos, mis queridos lectores, se llama Florencio) tiene un oído musical finísimo, figúrese usted, que a pesar de hallarse trabajando afanosamente en algo, me llama la atención sobre una nota en falso...

—Que usted no da, indudablemente; son fantasías de pintor... — digo sonriendo.

—Bueno — dice Molina Campos, — esto último acháqueselo al copetín.

Entre frase y frase llegamos a un asunto importante: su próxima exposición en Berlín y Estados Unidos. Tiene nuestro artista aproximadamente cincuenta trabajos terminados. Pido de la gentileza de Molina Campos que me deje ver las telas, y acompañados por su esposa que toma ahora la palabra, recorro todos los matices del sano humorismo de Molina Campos, sus variados temas que nunca se repiten, su ingenio y originalidad para encontrar en nuestro paisano un gesto inédito, un movimiento festivo.

Tiene además, un acierto admirable para titular sus escenas. "Fiero el pampa", "Cándido al baile", "Cantando pa intretención" y muchísimos otros, cuyas escenas camperas ilustra con su palabra el dibujante, en el rico lenguaje gauchesco, con la misma traviesa picardía que le inspiraron.

Una anécdota

—¿Una de sus muchas anécdotas, Molina Campos? — inquiero.

—Vea usted, las más sabrosas no pueden decirse, porque molestaría uno sin pretender a un tercero. Le contaré una común de las tantas que nos van acurriendo a los hombres en el vivir sin peso:

"El popular jugador de polo el "paisano" Andrada llegaba a una estación del interior de la provincia de Buenos Aires, para recibir unos novillos comprados a don Alfredo Harrington; un capataz de éste debía esperarlo en la destartalada estación de campo. Andrada que lo conocía trataba de ubicar entre las numerosas personas que esperaban la llegada del tren, al paisano de la comisión. Pero, ahí no más se le acerca un criollo, chicote en mano, que le dice:

—¿Usted es don Andrada, no es así?

—Así, pues — contestó nuestro polista. — ¿Cómo me ha conocido?...

—Y... por la fotografía qu'he visto en las istaciones... pero.. no'stá muy parecido.

—¿Y sabe usted, señorita, a qué fotografía se refería?... A un afiche mío "Cha que me gusta la pelotita". En él aparece un paisano "taqueando" una bocha de polo.

Elvira Palacios


Con su traje predilecto — el gaucho, — Lombardi se entrega a los deleites de la guitarra.

— En efecto, en 1921 constituímos la Sociedad Argentina de Arte Nativo, respondiendo a un movimiento en favor de la música popular, motivado por una disposición del doctor Juan P. Ramos, entonces miembro del Consejo N. de Educación, en el sentido de que en nuestras escuelas se atendiese al cultivo de nuestro folklore, tan rico en sustancia lírica y en gracia estilística.

— ¿...?

— Se inició por aquellos días una afanosa búsqueda alrededor de las mismas fuentes de ese folklore, es decir, en las provincias de tierra adentro, en muchas de las cuales aun permanece intacto el gusto por la música de rancio abolengo criollo. El mismo doctor Ramos se preocupó de que cada una de las provincias proveyese al Consejo de la documentación precisa para llevar a cabo la tarea de resurgimiento del arte nativo.

— ¿La sociedad que preside prestó su apoyo a esa tarea?

— Precisamente. Contaba entonces con elementos distinguidos dentro de la música y del arte plástico argentino, como el gran Vicente Forte, destacada autoridad musical, Celestino Piaggio, ya fallecido, Pascual de Rogatis y Gilardo Gilardi; como el escenógrafo Rodolfo Franco y los pintores Carlos P. Ripamonti y Pío Collivadino, etcétera...

— ¿...?

— Nuestra agrupación y ese movimiento de simpatía en favor de la música y el arte nativos coincidió también con un acontecimiento importante: la venida a Buenos Aires del santiagueño Chazarreta, que levantó gran entusiasmo con sus composiciones de puro corte criollo. Recuerdo que hasta entonces era poco menos que vergonzoso hablar de criollismo, declarar apetencia por nuestras cosas, decir que el gaucho era y es un elemento de nuestra tierra, tan nuestro como el campo que lo vió nacer, el mate amargo o el ñandú de la pampa.

— ¿Y cuál era la explicación de esta indiferencia hacia los valores nacionales?

— Imagine. No podía ser otra que la fiebre de los europeísmos, pasada ya felizmente de momento, como todas las cosas que no pueden prosperar en uno o en cualquier manifestación de la vida por falta de ambiente propicio para el cultivo y para el florecimiento.

— ¿...?

— Solía ocurrir que los extranjeros llegasen a nuestro país deseosos de conocer al "gaucho", difundido en mil leyendas e historias que han traspuesto los límites de las fronteras, llevando a otras tierras la fama de su carácter y de sus hazañas. Solía ocurrir que esos mismos extranjeros, escritores o simplemente turistas, se encontrasen con que aquí, en la Argentina, no se cultivaba esa música, esa danza de la que tanto habían oído hablar a través de libros, crónicas y referencias; pero libros, crónicas y referencias que evidentemente trasuntaban el espíritu de una época "pasada de moda". Nuestra

Don Domingo Lombardi,

CUANDO uno se encuentra con personas como don Domingo Lombardi, no tiene más remedio que creer que aun quedan en el mundo hombres capaces de jugarse enteros por una fe profesada con íntimo respeto o por un afecto sentido con arraigo. En este caso es la fe en los valores de nuestra tierra y en la capacidad y superioridad de sus hombres, la que ha llevado a éste, que es todo idealismo y todo generosidad de espíritu, a levantar una obra que es hoy verdadero baluarte de nuestro nativismo: la Sociedad Argentina de Arte Nativo.

El señor Lombardi es el alma máter de esta sociedad desde su constitución, allá por el año 1921, más o menos hacia los días en que empezaba a preocupar como un problema de la cultura argentina el olvido de aquellos valores del arte o de la sensibilidad que contribuyeron a formarla. Director dinámico y culto, la sigue manteniendo ahora con desinterés y entusiasmo. Habla a la cronista que va a visitarlo en nombre de CARAS Y CARETAS, refiriéndole con amplitud de detalles la actuación de ese verdadero centro de nuestra cultura nacional que preside y haciéndole, además, de viva voz, una apología del gaucho muy original.

GAUCHO de FRAC

Por Zulma Núñez



Don Domingo Lombardi enseña a Zulma Núñez una de sus diminutas interpretaciones escultóricas del gaucho argentino.

sociedad organizó varios actos de típico "color" criollo en homenaje de muchos de esos viajeros. Recuerdo, a propósito, una visita de Waldo Frank en la que el famoso escritor llegaba anhelosísimo por conocer nuestras canciones y nuestra música nacionales. Lo invitamos entonces aquí, en nuestra casa, entre un grupo íntimo de amigos que se reunió expresamente para homenajearlo al calor de la guitarra y del ambiente criollísimo. ¿Para qué decirle que salió el escritor-turista, lleno de emoción después de escuchar las armonías del gato punteado, del cuando y de las vidalas? Me abrazó asegurándome que aquella era una de las emociones más depuradas de su vida y que nuestro folklore le parecía, en verdad, muy superior a como se lo habían descripto y a como personalmente se lo había imaginado.

El ambiente de la Sociedad de Arte Nativo donde el espíritu de Waldo Frank vibró de gozo ante la gracia singular de nuestras canciones de tierra adentro, tan llenas de dulzura y a veces tan infundidas de ese estremecimiento heroico que enraiza en el bullir de las pasiones, en la protesta, en la pena o en el triunfo, está saturado de lo argentino, de lo gaucho, de lo que tradicionalmente conocemos como propio y amamos como vinculado al alma y a la sangre nativa. Aquí unas espuelas, allá unos sables del 800, armas de varias épocas, cuadros alusivos, etc. La cronista piensa, sin dificultad, que en ese ambiente no puede sino vivir un gaucho verdadero, un gaucho de corazón a quien importan mucho las cosas y el temperamento que animaron el alma del gauchaje, aparentemente de tan lejana y perdida gloria. Y se da cuenta de que está conversando con ese gaucho, frente a frente, con ese gaucho vestido a la moda del 36, pero lo bastante dueño de su personalidad auténtica como para convencer a su visitante de lo que sigue:

—Es mentira que el gaucho haya desaparecido. El gaucho no se hizo por el traje, por el cuchillo, ni por la bordona. La condición de gaucho está en el espíritu, se forma en el espíritu. Se hace de virtudes que no necesitan del chiripá para manifestarse. ¿No ha oído usted hablar más de una vez de la "gauchada"?

—En efecto.

—Pues la gauchada no es otra cosa que la noción más perfecta que se pueda dar del gaucho. El hombre que así se llamó en tiempos que ya han pasado a la historia de nuestro país, se distinguía por su generosidad, por sus buenos sentimientos, por su amor a la tierra y a la familia. La palabra gaucho siempre significó un concepto elevado dentro del hombre de nuestro campo.

—¿Y cuál fué la ascendencia racial de ese hombre?

—La española, no cabe duda. Los primeros gauchos se formaron en las llanuras del sur, cuna de la ganadería y de la agricultura argentinas, que constituyeron las disciplinas de trabajo de los españoles aclimatados a la tierra, de los hijos de los españoles y que fueron, en realidad, el móvil de la población del agro argentino por ese hombre que no desdeñó, llegada la ocasión, participar en las luchas de la Independencia y luchar bravamente por la libertad.

—Pero, la unión de españoles con indígenas, ¿no dió gauchos también?

—Gauchos, gauchos... No creo que merezcan propiamente este nombre ateniéndonos a la definición que acabo de darle. Formaron una casta inferior, tenida a menos por los pobladores del país, porque no lograban desprenderse de la atávica haraganería, de ciertos vicios también atávicos y porque, además, sus condiciones físicas eran muy inferiores con respecto al hijo del español.

—¿...?

—El verdadero gaucho, en cambio, era hermoso. Tenía abundosa y ondulada cabellera, ojos azules, tez clara y limpia, porte varonil. La india de los rancheríos veía en él poco menos que a un dios pagano. Se enamoraba de él. Lo buscaba. Trataba de atraerlo y conquistarlo. ¡Era el hombre superior! Así nació el mestizo.

criado de las estancias, tipo no muy dispuesto a las faenas camperas y más bien abandonado en su pulimento personal y en sus costumbres.

—Y el gaucho matrero, señor Lombardi, ¿fué vocación de algunos de los hijos de esta tierra o se dió en circunstancias especiales únicamente?

—Esto último es lo que está más cerca de la verdad. El gaucho matrero se hizo por la necesidad que tuvo el hijo del país alguna vez de escapar a la mordaza de la ley o porque su amor innato a la libertad lo hacía renegar del servicio militar y huir a la condena merecida para los desertores. El amor y los celos tuvieron no poco que ver con el matreraje. Sobradas historias recuerdan al caudillo prepotente, al comisario o al estanciero que enamorado de la mujer del gaucho porque era mujer de lindos ojos y recia estampa, no reparaba en obstáculos hasta quitársela como si el poder y el dinero dieran derecho a todo. El gaucho no respetaba ni lo uno ni lo otro ante el espectáculo de su amor mancillado, e iba al delito. Después... ya se sabe. Andar "a monte", como se estilaba decir entonces era el destino definitivo del vengador perseguido por la policía o por los partidarios del autor de la ofensa, generalmente hombre de mentada influencia.

—Hay quienes creen que puesto que ha desaparecido el matrero, y puesto que la máquina ha invadido los campos desterrando los "rodeos" a caballo, las boleadoras, el arado primitivo y los transportes en carreta o en diligencia, el gaucho ha muerto.

—Es un error — dice a la cronista don Domingo Lombardi. — El gaucho no ha muerto. Mucho menos según el concepto que verdaderamente lo define. Aun hay hombres en el interior que usan la vestimenta campera, pero que saben trajearse a lo moderno para llegar por sus negocios a la ciudad y para tomar el ferrocarril o ir a la iglesia. Esos hombres llevan adentro al mismo gaucho generoso, dispuesto y francachón que fué el personaje de la Argentina de antaño, referida en los libros y en la historia, con gran lujo de emoción.

—A propósito de libros, ¿qué me dice de los gauchos de la literatura?

—De la de estos tiempos, Don Segundo Sombra representa el paradigma del poblador de nuestros campos, gaucho dicharachero, trabajador y de gran corazón. De la anterior, Martín Fierro. Distingo esas dos obras como las mejores que conozco de nuestra literatura gauchesca. Nadie ha comprendido, a fe, mejor que Hernández y que Güiraldes a aquel hombre cuya especie no está agotada en nuestro país, sino que vive para gloria de nuestra sociedad y para orgullo de la Argentina grande y libre...

Estos párrafos cierran una sabrosa conversación. Evidentemente, la cronista de CARAS Y CARETAS encontró en don Domingo Lombardi, tres veces artista porque cultiva con igual dedicación la pintura, la música y la escultura, en don Domingo Lombardi, director de una sociedad artística que sirve desinteresadamente a las escuelas llevando a ellas la riqueza del folklore nativo, a un gaucho auténtico a quien sienta a las mil maravillas el frac.

Con pena el gaucho dejó el pingo por el auto

Por Pedro Fiore

El chasque con su pingo llegaba corriendo a trote corto hasta el almacén de la esquina y ataba allí el pingo al palenque. De una bolsa tan flaca como él sacaba unos papeles, que parecían diarios ya viejos, y los entregaba a la gente.

Se leía, pero nadie se asombraba, y parecía que la época fuera desarrollándose en forma tranquila, como si nadie pensara que la inmensidad de la pampa podría ser ocupada en su tiempo por algo más rápido que la galera, luego la carreta, el pingo rápido, en su tiempo, el sulky...

Se leía más y cada vez se acentuaba más en el campo el deseo de ver con mejor luz y se apreciaba el motor. Sus explosiones, su rendimiento, gustaban, y hasta podía afirmarse, en rueda de amigos, tomando unos amargos y contando cosas del pasado, que el "mecanismo" de los países endiablados avanzaban en forma amenazadora y hasta se hablaba de carretas que andaban sin caballo.

De golpe, como si el tiempo se hubiera cansado de esperar tanto, el gaucho de nuestras hermosas pampas vió llegar un día un carro alto, que hacía un ruido bárbaro y que avanzaba sin caballos...

—Yo lo había "laido" — gritó un gaucho con botas de cuero curtido y espuelas largas a lo "bandido". — Yo lo había "laido"...

Y los que con él vieron el avanzar ruidoso y rápido de aquel carromato, miraron al gaucho y al coche, se rieron, luego serios, serios, pegaron el grito:

—¡Que cierren todas las tranqueras!

Pasaron rápidamente los cinco primeros años de esta lucha entre el hombre que defendía sus palenques frente al almacén de la esquina, que esperaba una vez por semana el chasque con el correo, que vestía las anchas bombachas con grandes espuelas y no olvidaba jamás el talero; luego fué amansándose el odio, y las tranqueras que se cerraban siempre cuando alguien llegaba corriendo para anunciar que "allí avanzaba un carro loco sin caballos", quedaron semiabiertas...

Y llegaba, mientras tanto, la época del Ford de Bigote.

Es justo que diga que ese Ford T con bigote, como lo llamaban la gente y como lo bautizaron en el campo en rueda de gauchos, marcó la primera y verdadera etapa inicial del automovilismo para el gaucho. Fué quizás el único medio aceptado por el gaucho y por la gente del campo, y fué también la piedra fundamental de la evolución del transporte en la Argentina.

El camino, que, como la época, se había resistido al avance de la modernización del transporte, vió la llegada del automóvil con malos ojos.

El gaucho luchó contra el camino. Miraba los días de lluvia aquellos huellones en los cuales desaparecía a veces durante días y días la modernización del transporte hecha automóvil.

Y sonreíase el gaucho bonachón, estirándose los bigotes y volviendo casi contento al pingo, a la carreta, al palenque, y esperaba el chasque que le trajera noticias de la ciudad.

Pero la tierra llamaba con más apuro a la obra del hombre. El trigo, ese oro que debemos al gaucho, parecía reclamar más esfuerzos, labor más rápida, acción más intensa. Había que producir el doble.

Y el gaucho vió que el coche con bigote iba ya a tener un hermano mayor en el tractor y que el tractor abriría surcos más profundos en la tierra, tirando fácilmente el arado, y el gaucho acarició en seguida la esperanza del progreso, del bienestar en su chacra.

En el segundo lustro de su vida en el campo, el automóvil conquistó su mundo campero. Duplicó en algunas zonas la cantidad de coches que circulaban y en las poblaciones obligó a mejorar las rutas.

Y quizás se deba al gaucho y al coche de cuarenta años atrás el éxito de esta evolución modernista que llevó a la chacra y a la estancia en los rincones más alejados de la metrópoli sudamericana, un nuevo sentir de las cosas y la necesidad absoluta de no privarse de ellas.

Pero, sobre todo, el buen gaucho quedó tal como era antes, y a veces, lustrando un farol de su coche, suele decir aún:

—Acordate, che, que cuando faltes tengo el pingo.

Domadores

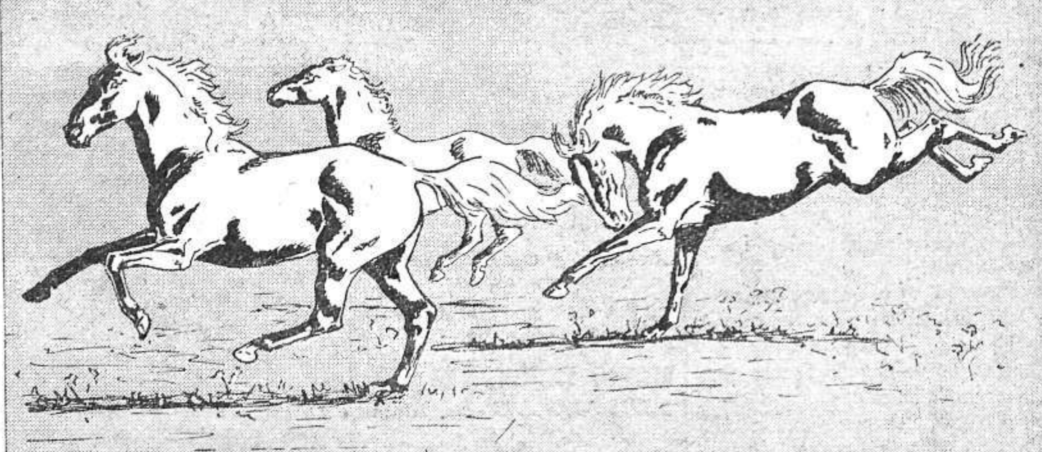
Apuntes del natural





¡Ah, criollo! Si parecía
Pegao en el animal
Que, aunque era medio bagual,
A la rienda obedecía.

Mozo jinetazo ¡ahijuna!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la Luna.



En el caballo de un pampa
No hay peligro de rodar

¡Jué pucha!, y pa disparar
Es pingo que no se cansa.



y baguales

por Miguel Angel Boero

Cuando me hallo bien montao,
De mis casillas me salgo —
Y era un pingo como galgo
Que sabía correr boliao.

Y en las playas corcoviando
Pedazos se hacía el sotreta
Mientras él por las paletas
Le jugaba a las lloronas.

Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela. .
Y más malo que su agüela
Se hacía astillas el bagual.

PAGINAS CAMPERAS



Carta gaucha de doña Inocencia

(Desde el Cielo)

Por JULIO CRUZ GHIO

Me ha dao un alegrón mu grande, don J. lo que recebí la suya, hará sus meses largos; la copiaron de "Cari-Careta" (1) unos ángeles de mi relación. Al prencipio no atinaban bien con la dueña'e la carta; pero por lo que me decía y en cuantito me divisaron el conjunto'el cuerpo, como si adivinaran... y me la trujeron.

Así supe que llegó al campo'e don Ruperto justito al poco tiempo'e mi retirada'e la Tierra. Y jué nomás como me lo dice en la carta: cansada ya de tanto estar ahí, me dió la loca'e dirme pa siempre. Taba mu vieja, achacosa y alunada todo los días. Amanecía hecha una calamidá. Ya no rispetaba a naides.

—¡Tas insufrible! — me decía doña Juana.

—Loj'años, m'hija; disculpá.

—Ya ni pelás las papas...

—¡Qué querés! Me tiemblan las manos; a lo mejor me pego un tajo y me agarra l'infeción.

Y jué precisamente. Como estaba yo allí medio como rejuntada por el padre'e don Ruperto, y éste ya era finao, y el hijo se ponía medio nervioso, lo que le iba ganando la edá en el alma, y medio que s'enfermó y qué sé yo, ya me parecía que yo estorbaba, sin serles útil pa cosa alguna; y el pensamiento, amargao, me jué acostumbrando a mirar pal cielo. Y un anochecer agarré, como 'e costumbre, las papas; y casi ni las vía; y en eso ladró juerte el perro bravo... y vi visiones, y le erré la encajada'el cuchillo. Y dispués se m'hinchó el brazo, y juí más pior y más pior; y don Ruperto me llevó a Güenos Aires; y en l'hospital, medio ente, como entredormida y sin sentido de ninguna laya, sentí una madrugada que otro brazo sano, limpio, largo y seguro, me enlazaba, como si dijéramos, y me llevaba p'arriba.

Ansina jué, contao a mi modo, don J., cómo me vine yo a dar al lao del Señor, ande estoy. Y le diré que de aquella gente de allí abajo, que todavía anda embromándose con sus achaques, me da una gran lástima. A veces le mando a decir al Padre Eterno, por tal cual amistá vieja, pa que no me l'haga sufrir tanto y al ñudo no más; como quien dice recomendándosela, ¿sabe?... pero no veo a ninguno po aquí. Colijo que se desfiguran, vaya'a saber, en el volido que pegan los pobres, y a tan larga distancia...

Ahí, en la suya, me la nuembra al gaucho de mi devoción: el viejito Eufrasio... ¡Viera qué sacudón de alma sentí, en cuanto le oí al ángel su apelativo! Dejuro que jué a propósito lo que me habla del solterón ese... Si acaso usté habría adivinao... Yo lo estuve queriendo en secreto, al viejo ese zapatilludo y rezongón; pero le agarré cariño ya dentrada en loj'años, y hasta me pareció que pecaba por ilusionarme con él. Una noche de lo más oscura, estaba el pobre, en el catre, con un'asma tremenda. Y decía, renegando:

—¡Mi hubiera casao, ah'ijuna, anque juese con la vieja'e porquería, esa, d'Inocencia, pa que me cuidase..., que uno revienta solo y com'un perro!

(1) Número 1605 del 9 de julio de 1929, epístola criolla del autor.

Yo lo estaba espiando, ¿compriende? ¡Loj' años qui hace!...

Claro, ahi jué que le perdí la estimación. Dispués, al morirme, me volvió el cariño por él. Ricuerdo siempre que se quedó medio jorobao bastante, de quebranto'e salú y de vejez. ¡Y lo entreveo cuerpiándole a los novillos, en el aparte, jinetazo de mi flor, menudito pero enterito y estiradito, mañero pal trabajo, pero capaz en todo lo que se ponía! Había andao mucho a caballo, llevando tropas; y un vez en cuando contaba'e sus travesías de campo de pu aquí y de pu allá. Contaba y daba pelos y señales, y una se quedaba mirando largo y tendido, porque vía materialmente pu ande había andao.

—¿Y no se enamoró — le preguntaba yo con malicia, por ver si se me declaraba — de ninguna moza o madura que le conviniese, de tanto hablarlas y que le cebaran el mate por ahi?

—¡Jué, pucha — contestaba, — soy zafao, más bien, y no dentro a que me cabestreen el corazón en denguna parte!

Dejuro que los cigarros que usté, don J., me llevó del boliche'e la estación, cuando que jué al campo'e don Ruperto y yo ya no estaba allí sino en ánima, se los agenció el viejo. Y de no los esconderían los parditos mocosos, pa fumárselos entre el monte'e sauces, lo que no lo vían... Le agradezco lo mismo que se haya acordao de llevármelos.

En cuanto a eso'e que yo le parecía ser la Tradición y las otras cosas lindas que le arrima al recuerdo'e mi estampa'e vieja criolla y de lay, disculpe, pero ni me había apercibido. De cair en la cuenta maj'antes, me hubiera quedao viva unos otros cuantos añitos, pa darle satisfación; y así escribía más cuentos criollos pa "Cari-Careta", viéndome y conversándome.

No vaya a creerse que extrañe mucho, aquí, a la pampa. El cielo es grandote lo mismo, y andamos, todos, pu aquí, como allá abajo: haraganiando no más. Vez en cuando el viejo San Pedro se pone algo enojao, lo que sube tanta gente y se le atropellan en la entrada. Otras, que se le equivocan los bandidos y los herejes, y tiene que despacharlos pal Infierno; y son los más.

Aquí, cuando amanece, da gusto. Cantan los ángeles, como allí los pájaros en los árboles. Y cuando los criollos nos queremos divertir, los que nos criamos en las llanuras, nos vamos hasta un descampao sin fin y nos ponemos a bolear; sólo que en lugar de avestruces, boleamos estrellas. El lenguaje'e la gente es medio entreverao, lo que vienen a rejuntarse de todos laos; ansina que, como los criollos cuand'iban a París, nos entendemos por señas. Allá me pasaba el día sentada encima'el marco de la cocina'e la estancia; aquí estamos siempre de viaje: nos metemos en una nube y nos dejamos llevar; y como no hay alambraos, vamos de un pago a otro pago en un santiamén. De lo único qu'el ojo se me resiente, don J. del Gaucho y la Tradición, es de que aquí no hay verde. ¡Estos gringos del Cielo no saben lo qu'es campo!

Me hizo mucha gracia lo que el ángel me leyó de su viaje desde la estación, en aquel coche antiguo, con los mesmos caballos barrosos y las ataduras de María Castaña. Lo vide, en seguida, al cochero Toronja, más viejo que yo y el pueblo ande se ha criao. Yo le decía, allá, en la estancia, al soler verlo llegar con visitas:

—Mirá, bachicha, que no le tenej compasión a las bestias. ¿Cuándo pensás jubilarlas?

—¡Cuando tu patrón me regale otra yunta! — respondía el renegao, mirándole a don Ruperto los redomones negros tintos y lustrosos que pasteaban a un paso'el portón de la calle qu'iba al camino Rial.

L'otra semana me topé, pasiando, con el finao padre'e don Ruperto. Hacía unos ademanes mu raros. Lo saludé con respeto. Visto que las manos se le iban de un lao pal otro, y que movía la jeta y tragaba, me le acerqué, p'ayudarlo, si era un mal trance.

—¿De qué murió, patrón, si se pue saber?

—D'hernia estrangulada.

—No caigo...

—Quebrao, m'hija...

—¡Cómo! ¿Y la fortuna'e sus campos?

—Se la dejé a los muchachos, pa que se entretengan en repartírsela. ¡Estarán que se pelean de lo lindo!

—¿Y qué es lo que hace aura, con tanto movimiento?

—¿Pero no lo ves? Hago como que tomo mate...

Da gusto ver a estos criollos: no pierden las costumbres ni en el Cielo.

Le diré que mirando p'abajo, ande ustedes están, se ve todo negro: ha'e ser por el color común del alma de los mortales. Mujeres, aquí, se ven poquitas; como no sean fierazas o solteronas chochas como yo. Las jóvenes y bonitas van a dar al lao del Diablo.

Respeto d'esos mozos conocidos suyos que usté, don J. del Gaucho y la Tradición, me les mandaba memorias, y que me los va leyendo el ángel: Ascasubi, Hidalgo, Del Campo, Hernández y los demás, pa que le vi'a decir, no se les ve ni los reconoce naides. Como sabían ler y escrebir, dejuro que los han pasao, en cuanto iban llegando desde sus pagos, derechito a los hornos de Mandinga. Casi todos los que aquí están son como yo: medio analfabetos no más.

Esta contestación se la mando por la radio, escrita por un ángel de Trenque-Lauquen, rubiecito como una espiga de maiz, que va garabatiando asegún le digo que le componga la carta.

En cuanto a que le guarde un güequito, aquí, en la Gloria, a mi lao, pa cuando se largue del Planeta, le diré que ya l'hice hablar al Todopoderoso; pero no le aseguro gran cosa. Parece que se sonrió y que le dijo al oido, al mensajero:

—Aura risulta que todos quieren tener bota'e potro, comu antes; pero... Dénle las señas a San Pedro...

Tenga pacencia, si acaso el viejo me lo confunde en la entrada'el Cielo. Está medio cegatón...

Al gaucho Eufrasio me le da recuerdos de mi parte y me le dice que lo vi'a esperar yo misma en el portón principal, lo que se suba, pa que venga a penar conmigo; pa que otra vez, cuando nazca de nuevo, no ande diciendo que las viejas son una porquería...

Se despide su servidora. — *Doña Inocencia.*

Julio Cruz Ghío

Dibujo de Valdivia



El almirante Brown *visto y*

No hago su biografía: exalto ante el que la posteridad no le ha hecho todavía debe desaparecer jamás del buque mo ejemplo permanente y eterno de nes de

Por el general

DESDE joven oficial, en que he estudiado nuestra historia militar y naval, para formarme un concepto sobre sus grandes figuras y exacerbar mi culto por sus héroes, siempre me persiguió la duda de que con el insigne almirante Brown se había cometido una injusticia histórica, porque me parecía que el puesto que se le asignaba y la importancia que se daba a su personalidad, no estaba en proporción de sus grandes servicios al país y a sus estupendas calidades de almirante y conductor. Ya de general de la República, no sólo me he refirmado en ese juicio que tenía de joven oficial, sino que he considerado de mi deber levantar mi voz para poner esa gran figura en el sitial que le corresponde, tanto en nuestra historia, cuanto en el fervor de nuestro pueblo y en la admiración, culto y ejemplo de nuestros jóvenes oficiales de marina. Y he considerado que mi situación de general del Ejército argentino, en vez de almirante de su Armada, me colocaba en la situación más apropiada e imparcial para enaltecer la legendaria figura del viejo almirante.

Como he dicho antes, no hago ni puedo hacer su biografía, que ya han hecho eminentes historiadores y distinguidos oficiales de marina, entre los que me complazco en citar al capitán de fragata Héctor Ratto, que ha escrito una corta pero admirable y sentida biografía de este Nelson argentino. Pero no es necesario hacerlo, al fin que me he propuesto: basta comprender e interpretar la que han hecho otros. Y ése es mi caso. Sin embargo, será conveniente que, a grandes rasgos, pasemos en revista sus memorables hechos, a fin de poder basar en ellos nuestras conclusiones.

Si empezamos por preguntarnos quién ha sido el que ha *creado, equipado, armado* e *instruído* nuestra marina, en los albores de la guerra de la Independencia, tenemos que responder que no se ve otra figura que la del almirante Brown. Cuando el gobierno patrio se convence, a principios de 1814, que la plaza de Montevideo, sitiada en ese entonces por Rondeau y más tarde por Alvear, no caería nunca, mientras ella pudiera ser auxiliada desde afuera por la escuadra española, que mantenía libres las rutas marítimas del río de la Plata, resuelve crear una escuadra. Esa escuadra se improvisa a base de buques que se compran apresuradamente y de otros surtos en el puerto, uno de los cuales era del mismo capitán Brown, que surcaba estos mares con su fragata, dedicado al comercio, entre sus puertos principales. Decidida la formación de la escuadra, por inspiración de Larrea, se encomendaba su organización al capitán Brown, que se eleva al rango de comodoro, a esos efectos.

En esta tarea vemos cómo el joven comodoro, que tiene 37 años de edad y 25 de navegación y combates, por casi todos los mares del mundo, despliega una actividad febril, infunde a todos su entusiasmo comunicativo, su confianza ciega, y en tres meses tiene equipada, alistada e instruída su escuadra, en la que ha tenido que improvisar desde los capitanes hasta los pilotines, desde los cañones hasta las velas, desde la munición hasta la santa bárbara. Lista la escuadra, se hace a la mar, y en memorable y única batalla, ataca a la escuadra española frente a los muros de Montevideo y la destruye totalmente, tomando prisionero al mismo comandante de la plaza, el general Vigodet. En una sola batalla naval, termina definitivamente con el poder marítimo español en el Río de la Plata, golpe maestro de su pericia y de su arrojo, que ya allí lo consagra como un almirante consumado.

Después de esta batalla, que termina con los enemigos en el Atlántico, los busca en el Pacífico, y es así cómo se vuelve a cubrir de gloria en el Callao y frente a Guayaquil, aun cuando a pesar de su pericia y arrojo legendario, que no tiene igual en la marina argentina, no consigue el dominio del Pacífico, que había de conquistar, después, el famoso almirante Cochrane, al servicio de San Martín. Pero si bien es cierto que no consigue el dominio en esos mares, deja la estela luminosa de su gloria, y exalta el nombre argentino hasta las nubes.

Vuelve al Río de la Plata, y cuando la guerra del Brasil lo tenemos nuevamente al frente de la escuadra argentina, que se cubre de gloria en Quilmes, en los Pozos y en el Juncal, donde destruye totalmente, en tres victorias sucesivas, la escuadra brasileña, tomando prisionero hasta a su propio almirante.

Con estas batallas navales de estilo clásico, como lo afirma el distinguido capitán Ratto, en la biografía ya citada, vuelve a asegurar el dominio del mar en el río de la Plata.

Al servicio de Rosas y como almirante de la escuadra argentina, venció al almirante Coe en Montevideo y a Garibaldi en Costa Brava.

Cuando las escuadras francesa e inglesa vinieron al Río de la Plata, no se inmutó en lo más mínimo, y a pesar de su enorme inferioridad, se aprestaba, con una pequeña escuadra, a atacarlas en su oportunidad. Se estaba en plena negociación, cuando estas escuadras, sin previa declaración de guerra, la apresaron casi sin combatir, después de haber provocado, dolosamente, la deserción de sus tripulaciones, compuestas, en gran parte, de marineros ingleses y extranjeros.

Estos son, a grandes rasgos, los hechos salientes de su legendaria historia.

Un general o almirante no sólo vale por las campañas a que asista o las batallas que gane: su importancia, su significado, se aprecia más bien por el espíritu que lo anima, el ejemplo que deja, aun en el infortunio; por la influencia de la personalidad que pone de relieve en los acontecimientos a que asiste. Es mucha más grande ante nosotros la figura de San Martín después, que antes de Cancha Rayada; la de Belgrano, después de Vilcapugio y Ayohuma; la del almirante Von Spee, después de la batalla de Faldkland, que pierde, pero escribiendo una página inmortal para la marina alemana, que después de la batalla de Coronel, que gana; la de nuestro propio almirante después de la Colonia, que ataca en vano, y de Guayaquil, que inmortaliza con un gesto digno de la pluma de Homero.

Con el propósito de la reivindicación histórica que perseguimos, vamos a seguirlo a través de sus grandes hechos, para que el pueblo argentino comprenda que no ha habido en su historia, figura más gigantesca en cuanto incumbe a valor temerario, honor militar, gloriosa conducta.

Todos los gestos de este hombre son inmortales, pues nada hay comparable a ellos, no digo en la marina argentina, sino en las marinas de todo el mundo, pues revelan que existe en él, desde que sube a su primer puente de mando hasta que baja a la tumba, un espíritu indomable y heroico; que tiene un corazón de

juzgado por un general argentino

país su figura legendaria, porque estimo la justicia que merece. Su nombre no insignia de la escuadra argentina, coheroísmo, para las futuras generaciomarinos.

Fasola Castaño



eximio soldado, calidades de legendario conductor y alma de marino. Sería largo narrar todos los hechos en que se muestra siempre *estupendo*, sí, repito, *estupendo*, esa es la única palabra que puede abarcar integralmente los múltiples aspectos de su grandeza, pero es necesario que recordemos los más salientes, para comprender y apreciar su legendaria figura de almirante.

Cuando la guerra de la Indepedencia, en su raid que hace por el Pacífico, se estrella en el Callao, aunque siempre con valor temerario, y escribe una página de heroísmo de leyenda en Guayaquil cuando, hundido su propio buque, se lanza al agua para alcanzar a nado el otro que le queda. Trepado a él, lo encuentra en pleno abordaje y viendo agotada la tripulación por la enorme superioridad numérica de los enemigos, pide que cese la matanza, pues ya se había arriado la bandera antes de su llegada, y como no es oído, desciende, todavía desnudo, como estaba, a la santa bárbara, con una tea encendida, para hacer volar el buque. El gesto aterra a los enemigos y se suspende la matanza.

Cuando la guerra contra el Brasil, cree necesario atacar por tierra y agua a la Colonia, en poder de los brasileños, y el ataque es rechazado por la enorme superioridad numérica del enemigo, a pesar de los prodigios de valor que despliega.

Al dar cuenta de esta operación al gobierno, dice: "La Colonia y las fuerzas brasileñas presentes en el río de la Plata deben caer o yo ir a una prisión. El almirante de la escuadra debe cumplir, cumplirá con su deber. Si el éxito nos es favorable, todo irá bien; pero, si es desgraciado, suplico a V. E. ponga a salvo mi nombre y el de mi familia". Ni el gobierno ni la posteridad tuvieron que poner a salvo nada, pues la escuadra brasileña fué totalmente destruída en las tres batallas memorables de Quilmes, los Pozos y el Juncal, que siguieron a aquella acción.

En Quilmes, que es la primera de las batallas navales de esta compaña, da la siguiente orden a sus buques: "Es preferible irse a pique antes de rendir el pabellón". Orden de estilo nelsoniano, que él sabe cumplir con heroísmo en todo el curso del combate.

En los Pozos, cuando aparece a la distancia la formidable escuadra brasileña, reúne los capitanes en la cubierta de su buque y les dice: "¿Veis esa montaña flotante? Son 31 buques enemigos (él tenía sólo 17), mas no creáis que vuestro almirante abriga el menor temor, puesto que no duda de vuestro valor y espera que imitaréis a la "25 de Mayo", que será hundida antes que rendida".

El destino quiere que sea él mismo que demuestre con los hechos que sabe dar el ejemplo a sus subordinados, pues la "25 de Mayo" se vara durante la batalla y entonces, varias fragatas brasileñas la toman entre dos fuegos, al punto de hacerla pedazos y abrirle rumbos por varias partes. El almirante legendario sigue impávido dirigiendo la batalla, hasta que vence a la escuadra enemiga, aclamado desde las riberas del río, por el pueblo entero de Buenos Aires, que presencia electrizado el épico combate.

En la batalla del Juncal también tiene el gesto más heroico de su vida, si alguno puede ser más heroico que otro, en esta su sucesión ininterrumpida de heroísmos, que fué su carrera. Acribillado su buque por los cañones enemigos, que saben que ése es el *lobo* que conviene abatir, destartalada su obra de cubierta, con algunos rumbos que a duras penas se tapan, el almirante enemigo, que considera ya ese buque como que ha llegado al límite de su resistencia heroica, le ordena arriar el pabellón y rendirse, invitándolo a tomar una taza de té a bordo de su nave. El almirante Brown da por toda respuesta la orden de levantarlo un metro más, en vez de abatirlo, y lo hace atar al mástil, para que sólo pudiera ser arriado cuando el buque se hundiera, con tripulación y almirante, en el fondo de las aguas. Después de este episodio, el combate continuó encarnizado; pero, poco después, la victoria se insinuó como premio a tanto heroísmo y la diosa del mar y las batallas, volvió a orlar sus sienes, por fin con la corona de los vencedores...

Sería largo seguir enumerando sus hazañas, pero hay que recordar dos rasgos que, para mí, revelan la grandeza de alma de este hombre, que sólo puede compararse a su grandeza como almirante.

Se trata del regalo de una bandera bordada por las damas de Buenos Aires, que la señora de Mendeville le entrega en suntuosa fiesta. Al recibirla dice, entre otras cosas: "Juro que esa bandera no se arriará jamás sino cuando se venga abajo el mástil que la sustente o se hunda el buque que la tremole". Cuando es un héroe legendario el que hace este juramento, que, por otra parte, acaba de realizarlo varias veces en memorable campaña, esas palabras tienen un valor eterno y alcanzan la dignidad de ser grabadas como grito de guerra en las banderas que flameen en los mástiles de la marina argentina, y como juramento de heroísmo en el corazón de las jóvenes generaciones de marinos que le sucedan.

El otro rasgo en que revela la generosidad y nobleza de sus sentimientos, es cuando después de haber destruído a la escuadra brasileña en el Juncal, rinde caluroso homenaje al valor de su comandante, el almirante Senna Pereira, recomendándolo a la consideración del gobierno argentino, porque su valor lo hacen digno de que él lo considere como un compañero de armas.

ESBOZADA así a grandes rasgos la historia de esta personalidad, que es la historia gloriosa de la marina argentina, pues sobre sus sienes se han colocado desde el primero hasta el último laurel de sus victorias, cabe meditarse, sobre si no es cierto lo que afirmo, de que la República Argentina, incluso la marina argentina, no ha sido realmente in-

grata con este prodigio de su gloria naval. No hay duda que sí. Un buque de segundo orden, una mala estatua y una calle de los suburbios, son las únicas cosas con que se ha querido perpetuar su memoria; vagas reminiscencias de sus hechos legendarios llenan también algunas líneas de la historia argentina, todo lo que, además de revelar que no se conoce ni interpreta la trascendencia moral y estratégica de sus victorias navales, al librar, por dos veces, de enemigos el río de la Plata, lo que era de importancia trascendental porque sus ejércitos operaban en la Banda Oriental, es una irritante injusticia, involuntaria si se quiere, pero injusticia al fin. Para mí, el almirante Brown es, después de San Martín, la más grande figura de los anales argentinos de la época de su epopeya, que podríamos decir que terminó con la guerra del Brasil, que no es más que un epílogo de la de la Independencia. Junto con el general San Martín forman ese binomio inmortal de los grandes jefes que han impreso el *espíritu*, las *características*, la recia *contextura* de las fuerzas de mar y tierra, de que hoy dispone la República, herencia que vale tanto como una división o como una escuadra.

Por estas razones creo que debe iniciarse una campaña de reivindicación histórica a su respecto. Yo empiezo por proponer dos medidas: la primera, que se cambien de inmediato los nombres de los grandes acorazados argentinos, y a uno se le ponga el del almirante Brown y al otro el de Espora, consagrado también en el heroísmo de esa epopeya.

Nada tienen que hacer en los flancos de los buques los nombres civiles, por grandes y esclarecidas que sean sus figuras. Lo mismo que no concibo que nuestro regimiento de granaderos se llame Rivadavia o el de coraceros se llame Moreno, en vez de San Martín y Lavalle, no puedo comprender cómo, las naves capitanas de la marina argentina lleven en sus flancos esos nombres, que, si mucho hablan de las más esclarecidas virtudes civiles, nada evocan de las militares, ni tampoco pueden exaltar el heroísmo de los que las *mandan, forman* o *tripulan*, en los momentos supremos, que ése es, al fin, el objeto que se persigue al grabar sus nombres en sus flancos o en sus banderas.

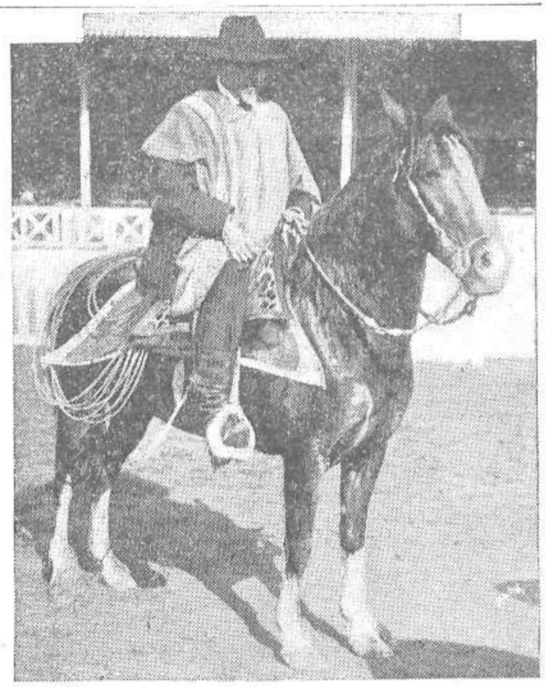
Y el segundo homenaje, que también lanzo como sugestión, es que se reconstruya, por subscripción nacional, el "25 de Mayo", exactamente cual era cuando lo mandaba el insigne almirante, se lo ancle en un punto apropiado del río de la Plata — tantos hay testigos de su heroísmo — o en el puerto de Buenos Aires; se saque su féretro de la Recoleta, se lo instale en un templete de la gloria, que se construya en el puente de mando, desde donde dirigiera tantos combates, y se ice en su mástil esa bandera que él hizo atar en el Juncal para no arriarla, sino por hundimiento de su buque. Que ella flamee día y noche y que debajo se coloque, en caracteres luminosos, las famosas palabras con que la recibiera de manos de la señora de Mendeville: "Juro que esa bandera no se arriará jamás, sino cuando se venga abajo el mástil que la sustente, o se hunda el buque que la tremole". Estimo que cuando de día o de noche pase de largo la escuadra argentina delante de ese monumento de su gloria, con sus capitanes y almirantes en los puentes, con sus jóvenes oficiales en las bordas y las tripulaciones en las jarcias y en las cofas, no ha de ser sin sentir una profunda emoción y sin balbucear quizá algunos juramentos, dignos de la gloria eterna, de su viejo almirante...

General Fasola Castaño

Dibujos de Alvarez

El gaucho *de* Santiago *del* Estero

Un lugar común de la literatura argentina es el dar por desaparecido al gaucho. Naturalmente, el gaucho del coloniaje, de la independencia y de la guerra civil ha pasado a la historia; pero, mientras haya caballos criollos y jinetes, capaces de domarlos, existirá el gaucho, con sus viriles aptitudes. ¿Qué otro título merece este viejo centauro de las sierras santiagueñas? Identificado con su pingo, trabaja, cruza montañas y esteros. Responde plenamente a un espíritu de la raza y a una imposición del medio.



SEGUNDO FUTBOLISTICO



"CARAS Y CARETAS" brinda a todos sus lectores su Segundo Gran Concurso a base de pronósticos relacionados con los certámenes de la Asociación del Foot-Ball Argentino, año 1936, denominados COPA DE HONOR y CAMPEONATO. Cada uno de los lectores podrá enviar la cantidad de cupones que estime conveniente, de acuerdo en un todo con las siguientes

BASES

A) Todos los cupones cuyos pronósticos concuerden exactamente con el nombre de los Clubs de 1ra. División que ocuparán los CUATRO primeros puestos — en orden de colocación — en la tabla de posiciones de la COPA DE HONOR, participarán en sorteo de los premios.

B) Igualmente, tomarán parte en el mismo sorteo todos los cupones cuyos pronósticos concuerden exactamente con el nombre de los Clubs de 1ra. División que ocuparán los CUATRO primeros puestos—en orden de colocación—en la tabla de posiciones del CAMPEONATO.

C) El sorteo de los premios que se realizará una vez terminados los dos certámenes de la Asociación de Foot-ball Argentino, temporada 1936, comprenderá tanto a los cupones que hayan acertado el resultado de la Copa de Honor, como a los cupones que acierten el Campeonato.

D) Entre todos los que así acierten se sortearán los CINCUENTA PREMIOS siguientes:

1	Primer Premio de.	$ **1.000.—**	m/n.
1	Segundo Premio de.	„ **300.—**	„
1	Tercer Premio de.	„ **150.—**	„
1	Cuarto Premio de.	„ **100.—**	„
1	Quinto Premio de.	„ **50.—**	„
45	Premios de $ **20.—** cada uno	„ **900.—**	„
	Total 50 PREMIOS, en efectivo	$ **2.500.—**	m/n.

Bajo estas mismas bases se efectúa el Concurso de PINERAL, Gran Aperitivo.

Este número contiene 168 páginas



E) Los premios son indivisibles y, en caso de empate, se sortearán en acto público los pronósticos iguales, para lo cual el cronista deportivo de "CARAS Y CARETAS" habrá numerado cada uno de los cupones.

F) En caso de que varios Clubs empataran en la tabla de posiciones, se tomará en cuenta, para el orden de colocación en la misma, el número de goles a favor de cada "team", después de deducidos los goles en contra.

G) Los pronósticos relativos al CAMPEONATO, deberán ser remitidos antes de realizarse la Décima Tercera fecha del citado certamen, vale decir, cinco fechas antes de su terminación.

H) Para que el voto tenga validez, el votante deberá llenar con letra clara el cupón correspondiente indicando su nombre y dirección y lo remitirá, bajo sobre, a: SEGUNDO GRAN CONCURSO FUTBOLISTICO DE "CARAS Y CARETAS", CHACABUCO Nº 151, CAPITAL FEDERAL.

I) El Jurado encargado de distribuir los premios estará integrado por el Cronista Deportivo de "CARAS Y CARETAS" y por el Escribano Público que levantará el acta respectiva y fiscalizará el acto a efectuarse públicamente en una sala de espectáculos de esta Capital.

C U P O N

Segundo Gran Concurso Futbolístico de "Caras y Caretas"

Al finalizar el certamen del Campeonato de la Asociación del Foot-Ball Argentino, la posición, en orden de los cuatro "teams" de primera división que ocupen los primeros puestos será la siguiente:

C A M P E O N A T O

1º ....

2º ....

3º ....

4º ....

Nombre ....

Dirección ....


¡Un nuevo "Express"!
¡Un "Express" más!...
Además del nuevo envase, subsisten y subsistirán siempre estos otros d... conocidos. (Estos llevan las EXPRESS en los formatos o moldes "dos en uno" y el rectangular, que son, como se sabe, los más indicados para presentar las deliciosas EXPRESS en ocasión de aperitivos, tés, etc.).
Galletitas Express
TERRABUSI
Es este el siglo de la velocidad... Para todo nos faltan minutos... Y, cuando nos sobran, siempre encontramos algo interesante en qué invertirlos...
Los nuevos trenes (entre otros, este asombroso "El Cometa", de E. U. de A.), transatlánticos, aviones, dirigibles, automóviles, etc., no son sino un símbolo de la rapidez con que hoy vivimos...
Bajo el impulso de esta misma exigencia, nacieron las EXPRESS... Y, seguramente, gran parte de su éxito y popularidad se deben a la forma "relámpago" de sus muchas y sabrosas aplicaciones.
Pero desde hoy serán más fáciles que siempre, y más al alcance de todos, los "sandwiches" y aplicaciones relámpagos" de las EXPRESS. Para ello, creamos ahora este nuevo y distinto envase, de mayor contenido y de un precio apreciablemente menor.
El molde de las EXPRESS que lleva este envase es cuadrado y se presta así mejor para la mesa y para el "sandwich" de mayor tamaño, ideal para deleitar a los niños o para excursiones, etc.
Para cada preferencia un molde, un formato distinto...
El nuevo EXPRESS
que lleva a todos los hogares una solución rápida, exquisita y económica
Galletitas Express
TERRABUSI
TERRABUSI Express PARA SANDWICHS
Hasta el 31 de julio de 1936
Vale por 25 centavos m/n.
Presentando este Vale, acompañado de 40 centavos, en cualquier almacén o despensa, le será entregada a usted la nueva caja de EXPRESS, cuyo precio de venta es de 65 centavos.
S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO TERRABUSI
MUY IMPORTANTE para el señor Comerciante: Todos los vales que usted reciba así, en canje, deberá usted remitirnoslos con su próximo primer pago. Es bien entendido que acreditaremos únicamente un vale por cada caja nueva de 0.65 que usted nos haya comprado directamente.
Buenos Aires, 9 de julio de 1936.
3 moldes diferentes...
3 tamaños distintos... pero una sola EXPRESS: ¡la incomparable!